LA TOMA DE VALDIVIA

Gabriel Guarda O. S. B.

Empresa Editora Zig Zag S. A. 1970 Derechos reservados para todos los Países, Inscripción Nº 36858 Santiago de Chile

A la memoria

de

mi madre

Lord Cochrane. Oleo inédito de W. Ross, propiedad de Lord Cochrane of Cults, Londres. La primera condecoración a la izquierda es la recibida por la toma de Valdivia.

Palabras previas

En 1865 salía en París el tomo segundo de la Historia de la Independencia Chilena, *de Claudio Gay, y doce años después, en Santiago,* La Guerra a Muerte, *memoria histórica de Benjamín Vicuña Mackenna. Ambas obras trataban por primera vez en forma detallada la toma de Valdivia por Cochrane, después que en 1835 y 1866, respectivamente, sus autores habían recorrido con prolijidad el escenario de los sucesos, interrogando a los testigos de la memorable acción.*

Si utilizaban datos suministrados por las Memorias de Stevenson (París, 1826) y Miller (Londres, 1829), les hacían alcances importantes. Desde luego corregían enteramente la ligera narración incluida por Antonio García Reyes en su Primera Escuadra Nacional, *aparecida en Santiago en 1846, como las del lado español publicadas por Mariano Torrente (1830) y Andrés García Camba (1846) en sus obras sobre la revolución de la Independencia; la de Vicuña Mackenna, además, había podido incorporar las Memorias de Cochrane (Londres, 1860) y las de Beauchef, entonces inéditas.*

Numerosas otras publicaciones repetirían en el siglo pasado, extractándolas cada vez más hasta llegar a simplificaciones divertidas, estas narraciones; sólo Barros Arana sería capaz de sintetizar de modo magistral los mejores conocimientos logrados en la época en su acabada versión verdaderamente clásica, dada a luz en 1892 en el tomo XII de su Historia General de Chile: *ella articula el esquema fundamental de todo estudio sobre el tema y ha de constituir siempre fuente insustituible.*

Con ser valiosos los aportes nombrados y no menos los suministrados por la historiografía de nuestro siglo a aquel suceso, que en su tiempo había causado un revuelo internacional, hasta ahora había carecido de una monografía propia que permitiera estudiar con más profundidad la gestación, realización → consecuencias del hecho y que, extrayéndolo de la masa de datos referentes a la historia de la Independencia, permitiera obtener algunas conclusiones. Se hacía necesario analizar qué fue lo que efectivamente Cochrane tomó, en qué radicaba su fama, cuál era el estado verdadero, composición y número de las fuerzas combatientes. Era necesario apartar la euforia de las generalizaciones y los lugares comunes para ver la manera —si acaso de vuelta resultasen verdaderos— de consagrarlos con un definitivo espaldarazo. La publicación de las memorias de Beauchef, Vidal y Pezuela y numerosos documentos relativos a estas personalidades, de las revelaciones de Lantaño a Gay, los avances en el conocimiento de la historia local de Valdivia, pero sobre todo la enorme documentación inédita de los grandes archivos chilenos y españoles, han ofrecido un copioso material, hasta ahora desconocido, que la inminente conmemoración del sesqui-

centenario de la acción ha brindado la oportunidad de compulsar, seleccionar y elaborar.

Sería necio pretender que se logra aclarar todo: la disparidad de datos según las distintas fuentes deja a veces perplejo, más que nunca muchas veces las conclusiones deben presentarse como nuevas hipótesis; ello no obstante, mucho logra precisarse y, tras los datos, con un mensaje vital, incontenible, la realidad de la hazaña, su importancia histórica, el mundo palpitante de vida de quienes participaron como actores, de quienes vibraron, simples espectadores contemporáneos, ante la realidad de la increíble noticia.

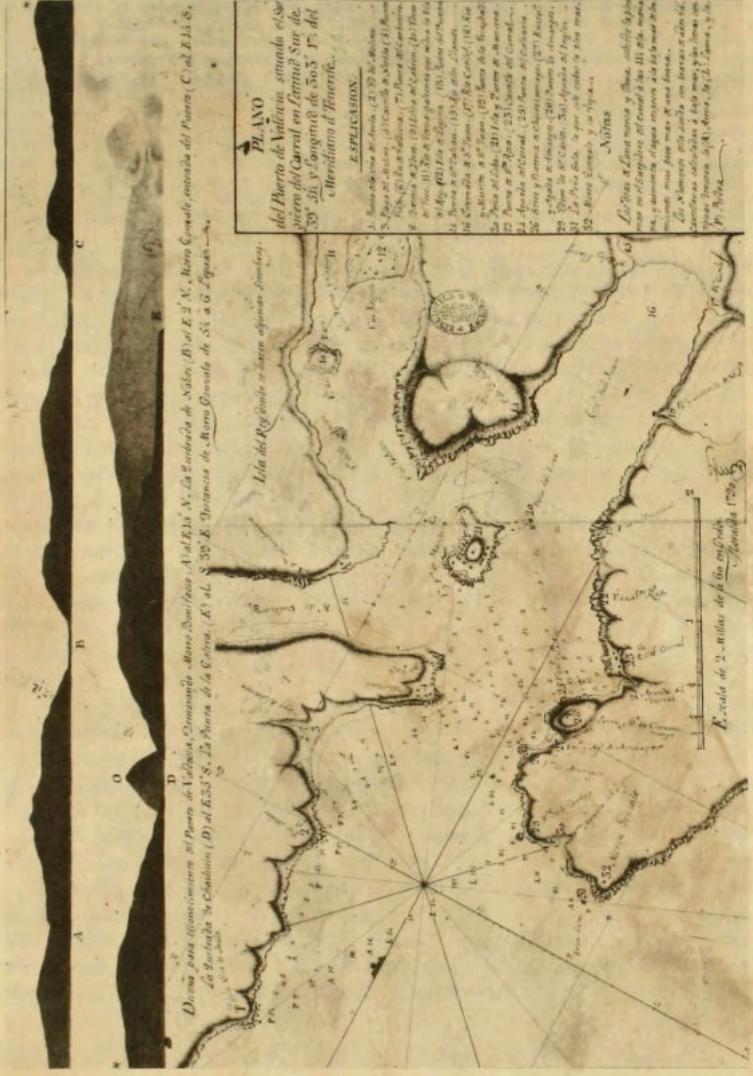
Aventura, juventud y altos ideales, pequeña babilonia de lenguas, pueblos y naciones, intereses económicos, ideologías contrapuestas, hermosos escenarios son, hablando en imágenes, ingredientes principales del suceso. Por la patria, unos ochocientos soldados y marinos —de ellos alrededor de un tercio ingleses, franceses, norteamericanos, suecos, alemanes, holandeses, filipinos, peruanos, argentinos, ecuatorianos, negros y, lo que es más sorprendente, valdivianos, chilotes y españoles. Otros tantos por el Rey, de ellos dos tercios de criollos chilenos y otro de peninsulares, veteranos de las guerras napoleónicas. Por la patria, tres buques, unas lanchas y un esquife; diecisiete baterías muy famosas, por el Rey. La toma significó para la República, desde el Toltén al Maullín, de cordillera a mar, más de trescientos kilómetros de litoral, dos ciudades, ocho pueblos, doce misiones; unos cuarenta millones de pesos invertidos por la Corona durante casi dos siglos en castillos, artillería, pertrechos, almacenes; los bienes privados incontables, propiedades, muebles e inmuebles, comercios; no estaban ausentes las obras de arte y los metales preciosos, especialmente la argentería de las iglesias.

Si se pudiera decir en brevísimas palabras la importancia última del suceso, habría que declarar que estriba en las consecuencias que tuvo para la expedición libertadora del Perú, y, con ello, para el destino de la revolución en los países de la costa occidental de Sudamérica. Siendo Valdivia sólo una parte del territorio de Chile, el acontecimiento indica, más allá del hecho local, el papel del país entero en el mecanismo geopolítico del Pacífico, en el extremo austral de todo un continente.

La toma de Valdivia se inscribe dentro de los postreros acontecimientos de la independencia de América y sin duda su estudio aportará nuevas visualizaciones en relación al desarrollo de tan interesante período. No corresponde en estas líneas adelantar más sobre la acción, abordada en detalle en las páginas que siguen. A ellas conducimos directamente al lector.[1]

[1]Durante nuestros trabajos de investigación hemos contado con la ayuda generosa, en la Biblioteca Nacional de Santiago, del conservador de la Sala Medina, Guillermo Feliú Cruz, y del funcionario de la misma, Patricio Rogers; del jefe de la Sección Chilena, Manuel Cifuentes, y de la señora María Victoria Peni; en el Archivo Nacional, con la colaboración de su conservador, Juan Eyzaguirre, y de la señorita Estela Iturriaga; en el Museo Histórico Nacional, con la de su director, Carlos J. Larraín, y en la Academia de la Historia, la de su secretario, Luis Valencia Avaria; en la Universidad de Chile, la del director de su Biblioteca, Alamiro de Avila Martel, como de todo el Laboratorio Central

de Fotografía y Microfilm; también han colaborado en nuestro estudio la Dirección de la Escuela Militar de Santiago; el director del Museo de la Universidad Austral de Valdivia, Maurice Van de Maele, como numerosos coleccionistas particulares. En España, el Iltmo. señor don Rafael de Ceballos-Escalera; la directora del Archivo General de Indias de Sevilla, señorita Rosario Parra Cala; los señores coroneles directores del Archivo General Militar de Segovia y Servicio Geográfico del Ejército; el de la Biblioteca Nacional de Madrid, Miguel Bordonau; el de la Central de Cataluña, F. Mateu; el del Museo del Ejército, José Egea Pardos. De manera especial, en el Servicio Histórico Militar Juan Manuel Zapatero y en el Museo Naval de Madrid y en el Archivo General de Marina Alvaro de Bazán, su director el almirante Julio F. Guillén, y José Fernández Gaytán. En Inglaterra, Douglas Cochrane, el Hon. Earl of Dundonald; Mrs. E. Tucker, del National Maritime Museum; el señor director de The British Museum de Londres, y Ximena Rojas Valdés, usufructuaria de la Beca Cochrane. En Perú, el director de la Biblioteca Nacional de Lima, Guillermo Lohmann Villena, y el del Museo Nacional de Historia, Carlos Aranibar Zerpa, y en Argentina el jefe del Departamento de Estudios Históricos Navales, Humberto F. Burzio, y Armando Braun Menéndez, académico de la Nacional de la Historia. A todos ellos testimoniamos nuestra sincera gratitud.



Plano del Puerto de Valdivia, dibujo original de José de Moraleda, 1790, con los sondajes y el diseño de reconocimiento en proyección. Biblioteca Nacional de Madrid.

I Las provincias fidelísimas

1. *Accidentes monárquicos en la geografía republicana*

Después que Maipú había sellado el 5 de abril de 1818 la independencia de la zona central de Chile, la celebración del triunfo había impedido llevar a sus últimas consecuencias el curso lógico de los acontecimientos. Correspondía hostigar a las fuerzas realistas retiradas al sur, arrebatándoles Talcahuano, que con Valdivia y Chiloé debían seguir constituyendo amenazas serias para el futuro.

El riesgo era grave desde el momento en que se sabía la zarpa desde España de la expedición de la fragata *Reina María Isabel* y sus diez trans-

Fernando VII. Grabado de Antonio Guerrero y Manuel Albuerne, sobre un retrato de Vicente López. Madrid 1820. Propiedad de la Biblioteca Nacional de Madrid.

portes con destino a Chile, embarcados en ellos los 2.080 hombres del regimiento Cantabria al mando del laureado comandante Fausto del Hoyo.

Varios factores, muchos de ellos casuales, libraron al país de las calamidades que pudo haberle deparado tamaño descuido. El abandono de Talcahuano por el general Osorio, el 8 de septiembre; el inesperado desenlace de la expedición peninsular, uno de cuyos transportes había quedado descalabrado en las Canarias, mientras cuatro habían seguido de largo al Callao; el fin de los cinco restantes que con la *María Isabel* cayeron en forma increíble en poder de la escuadra chilena; en fin, la retirada a Valdivia del general Sánchez, heredero de Osorio en el comando del ejército realista, venían a ampliar hasta la vieja frontera del Bío-Bío los límites de la nueva república. Sólo las montoneras organizadas por el célebre Benavides todavía turbaban la paz en esa zona.

Más al sur, Valdivia y Chiloé, las provincias fidelísimas, seguían siendo una amenaza latente como puntos de llegada de expediciones virreinales o peninsulares y consecuentemente de invasiones al resto del territorio; la primera plaza, además, era la fuente de aprovisionamiento para los guerrilleros coligados con la indiada, fanática defensora en esos momentos de los derechos del Rey.

Con pocas variantes de tiempo, ésta era la situación de Chile en el momento en que Cochrane había sido contratado en Londres por Alvarez Condarco para hacerse cargo del mando de la escuadra. "Sabiendo que todo el Perú se hallaba en poder de los españoles y que también poseían Valdivia, el puerto mejor fortificado en la parte del sur —escribe el lord en sus memorias—, me embarqué sin dilación y el 22 de noviembre de 1818 salté a tierra de Valparaíso."

Es conocido el vuelco que la llegada del almirante dio a las actividades de la escuadra; seguro de sí y del valor de las tripulaciones, la dirigió al corazón mismo del virreinato y si bien sus resultados no correspondieron en este primer momento a sus esfuerzos, las campañas en Callao y Guayaquil familiarizaron a sus marinos con el enemigo, disponiéndolos a secundar sus audaces iniciativas.

2. *El designio de Cochrane*

No puede caber duda de que, instaurado el gobierno patriota en la capital, una de sus primeras miras debió ser la incorporación bajo su mando de todos los territorios que tradicionalmente habían constituido la Capitanía General de Chile. Valdivia y Chiloé, partes de aquélla, venían a ser restos del antiguo régimen en la geografía republicana y sus vastas jurisdicciones debían concentrar el interés del gobierno.

Como información preliminar y acopio de antecedentes encaminados a aquel fin, debe verse la orden cursada por O'Higgins a su ministro Miguel Zañartu, sobre averiguar los productos que rentaba la primera de ambas plazas a la hacienda real. El tribunal mayor de cuentas remitió un prolijo cuadro de todos los ingresos de Valdivia en el decenio 1807-1817; arrojaban ellos la cantidad de 1.497.696 pesos 4 ¼ reales, situación económica halagadora que sin duda debió contribuir a incitar en el gobierno los deseos de adscribirla dentro de sus límites (59).[1]

Después de Maipú, el 20 de mayo de 1818, el Director Supremo había, además, rubricado una proclama a los habitantes de la provincia de Concepción, con el objeto por lo menos de anunciarles la llegada de las tropas a aquel destino y la extensión de la independencia a todos los confines

[1] *Consúltese el número correspondiente en FUENTES, pág. 121.*

Bernardo O'Higgins. Oleo de José Gil de Castro. Museo Histórico Nacional, Santiago.

Navío San Telmo, *con el que fue confundido la* María Isabel *en su primera incursión al mando de Lord Cochrane en Valdivia, en enero de 1820. Acuarela de Berlinguero, Museo Naval, Madrid.*

de Chile. "Os juro por el honor de nuestras armas —estampaba— que muy en breve no quedará ni un solo hombre que con ellas en la mano pueda insultar nuestros derechos ni aun en el último ángulo del territorio del Estado... Los pueblos mismos de Valdivia y Chiloé —agregaba— bendecirán muy pronto la mano bienhechora que vuela a quebrantar sus pesadas cadenas..." (244)

Aun más, el 2 de febrero de 1819, el mismo Director rubricaba un decreto en que se afirmaba que todas las provincias y habitantes que comprendía la intendencia de Concepción quedaban restituidos a la unión política de Santiago.(244). En el mismo momento de la zarpa de la escuadra, *El Telégrafo*, periódico de la capital, especulaba sobre su destino; Callao o el Cabo de Hornos, según unos, "queriendo otros persuadir que iba a Valdivia en donde posiblemente tocaría la escuadra gaditana..." (83).

En realidad, a la alarma provocada antes por el convoy de la *María Isabel*, sucedía ahora la suscitada por el del *San Telmo*, de 74 cañones, y su escolta, el *Alejandro I* y la *Prueba*, de 74 y 44, respectivamente, que habían partido de Cádiz el 10 de mayo con el mismo propósito que el del año anterior.

Tanto en el ánimo del gobierno como aun en el de la opinión pública, la idea de atacar Valdivia era así una realidad. Sólo se sabía que requería una escuadra y un ejército poderosos.

¿Cuál era mientras tanto el pensamiento de Cochrane?

Sabemos que para el almirante la retención de Valdivia por parte de los

españoles era considerada, ya desde antes de su llegada, como una especie de desafío que era necesario aceptar. En realidad hay datos que permiten asegurar que la toma de la plaza, con la de Chiloé, estaba perfectamente incorporada a sus planes, siendo el hecho mismo de su consumación sólo cuestión de oportunidad. La idea lo había acompañado durante su campaña al Callao, pero aún en octubre de 1819 parecía postergar el llevarla a la práctica, por lo menos de inmediato. Analizadas fríamente las posibilidades de éxito de la nueva expedición peninsular, no veía de momento un peligro demasiado grave en su arribo al antemural del Pacífico: "aunque la toma de Valdivia y Chiloé podría ser útil —comentaba el ministro Zenteno en carta del 7 de ese mes—, es problemático que su rendimiento asegurase ese objeto. . ." (218).

A setenta y tantos días de haber expresado este pensamiento, estaba por fin decidido. Jugaban ahora nuevos factores: fracasados en general los objetivos de la reciente campaña, no sólo se le quitaría al enemigo su puerto de llegada, quebrando su moral con una pérdida clamorosa; para Chile la adquisición de Valdivia produciría efectos psicológicos mayores que los suscitados el año anterior con la captura de la *María Isabel*; se atenuaría la impresión desteñida que sombreaba a la escuadra y de paso restauraría su crédito personal ante el público ávido de noticiones. Sin pensarlo dos veces, el lord trasladó al mayor Miller, convaleciente de las heridas recibidas en Pisco, a la almiranta, la *O'Higgins*, en la que partió de Guayaquil en crucero directo a Valdivia el 21 de diciembre.

—¿Qué dirían de nosotros —preguntó a Miller—, qué dirían los chilenos, si nos fuésemos con la *O'Higgins* a tomar los siete castillos de Valdivia? ¿Qué diría el gobierno?

—Lo que dirían —respondió el interpelado— sería sencillamente que su señoría se había vuelto loco. . .

—Pues precisamente por eso debemos ir. Los jefes que mandan en Valdivia piensan lo mismo que los que dirigen la guerra desde Chile y están adormecidos en la misma ciega confianza. . .

Una lógica irrefutable respaldaba sus palabras; un definitivo "Pues allá vamos. . ." cerró el diálogo que el futuro mariscal del Perú no olvidaría en su vida (145).

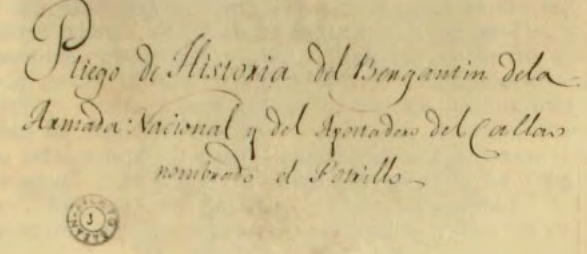
3. *Primer paso: reconocimiento del puerto*

El 17 de enero de 1820 avistaban la Punta Galera y enarbolaban el pabellón español.

Al día siguiente Cochrane, embarcado en una chalupa, se internó de madrugada en el puerto para certificar la presencia de un mercante y, en cambio, la ausencia del *San Telmo*; a las 6.30 se acercó un bote de la guarnición.

En él venían el subteniente del Cantabria, José Sala, el cabo del Valdivia, Ramón Monasterio, y tres soldados (178). Engañados por la bandera, suponiendo que se trataba de la fragata, o precisamente del *San Telmo*, subieron a bordo, donde fueron hechos prisioneros; el cabo, práctico del puerto, serviría a Cochrane para efectuar un reconocimiento tan prolijo cuanto útil e increíblemente temerario.

Enterados dos días de evoluciones, se sospechó en tierra de los designios del navío; era verdaderamente extraño que el oficial y escolta enviados a bordo pernoctasen en él sin explicaciones de ninguna especie. Súbitamente los castillos rompieron el fuego; la *O'Higgins* se puso fuera de alcance sin



Portadilla del historial del bergantín Potrillo, *capturado por Cochrane en Valdivia el 19 de enero de 1820. Archivo General de Marina Alvaro de Bazán, El Viso del Marqués (España).*

disparar, dispuesta a esperar la llegada del bergantín *Potrillo*, cuyo arribo con auxilios le acababa de ser revelado por los prisioneros.

4. *Primer fruto: el bergantín* Potrillo

El 19 se presentó la flamante nave a la vista. El día estaba hermoso, fuerte la brisa, la mar picada; protegida por la bandera real la *O'Higgins*, que no era otra cosa que la célebre *María Isabel*, se le aproximó a toda vela. Encima ya de su víctima se cayó en la cuenta de que ésta tenía roto su mastelero de velacho; sin sus cañones, retirados para facilitar su carga, poco quedaba que hacer: se entregó sin disparar un tiro.

El bergantín *San José*, alias el *Potrillo*, había sido construido en Nueva York en 1809, y medía 96 pies de eslora, 89 de quilla y 25 de manga; su palo mayor alcanzaba los 61 de altura, cargaba ocho cañones de a 12 y otros tantos de a 8; al servicio de los independientes había hecho en 1811 contrabandos en Chile y la India, pero en mayo de aquel año su tripulación sublevada lo había entregado al virrey. Bajo la bandera real había apresado en la isla Santa María a la fragata *Nueva Limeña*, y ahora venía a caer con todos sus haberes nuevamente en manos patriotas.

Traía entre otros efectos: 20.000 pesos en plata y 40.000 en pertrechos, 29 cajones con balas, 49 quintales de pólvora, 6.299 tablas de Chiloé y 25 cajones con un verdadero bazar. Venían a bordo 61 personas, incluidos 25 pasajeros, varias damas y niños; en cuanto rindió el palo, la marinería de la almiranta lo abordó, entregándose al robo y a la embriaguez. Cochrane se apresuró a trasladar los efectos y dineros a la *O'Higgins*, mientras el viento, según explicó, imposibilitó mudar la tripulación hasta el día siguiente. El comandante Jerónimo Romero y el piloto Pedro Argain le entregaron el inventario el mismo día, habiendo alcanzado a echar al mar toda la correspondencia, no así las cartas de navegación, entre ellas el plano del puerto, de Moraleda, grabado en 1788, que permitiría a Cochrane disponer del elemento que necesitaba para completar su obra. El 21 de enero comunicaba la captura a Zenteno: "este buque —le comentaba— está perfectamente equipado para estos menesteres y constituirá una apreciable adición a la escuadra chilena..." (180, 185)

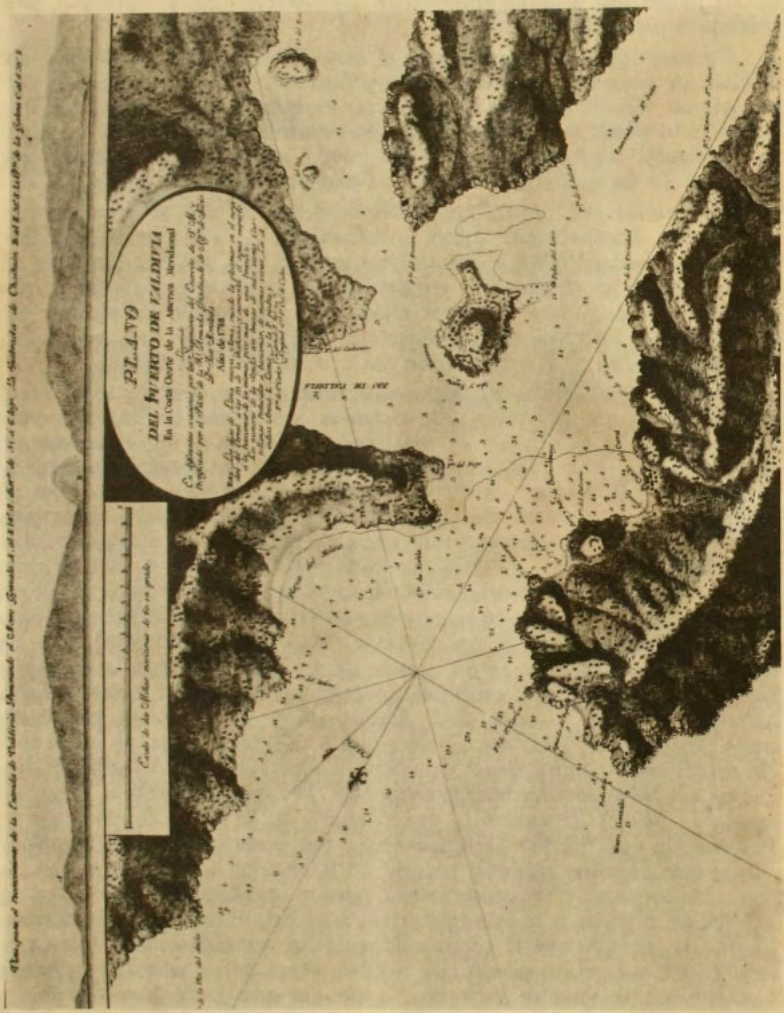
Dueño del secreto del puerto, sólo le restaba poseer las tropas necesarias para consumar el asalto: fue a pedirlas al intendente de Concepción.

En la noche del 20 ancló en Talcahuano y a la mañana siguiente despachó el *Potrillo* a Valparaíso con extensos oficios dirigidos al Ministro de Marina comunicándole la necesidad de permanecer en Talcahuano para examinar la posibilidad del traslado de la estación naval de Valparaíso y aprovisionar a la *O'Higgins;* "luego que pueda embarcar alguna carne en Talcahuano, habiéndose acabado enteramente los víveres a bordo —añadía—, procederemos para Valparaíso" (210).

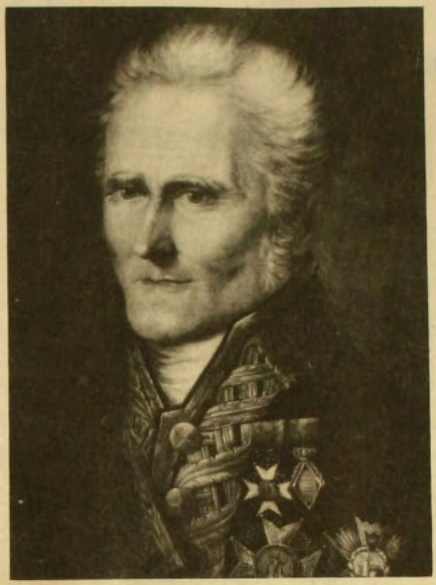
En parte para no comprometer el éxito de la jornada divulgando sus detalles, en parte por sus diferencias con Zenteno, Cochrane ocultó sus planes tras un velo de misterio; al comunicar el apresamiento del *Potrillo,* disculpando su pasaje a Valdivia, no sólo no avanzó mayores datos sobre el reconocimiento, sino más aún, en las cuatro cartas que le remitiría los días 22 y 27 de enero, continuaría tratando expedientes de oficio.

En realidad el 21 del mismo había propuesto su plan al intendente de Concepción, Ramón Freire, quien, entusiasmado, no había vacilado en asegurarle completo respaldo; el futuro Director Supremo de Chile ultimaba en esos momentos los detalles para emprender un ataque conjunto a las montoneras realistas del límite sur de su mando, pero penetrado del alcance del proyecto sobre Valdivia, no sólo aplazó su expedición, sino que, asumiendo la responsabilidad, puso a disposición del lord las fuerzas existentes.

Aunque el almirante aseguraría más tarde que la jornada se emprendió sin participarla a la capital, la verdad es que lo hizo en forma reservadísima no por la vía regular —el Ministerio de Marina—, sino directamente al Director Supremo; como señalamos, profundas diferencias trababan las relaciones entre Cochrane y Zenteno. Mientras el 27 de enero justificaba al Ministerio su tardanza en volver, asegurándole que quedaba en el sur para apoyar a Freire en su acción central contra el enemigo, siete días antes había despachado una carta a O'Higgins, desconocida hasta ahora, detallándole sus íntimos propósitos. "Considerándolo de la mayor importancia —decía en ella— que Su Excelencia esté en posesión de las más correctas informaciones del norte del Perú hasta el sur de Chile, para planear con seguridad las operaciones militares..., en mi camino desde Guayaquil pasé a inspeccionar el puerto de Valdivia con doble intención: la de saber si la información dada por el virrey... acerca de la llegada allí de un buque de guerra era cierta... y saber si podía atacar aquel punto con éxito, cortando así el medio marítimo de comunicación del enemigo y librando a la Armada del Sur, que de ese modo serviría más activamente." Después de relatar la incursión agregaba: "me he informado... que el grueso de la fuerza del enemigo en Valdivia consiste en 400 hombres; según mis observaciones me complace pensar que, distantes como se encuentran los fuertes uno de otro, les es imposible ayudarse y, en consecuencia, pueden ser atacados por un número inferior, en especial si se hace por sorpresa... En mi opinión nada derrotaría más al enemigo que la captura de Valdivia, especialmente si Chiloé es tomada, porque jamás considerará a Chile fuera de su posesión mientras mantenga un pie sobre su territorio..., sabe que esto libera al ejército patriota y le permite acometer otras empresas. Intento visitar Talcahuano —adelantaba entonces— y exponer al gobernador Freire mi opinión respecto al asunto, el estado desalentador de las tropas de Valdivia y la facilidad con que puede ser tomada. ¡Cómo desearía disponer de medios para hacerlo solo! Creo que



Plano del puerto de Valdivia, *por Moraleda, 1788, requisado por Lord Cochrane en el bergantín* Potrillo *en enero de 1820 y utilizado durante la toma.*



El virrey don Joaquín de la Pezuela. Oleo colección de los marqueses de Miranda de Ebro. Atención del Iltmo. señor don Rafael de Ceballos-Escalera, Madrid.

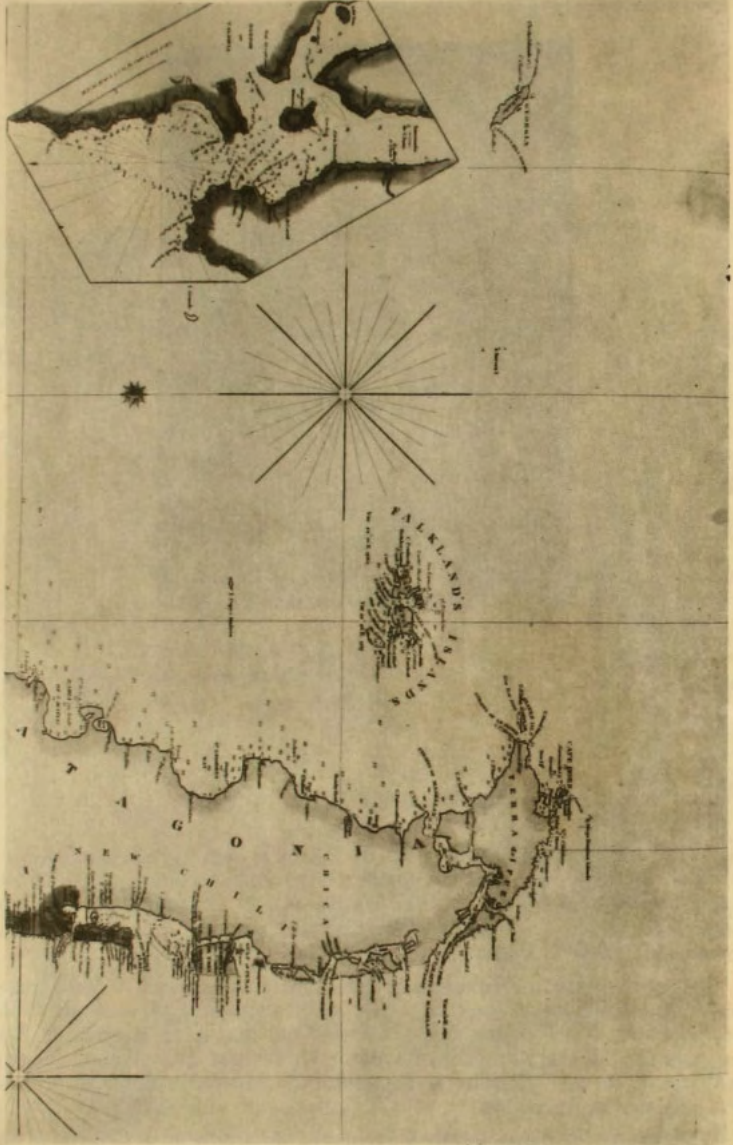
con 300 hombres podría anclar en la bahía mañana por la mañana..." (41 bis)

El 28 le confirmaba que a las doce levaría anclas para marchar sobre Valdivia o Chiloé, según los vientos, "creo sin embargo —agregaba— que nos apoderaremos primero de Valdivia, porque es el punto más fuerte y el más importante" (237). Confidencialmente Freire, por su parte, había dado cuenta de todo a O'Higgins con cuatro días de anticipación.

La generosidad del intendente causó honda impresión al lord; puso a su disposición al mayor Jorge Beauchef, quien eligió los soldados que debían acompañarle. Se les explicó que avanzarían por mar hasta la costa de Arauco, para lo cual fueron trasladados presurosamente a Talcahuano, donde se embarcaron en la *O'Higgins*, el *Intrépido* y la *Moctezuma*. El 28 en la noche zarpaba la expedición.

Tres naves chilenas llevaban la misión de arrebatar a España su más célebre baluarte en el Mar del Sur. Dentro de ellas un heterogéneo grupo de marinos y soldados, la de consumarla. ¿Quiénes eran estos hombres, cuáles sus pensamientos, a dónde iban? ¿A qué debía Valdivia su importantancia, cuál era el verdadero secreto de sus fortalezas y el pensamiento de sus defensores?

Lo veremos a continuación.



Extremo sur de América; en un recuadro, detalle del Puerto de Valdivia. Plano norteamericano de principios del siglo XIX. Biblioteca de la Universidad de Oakland, U.S.A.

II El puerto de Valdivia desde fuera

6. *El antemural del Pacífico*

Valdivia comprendía dentro de sí un dualismo difícil de resolver: visto desde el mar presentaba hermosa fachada, pero desde tierra era una construcción de tabiquería; mientras la literatura oficial se refería a él con ditirambos, sus gobernadores pronosticaban como segura su ruina; mientras unos exageraban su pobreza mendicante, otros lo llamaban tonel de vanidades. Así como en sus castillos todos los cañones disparaban al mar y casi ninguno a tierra, así había dos Valdivias, uno desde fuera y otro desde dentro. Comenzaremos por el primero.

Resulta difícil ponderar el papel estratégico que en otro tiempo se atribuyó al puerto y que justificó la construcción de sus fortalezas, los cuantiosos gastos de su mantención y toda la complicada máquina de su gobierno. Su importancia radicaba en la coincidencia de su ubicación geográfica en el engranaje geopolítico del continente con las bondades con que la naturaleza lo había dotado, abrigado de todos los vientos y abastecido de los recursos necesarios para la reparación de las naves con magníficas maderas y un río navegable.

Todas estas circunstancias se venían haciendo presentes desde el mismo siglo XVI y habían cobrado vigor desde el momento en que la destrucción de la ciudad por los indígenas, en noviembre de 1599, la había dejado expuesta a la rapiña de cualquier potencia enemiga. Para el gobernador Alonso de Ribera ya en 1601 era el "puesto de mayor consideración del Mar del Sur" (76); para Francisco Ponce de León era en 1620 "el negocio más grave y de cuidado que en aquellos reinos se le puede ofrecer a Vuestra Majestad por ser el de Chile y su puerto de Valdivia el norte de los enemigos de Europa y seguro de los puertos del Perú" (186). El cronista Tribaldos de Toledo, que escribía unos diez años después, profería: "no se puede decir que se haya conocido otro puerto en el mundo semejante ni más seguro; por ser un sitio tan fuerte es necesario de antemano fortificarle, que dando lugar a que cualquiera otro lo fortifique perderáse sin poderse recobrar" (207).

Su ocupación en 1643 por la Armada holandesa enviada por Mauricio de Nassau al mando del almirante Hendrick Brouwer, gobernador general de las Indias Occidentales, no hizo más que confirmar los pronósticos y sellar el destino histórico del antemural del Pacífico, como se le llamó desde entonces. Restaurado por España en enero de 1645 con el envío de la expedición repobladora del marqués de Mancera, la más grande que hasta 1821 surcara estos mares, desde ese momento había visto afianzarse su fama y si bien ella llegaría a transformarse en verdadero mito, a juicio de gobernantes, tácticos y escritores, descansaba en un legítimo fundamento.

De entre los primeros, a vía de ejemplo, citaremos las opiniones de virreyes como el conde de Lemos, para quien si los extranjeros tomaban Valdivia "lo demás era coser y cantar" (158). O el marqués de Castelfuerte,

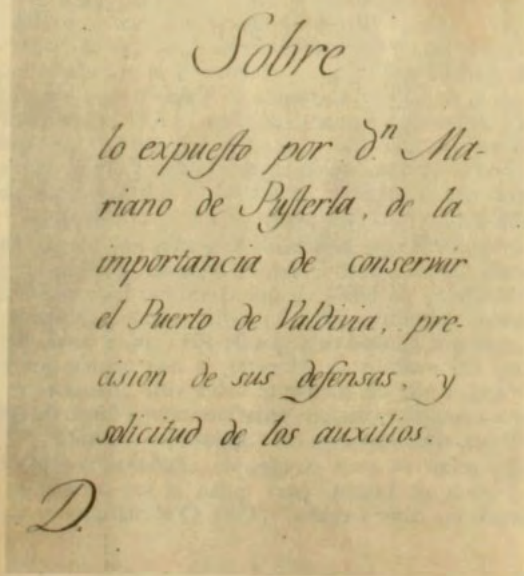
que lo llamaba "propugnáculo de toda América austral y la puerta que cierra la entrada a las invasiones extranjeras" (81). Para el célebre visitador de la Nueva España Juan de Palafoz y Mendoza, la importancia de Valdivia era tal que de ella dependían las costas occidentales de aquel virreinato hasta la misma California (174). Un gobernador de Chile en el siglo XVII decía que era "el puesto de mayor consecuencia, confianza y riesgo que hay en las Indias" (144 terc.). Y uno del siglo XVIII: "su posesión en nosotros es un antemural que nos preserva del fuego continuado de la guerra. . . , faltando éste no hay otro puerto a que puedan acogerse con seguridad las católicas navales armas que estén en este reino, y en conclusión, destruido este fundamento, cae precipitado todo el armonioso edificio de esta América" (6).

Para Ambrosio O'Higgins, "su caída asustaría a toda la América y daría crédito a los enemigos de Europa".

De entre los tácticos que magnificaron el papel estratégico de Valdivia, cabría citar al mariscal Juan Martín Cermeño, director de los reales cuerpos de artillería y de ingenieros militares de España, proyectista en 1767 de sus principales castillos, y al irlandés Juan Garland y White, su realizador. Técnicos tan ilustres como Francisco Sabatini, el primer arquitecto de la corte de Carlos III, o el francés Amadeo Frezier ponderaron sus méritos: a juicio del último, Valdivia era "el más hermoso y más fuerte de toda la costa del Mar del Sur" (93).

Pretender hacer un elenco con los nombres de los autores que por su parte le dedicaron elogios, daría material para una nutrida antología; nos contentaremos sólo con citar de pasada a Oliverio van Noort (131), Jorge

Portada de uno de los informes de Mariano de Pusterla sobre la importancia estratégica del Puerto de Valdivia. Archivo General de Indias, Sevilla.


N.º 1.

Sobre

lo expuesto por D.n Mariano de Pusterla, de la importancia de conservar el Puerto de Valdivia, precision de sus defensas, y solicitud de los auxilios.

D.

Juan (130), o el abate Molina (149). Para cierto diccionario francés de 1772, Valdivia era también "el mejor puerto y la plaza de mayor consideración de Chile" (200).

En todo caso, y al margen de la literatura acumulada, lejos de disminuir la efectividad del tipo de sus fortalezas con la crítica suscitada desde principios del siglo XIX, había llegado a su culminación en el momento de la independencia, en que con los hechos había venido a confirmar con un énfasis verdaderamente rotundo el valor que se le había atribuido en épocas anteriores. Según el juicio de Torrente, Valdivia aún era considerado la llave del Pacífico (214), y según el virrey Pezuela, de él dependía enteramente la conservación del Perú. Desde Valdivia debía continuarse la guerra en Chile, escribía al gobernador Montoya en abril de 1819, "cuya posesión es la más esencial a la conservación y felicidad de estos dominios" (177).

Decir importancia de Valdivia era consecuentemente decirla de Chile: si el primero era antemural y llave del Mar del Sur, ambas cosas era el segundo. Valdivia era el concentrado en un punto de su territorio del destino de todo el conjunto. La verdadera trascendencia de la toma de Valdivia no radicaría en sus dimensiones de alcance local, sino en sus proyecciones internacionales: la noticia de su verificación sería en 1820 en todo igual a lo acaecido en 1643 al ser ocupado por los holandeses. Mientras subsistiese el Cabo o el Estrecho como único acceso directo al Pacífico desde Europa, el papel estratégico de Valdivia, y en consecuencia el de Chile, era protagónico para el Perú en caso de guerra (82, 241).

7. *Llave del Mar del Sur*

La idea de concertar en un plan general de defensa las posesiones americanas había sido además desde hacía un par de siglos tema de preferente interés no sólo para las autoridades indianas, sino para la misma corte, donde el asunto podía planificarse con una mayor visión, en relación a las mismas costas de la península y las más alejadas posesiones del imperio como eran las islas Filipinas. Al margen de la desacertada o inadecuada solución que en diversas épocas se dio al problema (38), es interesante consignar que en todos los planes el reino de Chile y su puerto de Valdivia ocuparon un papel relevante dentro del conjunto.

Especialmente importantes por su proximidad a la época que nos ocupa, y porque condicionaron el aparato militar que habría de enfrentar Cochrane en 1820, resultan ser los elaborados a partir de la segunda mitad del siglo XVIII, de los cuales sobresale el confiado a la inspiración del capitán de navío Juan Bautista Bonet, que con este propósito recorrió desde 1761 a 1764, al mando de la Armada del Mar del Sur, desde Panamá hasta el Cabo de Hornos. Acompañando extensos informes de Jorge Juan y Pedro Castejón, emitidos en 1769, en su punto VI dicho plan asignaba a Valdivia el carácter de "principal llave en el sistema..." (24) Una junta de generales reunida en Madrid determinó a principios de 1796 un nuevo plan de defensa de las Indias y para su realización en la costa comprendida entre Guayaquil y Chiloé, una cédula de 10 de octubre de aquel año diputó al ingeniero director José Díaz del Pedregal, en cuyas instrucciones se notaba la influencia de Cermeño y Sabatini (11). En noviembre de 1801 correspondería al general Ugarte y Liaño, jefe del apostadero naval del Callao, rendir un completo dictamen sobre la defensa de las costas sometidas a su mando; en él se estudiaban las posibilidades de un ataque inglés y la manera de repelerlo, para lo cual proponía una adecuada fuerza naval de la que cuatro unidades debían estacionarse en Valdivia (215).

Es conocido el plan particular para la defensa del reino de Chile suscrito por Judas Tadeo Reyes a petición del presidente Muñoz de Guzmán en septiembre de 1806 (191), donde se asignaba papel relevante a Chiloé y se calificaba a Valdivia como la mejor plaza fortificada del país. Pero de la mayor importancia por el carácter de quienes lo suscribían y la polémica que encendió resulta ser el elaborado en Santiago en noviembre de 1810 por una comisión integrada por Juan Egaña, José Samaniego y Juan Mackenna, en realidad su verdadero autor.

Siendo gobernador de Osorno este distinguido ingeniero, ya había elevado al director del real cuerpo de su arma en Madrid, José de Urrutia, un amplio análisis del plan para América del Sur, el cual, en su concepto, adolecía de fallas (239). A pesar de dedicarse un tercio del documento a las fortificaciones de Valdivia, en él se sometía por primera vez desde la época del virrey conde de Chinchón (1629-1639) (161) a severa crítica su indiscutido protagonismo en la defensa del continente. Colocado, como buen patriota, en actitud prevenida respecto al criterio de los técnicos de la península, adjudicaba al "errado concepto que tiene la metrópoli de muchos de sus establecimientos americanos" el que hubiese calificado a Valdivia como uno de los puertos principales del Mar del Sur. Mackenna abogaba por una reducción de la tropa y una redistribución de su cuantioso situado en otros puntos de Chile, especialmente la capital, y, lo que era más grave, criticaba duramente la técnica de las mismas fortificaciones. "Lo que llevamos expuesto —decía— choca con la opinión de algunos... Nada es más difícil de desvanecer que una preocupación que tenga a su favor la creencia de siglos; esta capital se ha persuadido que Valdivia era de suma importancia en vista de los ingentes caudales que se empleaban en su defensa y en la de los exagerados informes de sus gobernadores." En realidad el plan Mackenna, débil en varias apreciaciones técnicas, buscaba disimular con una explicación científica la apropiación del suculento situado de Valdivia y su distribución en otros lugares y manos: todas las limitaciones ardorosamente propuestas "sólo deben verificarse si no viniese... el situado de Lima, pues en este caso a nadie puede caber duda ser preciso conciliar los gastos de aquella plaza con el erario de reino"; en cambio se esmeraba en dotar a Santiago, de ningún papel en la defensa exterior del continente, con una gran guarnición para su adorno por ser "nuestra hermosa capital única en toda la América que no la ha tenido hasta ahora" (72). No nos habríamos detenido tanto en el análisis del plan de Mackenna si no fuese por los efectos que produjo en relación al destino de Valdivia en la guerra de la Independencia: en cuanto se supieron sus detalles en la ciudad su guarnición se separó del gobierno de Santiago para someterse al del virrey, por medio de una contrarrevolución monárquica. Fuera de esto, el informe de Mackenna sería refutado técnicamente por el brigadier Manuel Olaguer Feliú, autor precisamente de las obras finales de la fortificación de Valdivia y más tarde mariscal director de su real cuerpo en Madrid. En 22 noviembre de 1810, citando a Vauban, Leblond, Deidier, Picheguí y Negret, rectificó las apreciaciones traídas a colación para probar la impotencia de las plazas fortificadas y la necesidad de atacarlas o no para la conquista de un país, desmentida en la guerra por la que precisamente atravesaba España (171); sobre este supuesto Cochrane decidiría diez años más tarde la toma de Valdivia.

Las soluciones dadas a la defensa del puerto, como de toda América, se regían por el principio certeramente enunciado por Céspedes del Castillo: no se planeaba nunca lo que se juzgaba necesario, sino lo que permitían hacer los recursos económicos. El sistema fue exitoso en relación a los ataques extranjeros por cuanto el continente no experimentó pérdidas territo-

riales (38); las campañas de la Independencia se regirían bajo el imperio de otros supuestos.

8. *Arsenal austral*

Pero además de lo dicho, nuestro puerto era el arsenal del sur, como lo calificaría Cochrane.

Ya en 1766, sobre los informes del célebre Eusebio Llano Zapata y del fiscal de la audiencia de Chile José Perfecto de Salas, se hablaba en la corte de hacer en Valdivia, junto con Cartagena y Guayaquil, uno de los tres arsenales generales del continente (62). Hacia 1820 los sucesos de la guerra habían hecho de aquel proyecto verdadera realidad (172).

Amenazada la remisión de auxilio desde el Perú en barcos de la escuadra virreinal, por las incursiones de naves chilenas, los gobernadores de Valdivia y Chiloé discurrieron aprovisionarse a expensas de barcos neutrales, a cuyos capitanes libraban letras de cambio a cuenta de la tesorería de Lima. El depósito creado en Valdivia y constantemente incrementado por nuevas remesas, permitía sostener a Benavides en el Bío-Bío, apoyando toda clase de iniciativas destinadas a hostilizar el ejército de Chile.

El pailebot *Aránzazu*, procedente de Callao, había dejado en enero de 1819 gran cantidad de dinero y en marzo el navío portugués *Nuestra Señora del Carmen*, procedente de Montevideo, efectos por valor de 43.000 pesos; la corbeta *Pez Volador* y la goleta *Alcance*, enviados por el virrey en abril para integrarse la segunda al sistema defensivo de Valdivia, habían acarreado auxilios similares, como también los bergantines *Guadalupe* y *Cantón*, el pailebot *Aránzazu* y la fragata *Palafox*, en repetidos viajes (178).

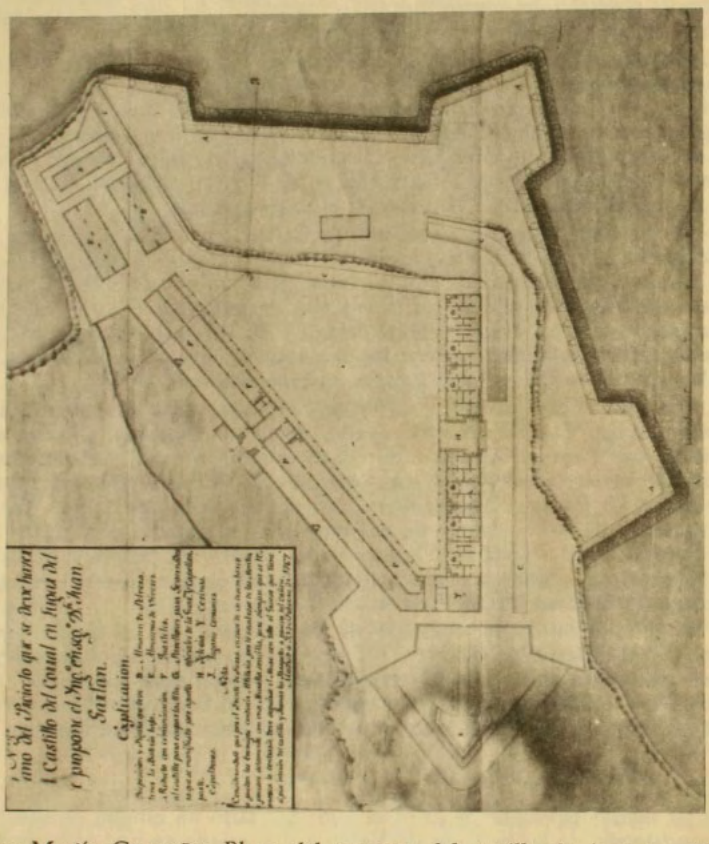
En junio habían pasado por Valdivia la fragata *Diana* con cuatro transportes de tropas desde España, los cuales, aunque no aligerados allí, dan una idea del papel que había adquirido en aquel momento de la guerra como punto de reabastecimiento (219); el 8 de enero de 1820, por otra parte, zarpaba de Callao la fragata inglesa *Luisa*, bajo el comando del capitán Ward, inaugurando un nuevo sistema de asistencia para esquivar el peligro patriota. La fragata francesa *Hauteloy*, la española *Dolores* y el bergantín *Potrillo* constituirían los postreros socorros, aunque el destino de los dos últimos formaría ya parte de los sucesos de la toma.

A pesar de los fuertes consumos de la guarnición, por los estados remitidos por el gobernador al virrey (178) y los inventarios levantados por Cochrane, es un hecho incontrovertible que el puerto era uno de los centros de abastecimiento más abundantes del Mar del Sur; sobre el lugar efectivo que ocupaba en el continente, trataremos al estudiar su fortificación.

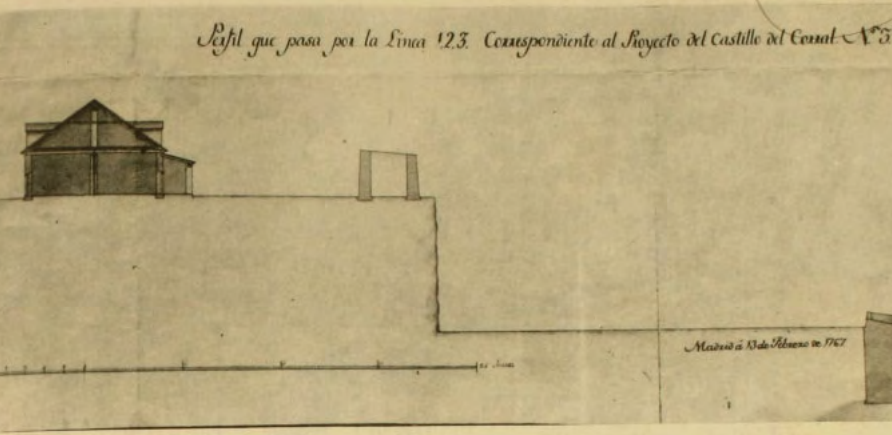
9. *Los castillos hacia 1820*

El análisis particular de la toma hace necesario un estudio referente a la constitución de las defensas de Valdivia y el estado en que se encontraban en 1820, para poder avalar en su justa medida la hazaña de Cochrane. Apartando lugares comunes y la fraseología repetida en torno al tema, estamos hoy en condiciones de avanzar sobre bases sólidas, pues una documentación precisa nos permite reconstruir el historial particular de los distintos fuertes.

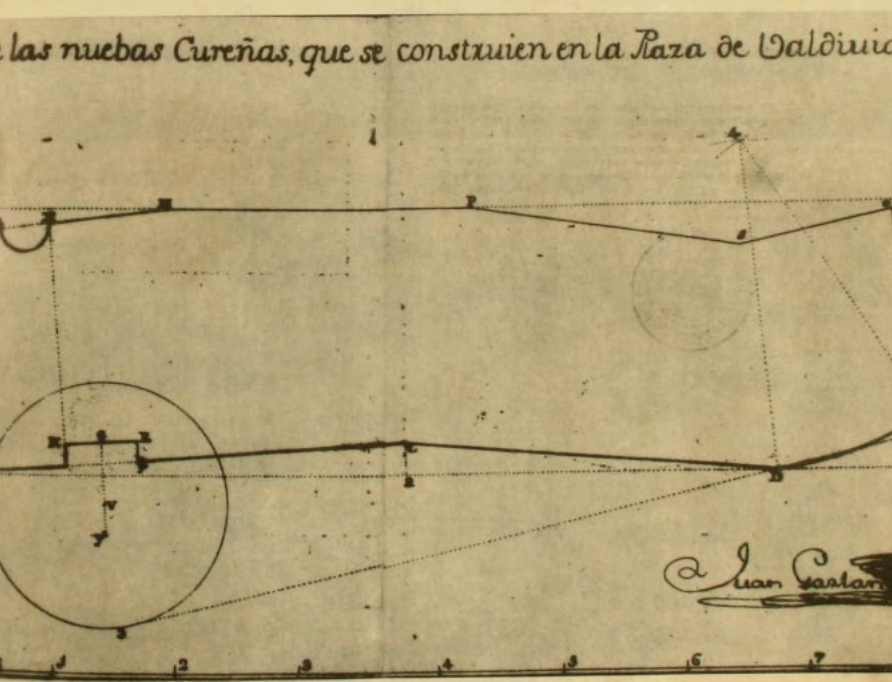
Desde luego es necesario distinguir diversos estadios en su potencialidad defensiva según las épocas: parece ser que su época de oro había sido el siglo XVII; sintetiza este momento lo expresado por la Junta de Guerra de Indias al Rey en Madrid, en enero de 1692, al decir que "se tienen por



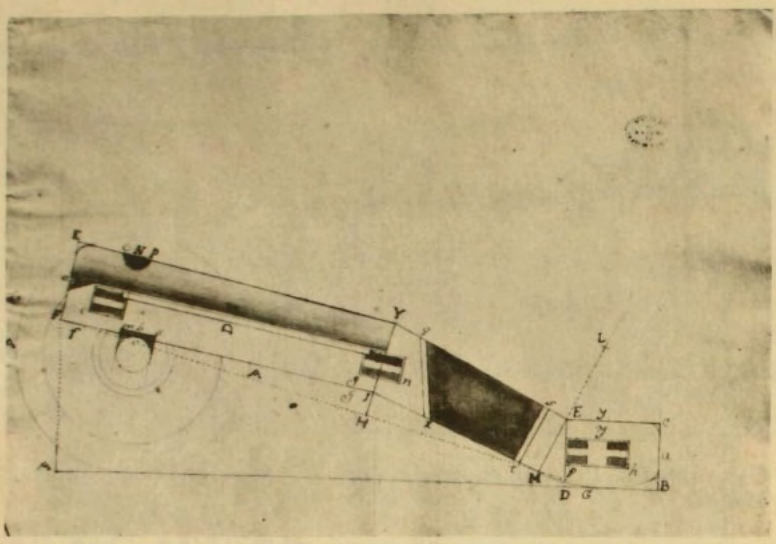
Juan Martín Cermeño: Plano del proyecto del castillo de Amargos, 1767. Servicio Histórico Militar, Madrid.



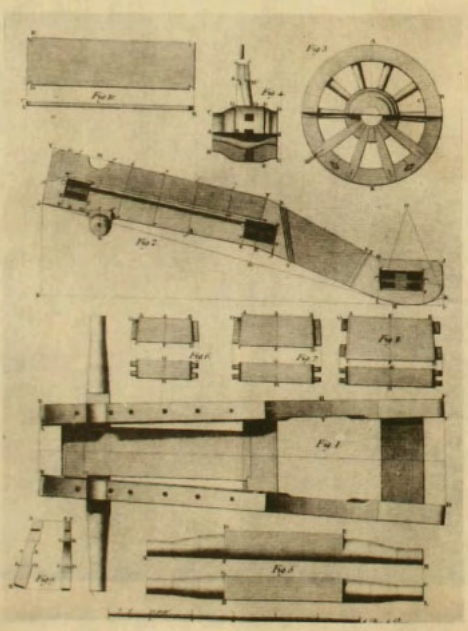
Castillo de Corral: Corte del proyecto de 1767. Servicio Histórico Militar, Madrid.



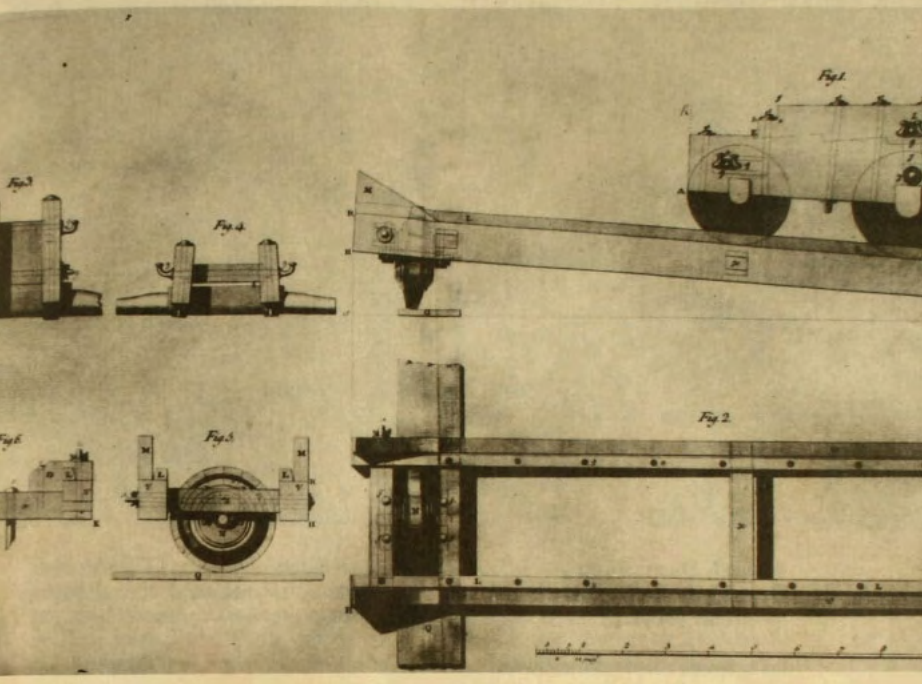
Juan Garland: dibujo original de uno de los tipos de cureñas para las fortalezas de Valdivia; Mancera, 1771. Archivo Nacional, Santiago.



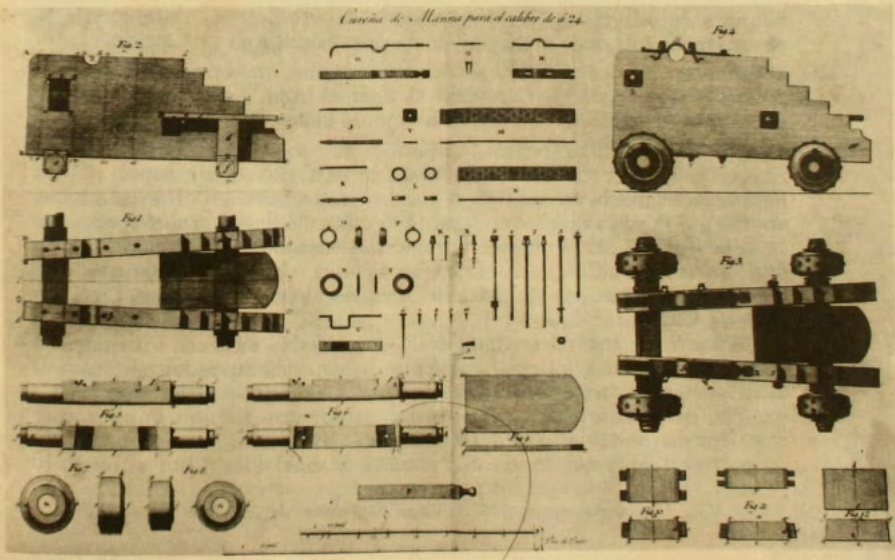
Juan Garland: dibujo original de una cureña para la Plaza de Valdivia (c. 1770). Archivo General de Indias, Sevilla.



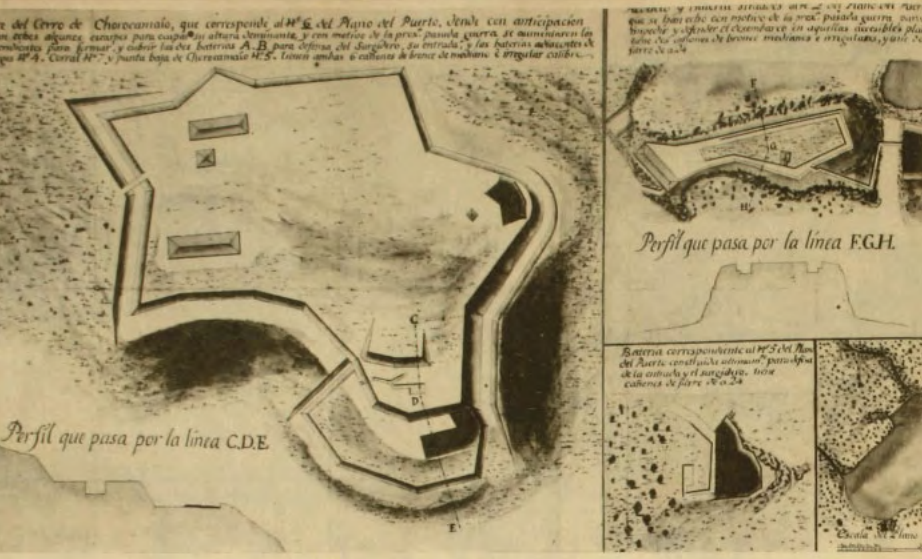
Tomás de Morla: Plano de cureñas usadas en la Plaza de Valdivia. Principios del siglo XIX. Servicio Histórico Militar, Madrid.



Tomás de Morla: Plano de cureñas del tipo de las usadas en la Plaza de Valdivia. Principios del siglo XIX. Servicio Histórico Militar, Madrid.



Tomás de Morla: Plano de cureña de marina para el calibre 24, del tipo de las usadas en los castillos de Valdivia. Servicio Histórico Militar, Madrid.



Antonio Duce: El puerto de Valdivia y planos de sus baterías, 1779. Archivo General de Indias, Sevilla. (Al centro, izquierda, un recuadro con el plano particular del fuerte de La Aguada del Inglés.)

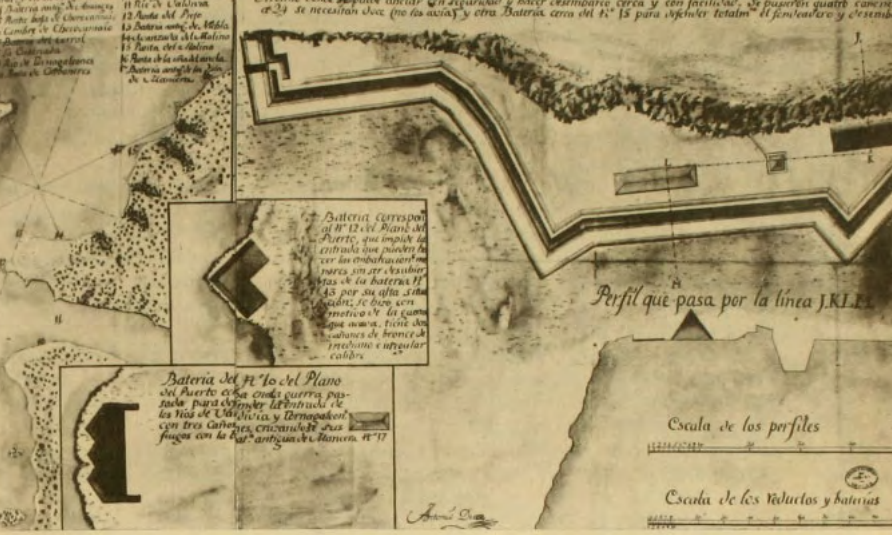
las mejores que S. M. tiene en la América" (136). El auge de Cartagena, La Habana y Puerto Rico, en el Caribe, arrebataron en el siglo XVIII la preponderancia de los castillos valdivianos, y ya por 1707 el Consejo de Indias llamaba a la ciudad sólo "capital del Mar del Sur" (225), lo cual, por lo demás, no deja de ser bastante. El desarrollo del aparato defensivo de las islas Filipinas en esta época elevó la categoría de este bastión, restringiendo finalmente a la sola costa occidental de América la primacía de Valdivia.

A pesar de que en 1740 su dotación militar era la más elevada de América, ocupando la de Cartagena el segundo lugar,[1] no cabe duda de que la prioridad de Valdivia se enfrentaba con un competidor en el Pacífico.

En efecto, Callao estaba guarnecido de mayor número de cañones, aunque de inferior calibre, pero munido de un castillo a la europea, el Real Felipe, indudablemente más recio que los particulares de Valdivia, aunque no más que la suma de ellos en total (140). Esto lo ilustra bien el comandante de la artillería del virreinato, Antonio Zini, cuando en un informe técnico sobre su arma emitido en Lima en septiembre de 1779, estampaba que "proporcionalmente está la plaza de Valdivia mejor dotada que Lima, el Callao y Chiloé" (246).

Cuando en 1645 el marqués de Mancera había mechado los cimientos de las fortificaciones, los emplazamientos habían sido dirimidos por una junta de guerra que reunió en el sitio mismo a los más notables especialistas que podían juntarse entonces en el continente: manifestaron su opinión el ingeniero mayor del virreinato, Constantino Vasconcelos, portugués; el general de su artillería que lo era el tratadista Manuel Plus Ultra y Tovar, el

[1]CFR. AGI. *Contaduría mayor*, 1792. *(Véase explicación de las siglas en pág. 134.)*



almirante de la Armada del Mar del Sur, Francisco de Guzmán y Toledo, presidente de la audiencia de Panamá, y una galería de militares de la categoría de Alonso Villanueva Soberal, maestro de campo del reino de Chile, de Juan Lozano de Rojas, que lo era de Callao, o del marqués de Guadalcázar, general de la caballería del virreinato. Al parecer de Vasconcelos se debieron planes y lugares (115).

La evolución de las técnicas poliorcéticas, la mayor capacidad de ataque de los navíos de guerra, el mejoramiento de la ruta del Cabo, exigieron constantes ampliaciones y reacondicionamientos en la defensa, ampliada con los años de cuatro a diecisiete, apoyada por construcciones secundarias o por la misma Armada Real, como se haría en 1780 durante la guerra con Inglaterra. "Treinta años hace que se está fortificando a la moderna —puntualizaría Carvallo Goyeneche—, y concluida la fortificación y guarnecido a correspondencia, podrá Chile lisonjearse de que ni todo el poder marítimo de la Europa será capaz de rendirlo por la natural defensa de su terreno." (32)

Lo interesante de este proceso evolutivo consistió por una parte en la incorporación de las más modernas técnicas de la época, mientras por otra no pocos castillos, como Amargos, llegarían al siglo XIX con su factura arcaica, completamente inútil para resistir un ataque según lo permitían los nuevos tiempos.

La disposición de estas fortalezas era sin duda un caso fuera de serie entre los similares de América. Entre complejos diversificados de tipo cartagenero o unitarios como el de Callao, el de Valdivia representó en la época de su composición una originalidad que fue conscientemente advertida por sus artífices. "La figura y magnitud de los montes que le rodean por todas partes —expresaba Garland en abril de 1765— no permite construir una sola plaza respetable y así se hace forzoso recurrir al expediente de varios fuertes separados y dispuestos en la conformidad que queden bien defendidos el surgidero y el paso preciso para llegar a él." (104) Prolijos

sondeos en el fondo de la bahía habían establecido todas las posibilidades de movimiento de las naves, y en función de ellas el emplazamiento de las fortalezas destinadas a repelerlas. Los mismos facultativos las agrupaban a mediados del XVIII en tres categorías, según defendieran la entrada, el fondeadero o la internación por el río Valdivia y por el Tornagaleones en pos de la ciudad, guarnecida a su vez con foso, torreones y una muralla de 2.400 varas de longitud.

Con posterioridad a 1780, en que se diversificaron aún más sus funciones, puede decirse que al primer grupo pertenecían San Carlos, Amargos, Niebla, La Aguada, Morro Gonzalo, El Molino, El Barro y Chorocamayo Bajo; al segundo: El Bolsón y Chorocamayo Alto y el castillo de Corral con sus tres baterías. Al tercero pertenecían Mancera, Baides y sus baterías anejas, Santa Rosa, Piojo y Carboneros; las analizaremos brevemente según su distribución geográfica.

En la ribera nororiente, la más expuesta era la batería del Molino, levantada sobre los planos del ingeniero Antonio Duce en 1779, con foso y parapeto con cuatro cañones de a 24, reducto prolongado a fin de que su artillería cubriese hasta el punto en que alcanzaban los fuegos de Niebla. Su objeto era "contener el primer ímpetu brusco del enemigo y dar lugar a otras disposiciones" en caso de desembarco en la playa grande (66). En 1817 contaba con dos cañones en la batería baja —rasante— y tres en la alta; necesitaba cien hombres de guarnición (170).

El castillo de la Limpia Concepción de Niebla, edificado en 1671, había sido reacondicionado a partir de 1767, según traza de Cermeño, rebajándosele más tarde la batería principal; su fin específico era: "corresponder sus fuegos a Amargos y Mancera, formando un triángulo perfecto y equilátero, cuyas líneas zurren en un punto céntrico". Según Olaguer Feliú, sus disparos cruzaban al otro lado de la bahía, "llegando sus balas a ricochet o rebote a las orillas recíprocas." (170) En 1820 tenía catorce cañones de a 24, un mortero y dos hornillos de bala roja; otros dos de a veinticuatro, dispuestos en el foso hacia la playa grande, flanqueaban aquel posible desembarcadero; su dotación debía ser de doscientos cuarenta hombres, según Mackenna, o de ciento cincuenta, según Feliú.

La batería de la Cruz o del Piojo, contemporánea a la del Molino, defendía la entrada a Valdivia con dos de a 24 puestos a flor de agua, combinando sus fuegos con la de Carboneros, en el ángulo de la isla del Rey, provista de otras tres unidades del mismo calibre que a su vez cruzaban sus fuegos con Mancera.

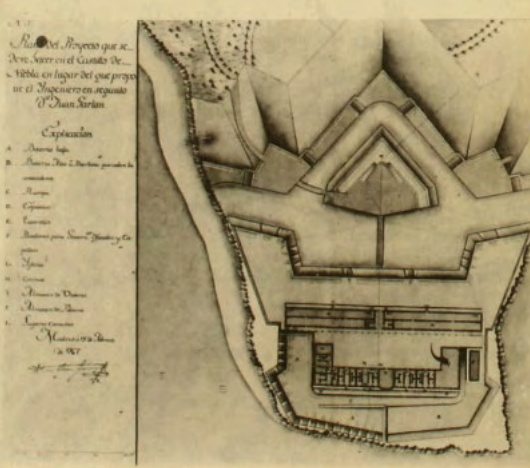
Esta isla en medio de la bahía tenía originalmente tres fortalezas, de las cuales apenas subsistía una, desguarnecida casi, en 1820; la principal era el castillo de San Pedro de Alcántara, fundado en 1645, con planta de bonete de clérigo y siete cañones, desguarnecido en 1779. El castillo de San Francisco de Baides, en el extremo suroriente, fundado en 1645, defendía la entrada al Tornagaleones, pero había sido desmantelado en 1748; sobre el cerro existía desde 1758 una tercera fortificación capaz de ocho cañones, también desmantelados; funcionaban en la isla en la época que nos interesa una casa para los gobernadores y un destacamento para la conservación de la batería de San Pedro.[1]

En la ribera surponiente la batería de Santa Rosa defendía el acceso a la Ensenada de San Juan, y el castillo de Corral barría el fondeadero cruzando sus fuegos con Mancera. Se componía de tres elementos construidos en distintas épocas y unidos en 1767; el castillo de San Sebastián de la

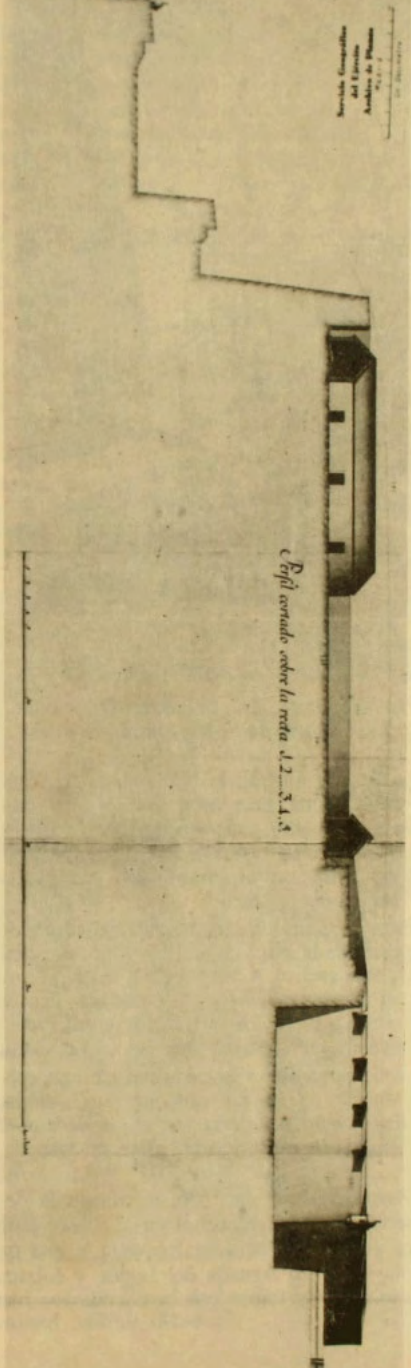
[1] CFR. AGI. *Chile 440*.

Juan Garland: Plano del puerto y ciudad de Valdivia, 1764. Archivo General de Indias, Sevilla.

Castillo de Niebla: batería al mar. Fotografía del Laboratorio de Fotografía y Microfilm, Universidad de Chile.



Juan Martín Cermeño: Plano del castillo de Niebla, 1767. Servicio Geográfico del Ejército, Madrid.



Juan Garland: Corte del castillo de Niebla y elevación del baluarte sur. 1765. Servicio Geográfico del Ejército, Madrid.

Castillo de Niebla: arista del baluarte de oriente. Fotografía del Laboratorio de Fotografía y Microfilm.

Cruz, de 1645, en la parte más austral; la batería de La Argolla, de 1764, ligeramente al norte, y La Cortina, gran muro que el año indicado unificó el conjunto convirtiéndolo en el más poderoso de toda la bahía. Su foso de cuarenta varas de ancho por ocho de profundidad albergaba cuarteles de piedra para doscientas plazas y sus muros montaban veintiún cañones del 24, todos provistos de bala roja.

La batería del Bolsón, o Corral Viejo, había sido construida por el ingeniero Antonio Birt y rectificada por Garland en 1768, y cargaba nueve cañones que apuntaban al fondeadero; Chorocamayo Alto, Denominado Reducto, fue proyectado por Duce en 1779 y era capaz de diecisiete unidades con bala roja que dominaban a todos los castillos de aquel lado y el tránsito de las naves desde la boca de Amargos al fondeadero de Corral.

Chorocamayo Bajo montaba seis y era contemporáneo con el anterior; el castillo de Amargos databa de 1677 y cargaba doce unidades de a 24 y bala roja que en su disposición no servía "más que de amontonamiento, confusión y embarazo" (228); su ubicación era clave en caso de una acometida por mar.

La batería de El Barro, fundada en 1686, se componía de dos medios bonetes capaces de ochenta hombres, rehechos en 1779 por Duce; su ubicación era "un desfiladero y paso preciso a cualesquiera tropas que habiendo desembarcado por las playas de La Aguada del Inglés, y colaterales de San Carlos, intenten, como es regular, tomar por la espalda los fuertes y bate-

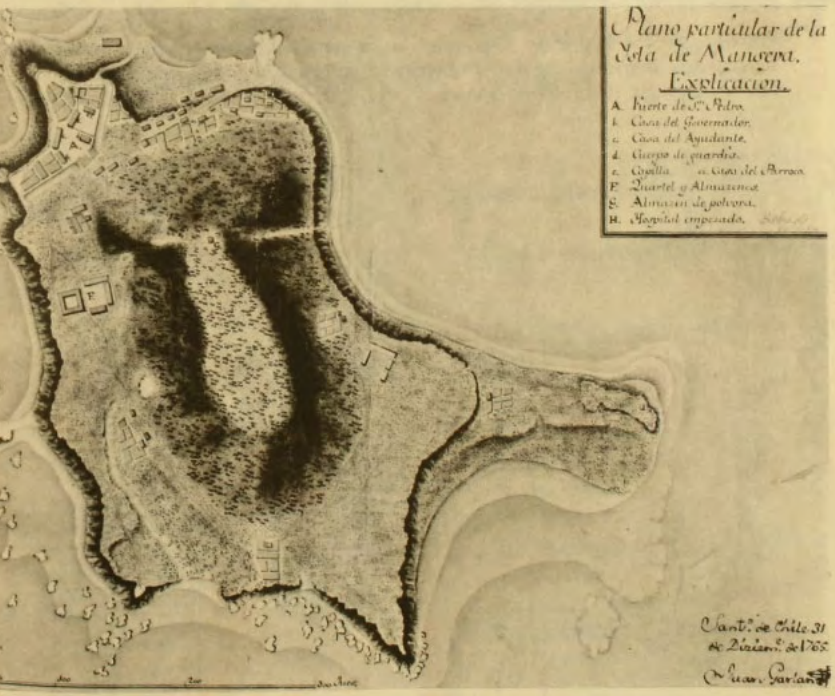
rías. . ." (170) Montaba diez cañones "colocados ocultamente en la cuesta del desfiladero que flanquean toda la playa" (192).

San Carlos, construido por Birt en una isleta rebajada artificialmente y luego transformada en península, contenía seis del 24 y un hornillo de bala roja, necesitaba cien hombres de guarnición y era tan estratégico para defender la entrada de la bahía como Amargos.

Enfrentando el horizonte, el fuerte de La Aguada del Inglés había sido proyectado por Duce en 1779; inicialmente contaba con tres cañones montados en un peñón y dirigidos a la playa contigua para impedir desembarcos, separados de un reducto escarpado con foso y parapeto, con cuartel para ochenta hombres (66); según Feliú estaba "recomendado por S. M. para el tiempo de guerra y en donde debe ponerse la tropa para impedir desembarco que pueda hacerse en las playas más al oeste" (170). En 1820 contaba sólo con dos cañones de a 24; como sabemos, éste sería precisamente el punto abordado por Cochrane (2, 3).

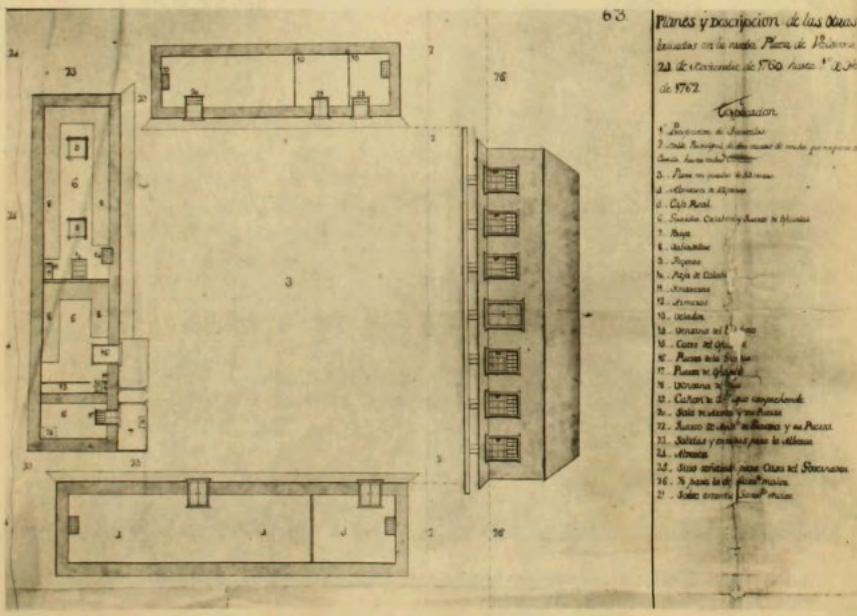
El vigía de Morro Gonzalo era la última defensa en este costado con un solo cañón de 4 libras (226).

Todas estas fortificaciones estaban a su vez regidas por un plan particular de defensa; un despacho de septiembre de 1783 aprobó uno de éstos, reservándose el monarca nombrar para gobernador del puerto, para su ejecución, al distinguido ingeniero, brigadier Mariano de Pusterla y Sacré, previniendo a todas las autoridades por cédulas especiales las facilidades que de-

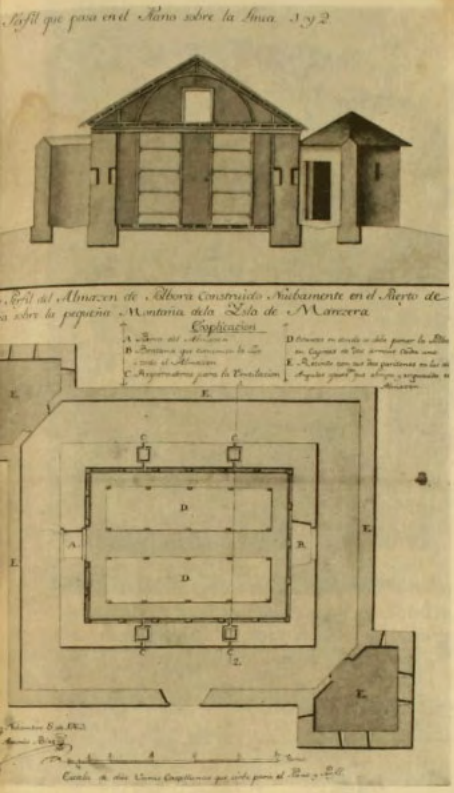


Juan Garland: Plano de la isla de Mancera, 1765. Servicio Histórico Militar, Madrid.

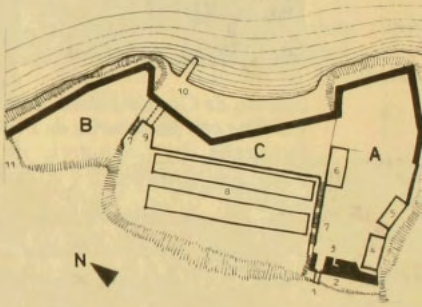
Castillo de San Pedro de Mancera; de izquierda a derecha: casa de los gobernadores, convento de San Francisco y batería. Al fondo: castillo de Niebla. Fotografía del Laboratorio de Fotografía y Microfilm, Universidad de Chile.



Isla de Mancera: Plano de las construcciones levantadas en la plaza, 1762. Biblioteca Central de Cataluña, Barcelona.



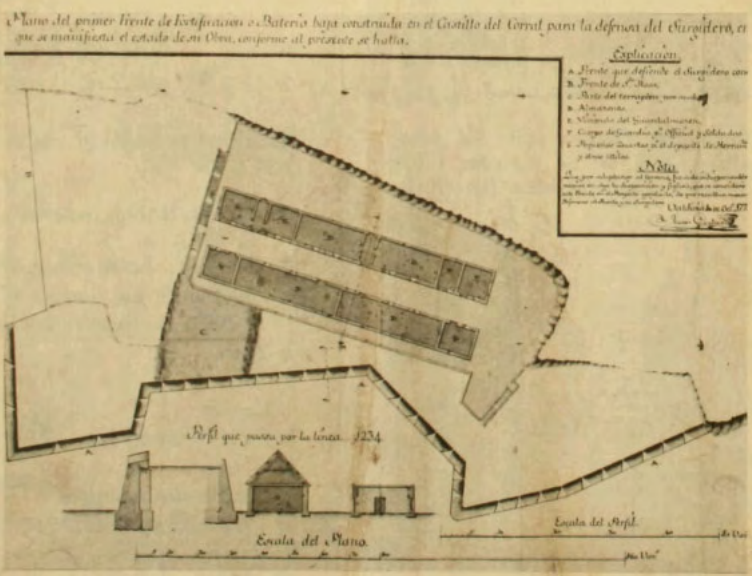
José Antonio Birt: *Plano y corte del almacén de pólvora en la isla de Mancera, 1763. Biblioteca Central de Cataluña, Barcelona.*



Esquema de la planta del castillo de Corral hacia 1820.

A: *Castillo de San Sebastián de la Cruz (1645).*
B: *Batería de La Argolla (1764).*
C: *Batería de La Cortina (1767).*
1: *Entrada con puente levadizo.*
2: *Foso.*
3: *Muralla.*
4: *Capilla.*
5: *Casa del castellano.*
6: *Cuartel.*
7: *Escalinatas y rampas.*
8: *Cuarteles y oficiñas.*
9: *Túnel.*
10: *Muelle.*
11: *Entrada actual.*

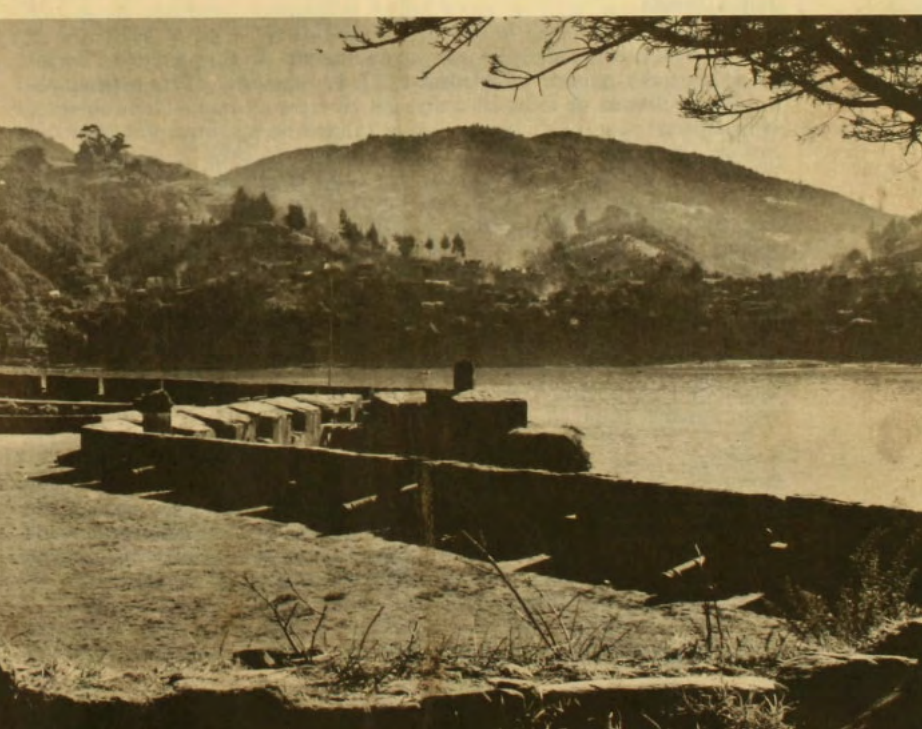
Castillo de Corral: batería de La Argolla; al fondo, la desembocadura del río Valdivia con las baterías de Piojo y Carboneros y las islas del Rey y Mancera. Fotografía del Laboratorio de Fotografía y Microfilm, Universidad de Chile.

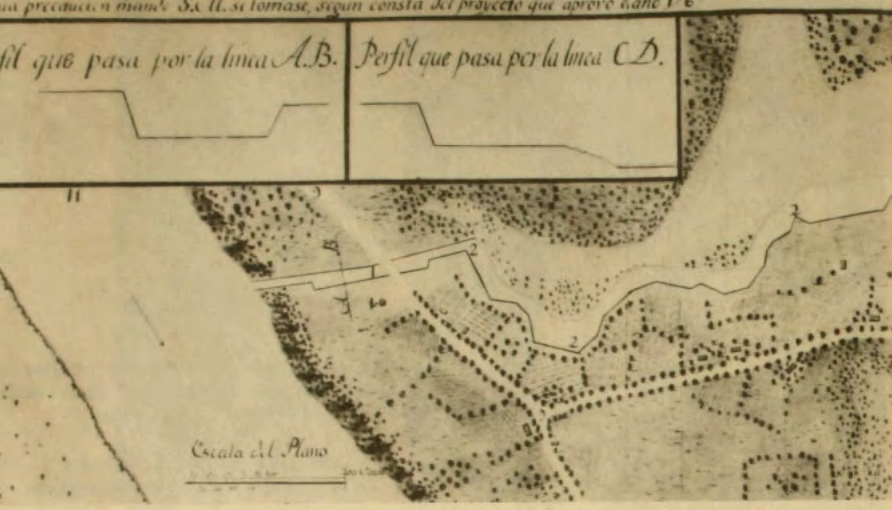


Juan Garland: Plano y corte del castillo de Corral durante la construcción de La Cortina, 1773. Archivo General de Indias, Sevilla.

Castillo de Corral: parte interior de La Cortina, con el túnel de acceso al mar. Fotografía del autor.

Castillo de Corral: al fondo, Corral Viejo. Fotografía del Laboratorio de Fotografía y Microfilm, Universidad de Chile.





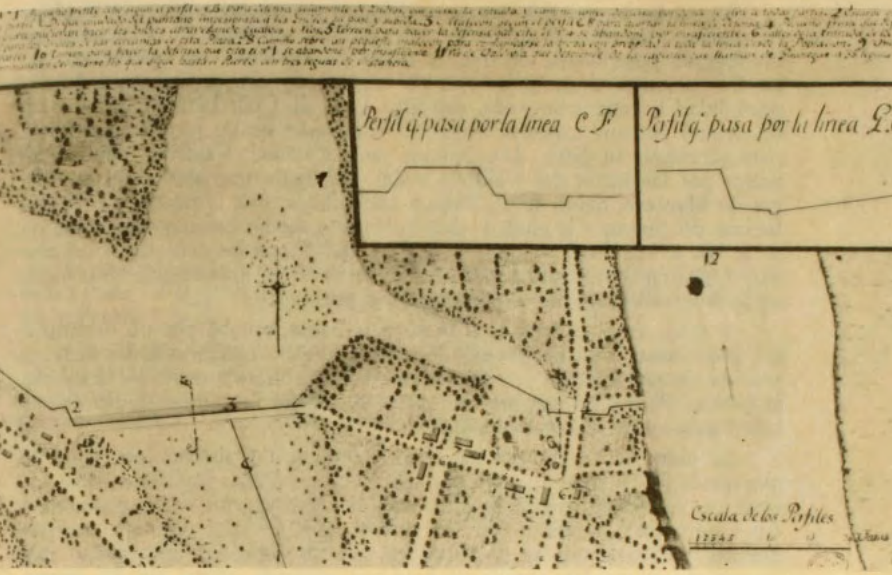
Antonio Duce: Plano de la muralla de Valdivia, 1780. Archivo General de Indias, Sevilla.

bían otorgarle con miras al mejor cumplimiento de su cometido.[1] La junta de generales reunida en Madrid el 13 de marzo de 1793, para aprobar el plan de defensa de todas las costas del virreinato, comprendió a su vez un plan especial para Valdivia, que por la calidad de sus firmantes constituye una de las piezas básicas del mecanismo defensivo hacia la época que nos interesa: el mariscal Joaquín Casavieilla y los tenientes generales Félix Tejada y Juan Cambiaso y los virreyes Juan José de Vertiz, que lo fue de Buenos Aires, y Pedro Mendinueta, de la Nueva Granada, estipularon en 121 puntos los proyectos particulares de cada fortaleza. "La junta, después de reflexiva meditación —expresó el acta—, atendiendo a la importancia de conservar aquellos dominios, asegurarlos de todo insulto y economizar todo lo que sea posible al real erario en servicio de V. M., halla el proyecto de dicho jefe (Cermeño) más conforme que otro alguno a estos efectos." (56) Juzgó necesario el aumento de la guarnición a 1.200 plazas de infantería, aparte de los artilleros. Teóricamente el armamento de Valdivia parecía perfecto; veremos cómo era en la práctica.

10. *Su funcionamiento*

No era un mecanismo dejado a las contigencias del azar, sino un conjunto armónico que en la mente de sus artífices debía funcionar como un reloj de precisión. Cada una de sus partes debía encajar matemáticamente de manera que las operaciones específicas de cada castillo se realizarían por turnos a su debido tiempo.

[1]*CFR. AGI. Chile 188.*



Dos eran las posibilidades que podía ofrecer un ataque desde el exterior: la vía marítima o irrupción de las naves a velas desplegadas como blanco móvil frente a las baterías, cuyos fuegos debían sortear en una verdadera carrera suicida; la vía terrestre, desembarcando tropas en los puntos vulnerables de más afuera, para ir tomando una a una las fortalezas por la gola.

En el primer caso, las naves debían arrimarse a la ribera occidental para resguardarse de las corrientes del Valdivia "que de rechazo de esta costa toman su curso con violencia para la parte septentrional o costa de Niebla, exponiendo fácilmente a la pérdida de sus buques no ejecutando esta derrota" (104); existía aquí un preciso canal de navegación, en tanto que en el centro de la bahía bancos de arena y, junto a Niebla, rocas, hacían peligrosa toda variación.

Arrimadas así a la ribera poniente, debían sortear a estribor y a corta distancia los fuegos sucesivos de San Carlos, El Barro y Amargos; la batería de Chorocamayo Alto, con balas de cadena, podía desarbolar las naves, trasformándolas en blanco fijo; las dos baterías inferiores de dicho puesto, con su horrible bala roja, debían aniquilar en este punto de manera definitiva las naves, si por milagro hubiesen escapado de los fuegos de las fortalezas anteriores. Durante todo este trayecto, además, debían haber recibido a babor los disparos de Niebla, precisamente calculados para esta coyuntura, y al final de él, si por acaso hubiesen logrado superar tal cúmulo de obstáculos —complicados además por la técnica de las velas, golpes de viento y uso preciso del canal de navegación— y logrado ganar el fondeadero, las baterías de Corral debían rematar al intruso de frente y de flanco; un inverosímil desembarco después de semejantes dificultades debía ser repelido por los fuegos del Bolsón, donde era presumible que, más que en condiciones de atacantes, los invasores estuviesen literalmente en la de náufragos.

La confianza que esta teoría de defensas parecía garantizar, no agotaba sin embargo los recursos previstos ante cualquier amenaza. Si el enemigo había logrado posesionarse de toda la ribera suroccidental del puerto, era necesario remontar el río para tomar la ciudad; sin ello quedaba aislado, sin posibilidad de abastecimiento, expuesto a un sitio por hambre, si no a ser desalojado por una expedición regular, consciente de los secretos necesarios para garantizar su éxito. Los barcos, para alcanzar Valdivia, debían penetrar por las bocas del Valdivia o del Tornagaleones, sorteando los fuegos de Mancera, Santa Rosa, Piojo y Carboneros; una retirada de todas las fuerzas del puerto a la ciudad sería cubierta a medio camino por la batería de la Isla Mota, en el Valdivia (106); la ciudad, con las defensas antes citadas, estaba equipada para poder resistir con éxito un ataque que debía suponerse de condiciones desventajosas para el enemigo.

Si éste, por el contrario, al llegar a la bahía optaba por un desembarco, debía hacerlo en las playas adecuadas abiertas respectivamente al norte y al sur de la bahía. La primera, El Molino, era barrida como lo vimos por la batería del mismo nombre; por razón de las citadas corrientes un desembarco aquí era poco recomendable.

La playa de La Aguada, en el otro extremo del sistema, era el punto que quedaba. La comunicación por tierra con las demás fortalezas debía hacerse por intrincados senderos obstruidos por una vegetación selvática, troncos e imposibles roqueríos; en los esteros que los interrumpían, existían puentes portátiles que se quitaban en caso de retirada;[1] en realidad esta comunicación era tan penosa, que no era utilizada nunca por las guarniciones, que preferían la vía marítima; el fin específico de las citadas baterías de La Aguada del Inglés, El Barro y Chorocamayo Bajo, según vimos y lo especificaba el proyecto de 1767, era el de "descubrir, detener y ganar tiempo, dando lugar a que los enemigos se pierdan en su empresa, consumiendo el repuesto que lleven de víveres y que cansados de los trabajos... cedan y se retiren" (37). Como lo notarían después los autores de la toma, un par de cañones y un mísero puñado de hombres podían contener allí a todo un ejército, según el viejo expediente conocido desde la época de las Termópilas.

La gola de todas estas fortalezas contemplaba el clásico sistema de reductos, revellines y glasis; no obstante, es necesario reconocer que él quedó en las tintas y acuarelas de los planos, pues confiados en la impracticabilidad de las comunicaciones terrestres, sus ejecutores no se dieron mayor maña en llevarlas a la práctica. El mecanismo de todo este aparato defensivo debemos retenerlo para la perfecta comprensión del ataque de 1820; sería el descuido de muchas o de la totalidad de sus partes la explicación de sus resultados.

[1] *CFR. AGI. Chile 440.*

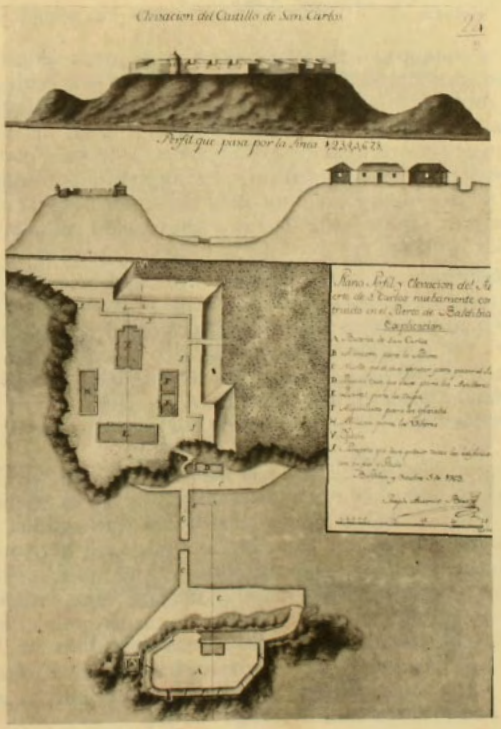
III Desde dentro

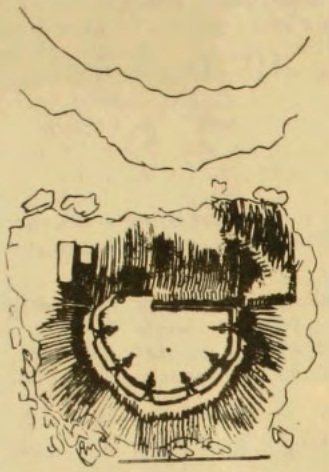
11. *Debilidades*

El examen de la fachada nos permitió ver ya entre sus grietas el verdadero estado de las defensas del puerto; toca ahora investigarlo mirándolo desde dentro.

Dos puntos débiles presentaban las fortificaciones de Valdivia ante un posible atacante, sin contar su vulnerabilidad a los desembarcos, ya insinuada, y su desguarnecimiento, que merece párrafo aparte. Una debilidad era su mal estado, la otra su insuficiencia técnica. Así como para comprender

José Antonio Birt: Plano y elevación del castillo de San Carlos, 1763. Biblioteca Central de Cataluña, Barcelona.





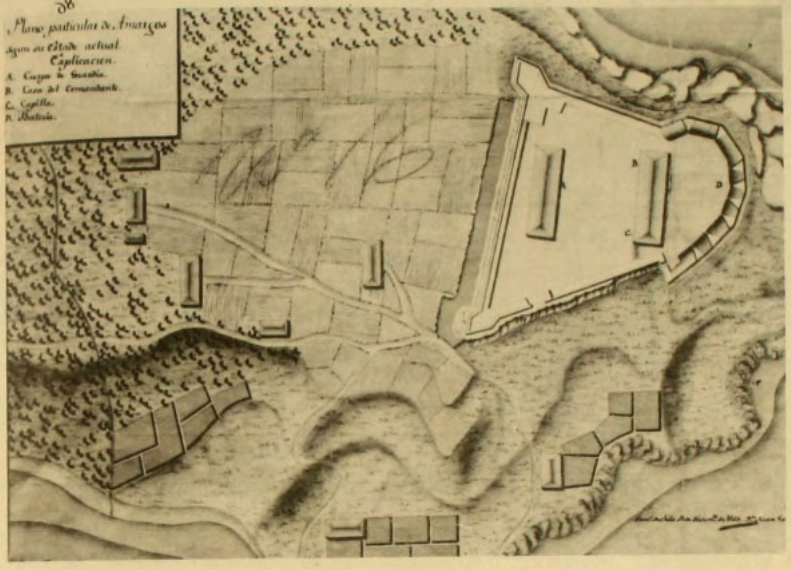
Fuerte de San Carlos. Croquis original de Claudio Gay, 1835. Archivo Nacional, Santiago.

la gloria que su conquista daría a las fuerzas de la patria es necesario aquilatar el valor de conjunto de las fortalezas, al revés, para explicarse el increíble, si no el absurdo de su pérdida, es necesario tener presentes sus evidentes debilidades; el mérito de Cochrane no consistió en un ataque suicida, sino en una inequívoca certeza de éxito, producto de una madura reflexión, después de un reconocimiento directo. "La empresa era arriesgada —diría—, sin embargo no iba a hacer nada que fuese inconsiderado, estando resuelto a no emprender cosa alguna hasta haberme convencido completamente de su practicabilidad." (54)

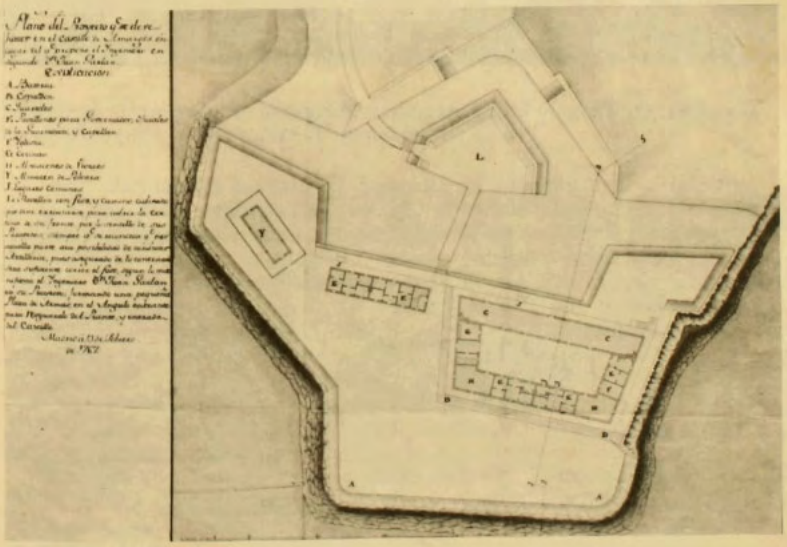
Debilidad técnica era prácticamente en todos los castillos su frente de tierra. Al corregir Cermeño en 1767 los anteproyectos de Garland había estipulado de manera expresa: "he formado otros únicamente para hacer ver que no queden tan sencillos por la parte de tierra, fiados sin duda en lo fragoso de los montes, porque advierto, y se reconoce así por el mapa como por los mismos planos, que a ellos se dirigen caminos que tal vez con más o menos trabajo pueden habilitarse lo bastante para superar un endeble recinto" (37).

La advertencia no fue llevada a la práctica, salvo en Niebla, cuya línea de gola reproduce hasta hoy el esquema delineado por el célebre mariscal; a sabiendas de esto, Cochrane eludió el ataque a este castillo. Si el desembarco patriota hubiese sido, en lugar de La Aguada, en la playa del Molino, los resultados pudieron haber sido distintos. Mérito, no casualidad, hubo de ser esta última distinción; todo induce a confirmar que conscientemente el lord, con el consejo de Beauchef, eligió la única vía posible, confiando luego friamente en la secuencia lógica de las medidas arbitradas.

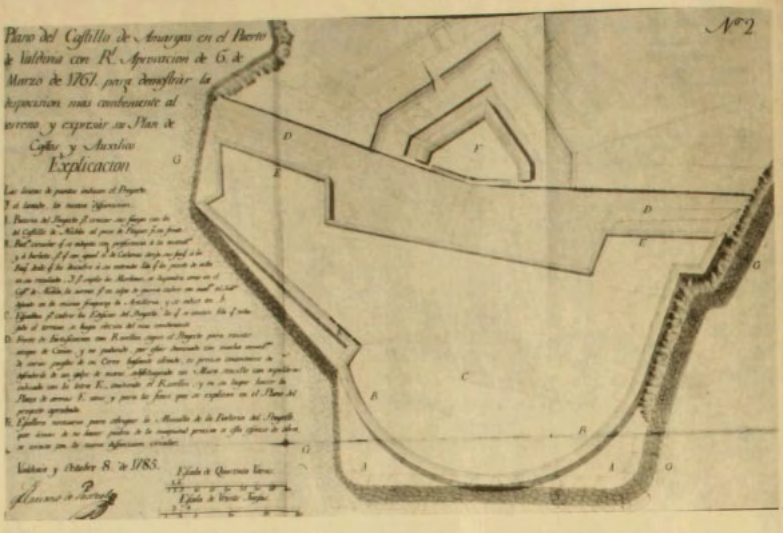
Debilidad técnica era la increíble estrechez de San Carlos, según Garland, "de tan corta capacidad que no admite edificio interior alguno ni aun servirse puede su artillería con desahogo" (105).



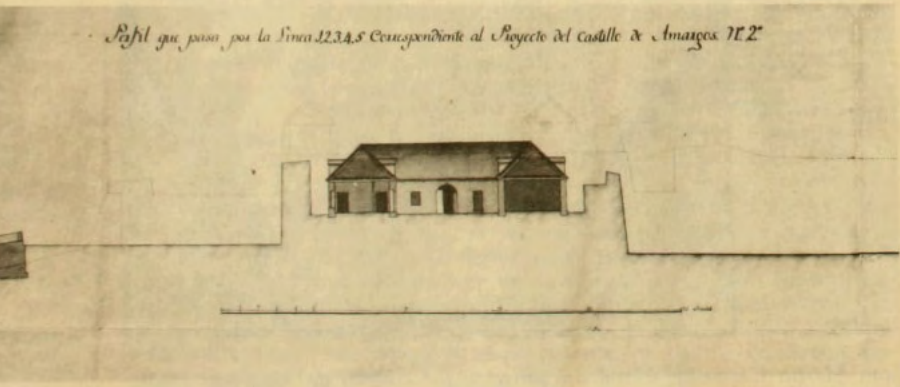
Juan Garland: Plano del castillo de Amargos, 1765. Archivo General de Indias, Sevilla.



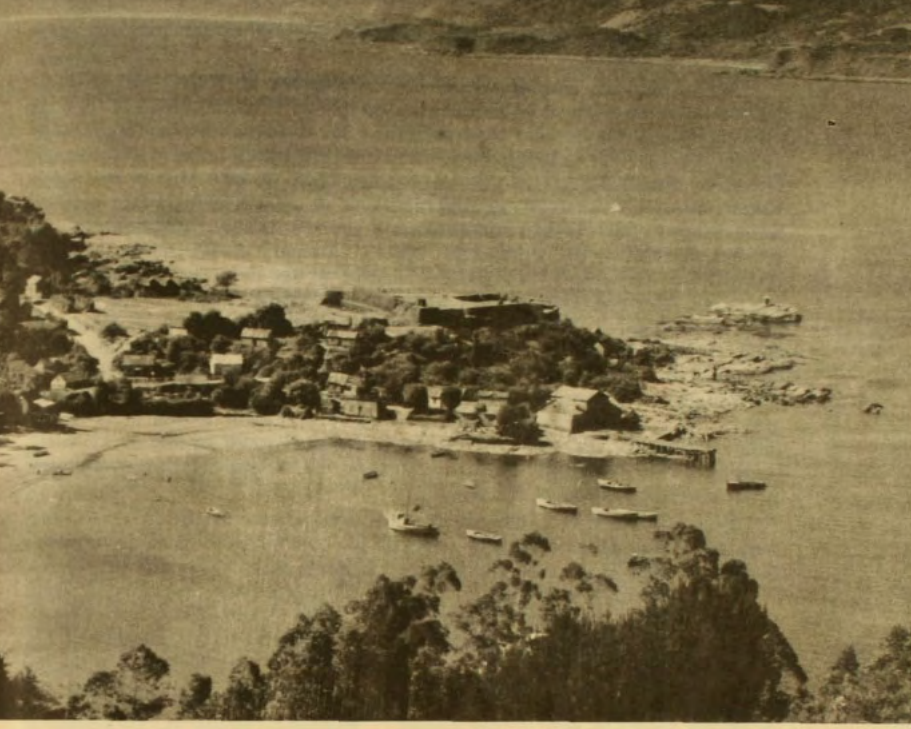
Juan Martín Cermeño: Plano del proyecto del castillo de Amargos, 1767. Servicio Histórico Militar, Madrid.



Mariano de Pusterla: Plano del castillo de Amargos, 1785. Archivo Nacional, Santiago.



Castillo de Amargos: Corte del proyecto de Cermeño, 1767, en línea punteada el perfil existente (el actual). Archivo General de Indias, Sevilla.



Castillo de Amargos visto desde Chorocamayo Alto. Fotografía del Laboratorio de Fotografía y Microfilm, Universidad de Chile.

Debilidad técnica era la corta capacidad de Amargos y su pésimo frente de tierra, fallas ambas advertidas por el citado Garland en 1765. Sus cañones, según él, "no pueden servirse con comodidad por la mucha estrechez del sitio"; la gola, además, "era antigua y de poca defensa por lo muy reducido de sus baluartes y corta extensión de sus flancos, sus muros de piedra cancagua..., mal construida y con sólo diez pies de ancho... En atención a la mala disposición, peor fábrica y corta capacidad —agregaba—, será preciso contruirlo de nuevo dando mayor extensión así al frente de tierra como a la batería que corresponde al mar..." (104) Amargos no se reconstruyó y el análisis de los planos antiguos y anteproyectos de 1767 nos permite comprobar que subsistió con su traza seiscientista, con la cual llegaría hasta nuestros días.

Debilidad técnica era la mala disposición de Chorocamayo, teóricamente óptima, pero de efecto nulo en la práctica; sus piezas de grueso calibre, a juicio del gobernador de la ciudad el año después de la toma, "son inservibles donde se hallan porque nada defienden" (211).

Debilidad técnica en el conjunto defensivo era el carácter de punto muerto adquirido por el castillo de Mancera, después que el plan de 1767 había reducido su valor "por considerar que todos los fuegos de esta fortificación son de ningún efecto así para la defensiva como para la ofensiva".

El castillo de San Pedro de Alcántara sería, en 1820 como hoy, una mera reliquia arqueológica.

Mal estado, en cambio, era el de conservación de todas estas costosas fortalezas; ya en 1810 se había denunciado que su condición era tal "que no pueden resistir, según toda probabilidad, a los esfuerzos de dos fragatas de guerra" (171). "La incuria y rapacidad de los españoles había puesto en tan miserable estado los edificios de las fortificaciones de este puerto, sus almacenes y cuarteles —escribía el gobernador de la ciudad, ocho meses después de la toma—, que estaban inhabitables y los pertrechos, principalmente la pólvora, imposibles de conservarse." (211) Cuando el mismo gobernador buscaba, en mayo de 1821, recintos capaces de ser de nuevo ocupados por tropas, no los encontraba, "porque parece ser que de propósito los españoles pusieron cuidado en deteriorar aquellas fortificaciones habiéndose encontrado los techos, los tabladillos, los almacenes y demás habitaciones en el próximo estado de su ruina"; aunque los calificaba de hermosos edificios, todos sus techos estaban podridos y su recuperación demandaba cuantiosos gastos (211). También en el aspecto de su conservación, así, la fama de las fortificaciones de Valdivia era exagerada. Sea cual fuere su estado, su construcción y mantenimiento habían significado uno de los más ingentes gastos de la hacienda real en el continente.

Lord Cochrane y después de él numerosos autores asignaron de manera vaga un avalúo de un millón de pesos de la época al costo total de los castillos de Valdivia; la realidad era distinta y la suma exageradamente mayor. Ya en 1655 su costo se graduaba en tres millones trescientos sesenta mil pesos (140 bis); según las cuentas de la tesorería de Valdivia, las inversiones totalizaban en 1810 la increíble cantidad de treinta y seis millones (71).

Tal suma, escalonada a lo largo de los años, no significaba de ninguna manera que su situación fuese perfecta; continuaremos analizando sus defectos.

12. *Vulnerabilidades*

Aquí y allí, si bien disimuladas en roquerío y ensombrecidas por la espesura vegetal, había además playas más o menos grandes, susceptibles de ser abordadas en un desembarco; las hemos mencionado al estudiar el mecanismo de las defensas.

Con ser un problema grave, no había sido descuidado por los responsables; en enero de 1765 ya se había rendido un informe prolijo sobre el tema. A pedido del propio presidente del reino se había oficiado al antiguo sargento mayor de la plaza, Pablo de la Cruz y Contreras, quien en una exacta "razón" fechada el 4 de enero de 1765 había contestado enumerando desembarcaderos en la playa de El Molino, La Cabria, La Garita, La Aguada del Inglés, El Barro, Corral, Ensenada de Barragán, en Mancera, playa de La Garita y el castillo de "Emaús" (Baides) (57).

A la vista de este informe, Garland explicitó, en diciembre del mismo año, ser los relacionados sólo los puntos más conocidos. El por su parte había reconocido uno entre "el Morro Gonzalo y La Aguada del Inglés, otro entre la batería de San Carlos y El Barro y el castillo de Amargos, otro en el paraje nombrado Los Postigos, otro contiguo a este castillo antes de doblar la Peña del Conde; otro en la costa norte de Chorocamayo, otro en la costa de la propia montaña que mira al surgidero, otro en la playa de Corral Viejo, otro en el mismo Corral Nuevo y otros menos importantes entre este último y las puntas de Santa Rosa y La Trinidad. Finalmente —agregaba—,

la isla de Mancera es accesible por todas partes, excepto en el frente que mira al surgidero..."

Con una seguridad que sorprende, estimaba sin embargo que "de estos parajes, los comprendidos entre el Morro Gonzalo y el castillo de Amargos —precisamente los abordados por Cochrane— son los de menos cuidado..., porque para arrimarse el enemigo necesita tiempo de bonanza por la mucha risquería que hay, y resaca del mar, y en la internación que después intente, se encontrará con varios desfiladeros y pasos precisos, los cuales no podrá excusar por las montañas y quebradas hondas de que está circuido el puerto. Estas defensas que son naturales —remachaba— se podrán ayudar con el arte haciendo cortaduras y escarpando el terreno en los parajes donde se reconociera mayor necesidad, con atención siempre a que no convendrá se practiquen las mismas diligencias en tiempo de paz, porque fuera cortar intempestivamente y sin necesidad la inmediata comunicación del puerto con los indios de la costa, lo que sí importará en las ocasiones de rompimiento de guerra a fin de evitar mayores inconvenientes en caso de repentina invasión".

Resulta ocioso ponderar el valor del parecer de Garland, a la vista de su total incumplimiento en 1820; si bien el desembarco se efectuaría en el punto indicado, no se hizo uso de ninguno de los recursos propuestos para la obstrucción de los senderos, por lo demás, según se ha visto, señalados por varios otros ingenieros.

Al aprobar la junta de generales de Madrid, el 13 de marzo de 1793, el ya citado plán de defensa del Mar del Sur, recomendó a su vez con particular interés La Aguada y El Molino, "indispensables para la defensa del puerto, que, omitiendo alguna, podrían ser funestas las consecuencias" (56). El informe de Olaguer Feliú, en mayo de 1807, igualmente reducía la clave de la invulnerabilidad no sólo al buen servicio de las baterías, sino "a la oposición que debe hacerse al enemigo con el mayor vigor en caso de desembarco en las playas colaterales". "No es posible que escuadra alguna se arroje a forzar la entrada del puerto —agregaba luego—, porque a la vista de la contigüidad de las baterías y de la facilidad con que se cruzan sus fuegos... sería locura hacerlo... La cantidad de hornillos para bala roja que arden en las principales baterías es capaz de detener al enemigo más atrevido, de forma que el ataque más probable que debemos esperar y precaucionar es un desembarco en la playa del Molino o en La Aguada del Inglés, o en las dos a un tiempo. Esta es la defensa principal a que debe prepararse esta plaza..." Al tratar individualmente el fuerte de La Aguada especificaba aun ser "donde se debe poner la mejor tropa para impedir el desembarco que pueda hacerse en las playas más al oeste de ella"; "éste es el punto —insistía— que debe defenderse con el mayor tesón: en él estriba, puede decirse, la seguridad del puerto y así no sólo los cien hombres que se destinan han de defenderle, sino que también la mitad de la guarnición de San Carlos ha de acudir en tal momento a auxiliarles" (170).

El mismo plan de defensa de 1810, que refiriéndose a nuestros castillos decía que "mirados desde el río presentan un aspecto verdaderamente formidable, pero por la gola muchos están abiertos y todos dominados por padrastros a tiro de pistola", agregaba que "si el enemigo desembarcara 400 ó 500 hombres detrás del fuerte de San Carlos o en la playa del Inglés, que ofrece un fácil y seguro desembarco, y se dirigiera al puerto por las alturas, tomaría en detalle todos los demás fuertes sin pérdida, por bien defendidos que fuesen" (71). Esto es lo que exactamente haría Cochrane y lo que no han señalado los que han estudiado su hazaña; la misma noche en que ella se había consumado, Beauchef haría ver al comandante de

Corral las fallas de su defensa; sus puntos de vista serían los mismos previstos por las citadas autoridades españolas. Con ser graves este olvido, las debilidades técnicas, el mal estado y la vulnerabilidad, existía aun un mal mayor.

13. *Desguarnecimiento*

Al analizar el anteproyecto elaborado por Garland, el mariscal Cermeño ya había señalado en febrero de 1767: "la posesión es digna del mayor aprecio así para la presente actualidad como para lo venidero, siempre que se aumente la población de aquellos países" (37); al oponerse al aumento de la fortaleza de Chorocamayo puntualizaba hacerlo precisamente por la ausencia de gente, "porque de otro modo, lejos de ser útiles las muchas fortificaciones y puestos separados, han de reputarse por perjudiciales". Sólo cinco de las quince fortalezas que debían rechazar a Cochrane habían sido proyectadas 55 años antes para una dotación constante de mil hombres.[1] Con ocasión de la guerra con Inglaterra, el presidente Alvarez de Acevedo había comunicado al virrey Jáuregui a propósito de la guarnición de Valdivia: "a primera discusión se me ofrece palpable al sentido común lo indefenso de esta plaza, porque no puede ocultarse al menos advertido que la multitud de baterías que comprende y el número de 87 cañones con que puede defenderse... son ineficaces para alguna operación... por falta de manos y fuerzas que los manejen y pongan a cubierto" (6). El mismo gobernador de la ciudad indicaba que, "si se atiende al manejo forzoso del número de cañones..., no hay gente para repartirla según ordenanza, pues aun artilleros, reducidos a cuarenta y siete, no hay sino uno para dos cañones... En este sistema —añadía— son novecientos hombres arreglados lo menos que se requiere para procurar preservar alhaja tan importante a la Corona; no será satisfacción de ésta el que yo y los pocos oficiales nos sacrifiquemos por la lealtad y honor cuando no podremos evitar su pérdida" (70).

El mal del desguarnecimiento era endémico, y, tras la fachada de sus magnas fortalezas, su más vergonzoso secreto. En 1797, después de la inspección practicada por Tomás O'Higgins por orden de su tío el virrey, advertía: "todas las baterías están con artillería cargada y con todo lo necesario, pero la guarnición es cortísima y en este estado presente, si este puerto fuese invadido de enemigos, no se podría contar con más que un tiro por cada cañón..." (168) Una de las mayores críticas de Mackenna a Valdivia era la exigencia excesiva de hombres; a su juicio, demandaba 1.440 artilleros y el doble en tropa veterana para su infantería (72). Los cuarteles construidos por Garland en Corral suponían una guarnición de más de 1.000 hombres, y los levantados por Olaguer Feliú en la ciudad en 1807, 700: este último calculaba dos años antes en 1.163 soldados de línea el número mínimo de plazas necesarias para cubrir diez de las quince fortalezas; Ballesteros los estimaba en 1.318 (192) y el gobernador Echenique, en 1781, en 2.000 (70).

Sería prolijidad proseguir. Como veremos, en el momento del ataque de 1820 la dotación total, incluida la de la ciudad y las fortalezas interiores de Cruces y Río Bueno, ascendía sólo a 780. Cuando el lord incursionó en la bahía antes de asestar el golpe supo que no había allí más de 400 y no dudó dos veces en abalanzarse inmediatamente sobre ella. La debilidad no podía ser más evidente y no había pasado desapercibida a los jefes españoles en vísperas mismas de la acción: John Thomas refiere la sorpresa del

[1] CFR. AGI. *Chile* 236.

coronel Sánchez al llegar de la frontera a Valdivia y descubrirla: "cuál no sería su consternación cuando oyó que estas inmensas fortificaciones, construidas para albergar 5.000 tropas, apenas contenían 300... Poseía suficiente entendimiento para darse cuenta que la extensión de las fortalezas las presentaba más débiles en vez de poderosas, cuando su defensa estaba en sólo las manos de la quinta parte requerida en una guarnición para tal objeto. Comprendió —agregó— que no había mayor dificultad en tomar por sorpresa estas defensas tan débilmente manejadas... Antes de exponerse a tal fin prefirió embarcarse en el primer navío rumbo al Perú" (206).

Desde su misma fundación en 1645 hasta la revolución de la Independencia, Valdivia padeció del mar crónico de la desguarnición. En 1820 no lo sorprendería convaleciente sino peor. El hecho explica el carácter de muerte súbita que la intervención de Cochrane tendría para los defensores. Antes de proceder a una especie de autopsia volveremos en un intento de análisis del estado general.

14. *Realistas y patriotas*

Del mayor interés resulta un previo sondeo en torno al pensamiento político dominante, para apreciar matices que sin duda debieron influir en el desarrollo de los acontecimientos.

Es necesario repetir que Valdivia había sido desde largos años, con Chiloé, el más sólido baluarte de la causa del Rey en Chile, de tal modo que prácticamente no hubo iniciativa, expedición o refuerzo que no hubiese contado con la ciudad como punto de partida, de llegada o de aprovisionamiento. El carácter eminentemente castrense y su consecuencia inmediata, el peso decisivo de la opinión de su plana de oficiales, influían de tal manera en el sentir ciudadano que era verdaderamente difícil que prosperasen las ideas liberales, a pesar del esfuerzo y valentía de quienes se esmeraban en sustentarlas. "Con algunas excepciones —escribiría un testigo en 1878—, la generalidad de sus moradores eran partidarios del antiguo régimen... Lo real y positivo estaba en que casi todo Valdivia era *reyuno*, por la razón muy lógica de su contacto y comercio con el populoso virreinato de Lima, por sus antiguas tradiciones y por sus empleados, importados directamente, cuando no de la Península, de aquella ciudad." (160)

Sin embargo, es preciso recordar que fue uno de los pocos lugares de Chile donde un pronunciamiento revolucionario, en noviembre de 1811, había puesto fin en forma violenta al gobierno real. Bajo la autoridad del comandante de la plaza, Gregorio Henríquez —tío del patriota valdiviano Camilo—, habíase apresado en aquella oportunidad al gobernador Alberto Alejandro Eagar y a sus adictos, luego los más connotados sostenedores de las armas reales en Chile. La primera junta patriota elegida entonces había sido efímera, pues, debido a una desacertada política auspiciada desde Santiago, una contrarrevolución restauró el antiguo sistema sometiendo la plaza a la jurisdicción del virrey (115).

Desde entonces la ciudad desempeñó el papel conocido en defensa de los derechos del monarca, especialmente en las campañas militares del período llamado Reconquista. El 20 de marzo de 1813 desembarcaría en ella la expedición del general Pareja, a la cual aportaría su célebre batallón de infantería veterana, uno de los mejor disciplinados del país; su lucida actuación en las campañas de la zona central culminaría con la derrota patriota de Rancagua. Su oficialidad ocuparía puestos claves en el nuevo gobierno, siendo su actuación públicamente reconocida por Osorio, quien en oficio a la corte en septiembre de 1815 explicaba que "este cuerpo, así como todos

los demás que he tenido el honor de mandar, se han portado con valor y bizarría sin que entre ellos se haya notado diferencia alguna, pero el de Valdivia tiene particularidad y preferencia sobre los de Concepción y Dragones, que corresponden a este gobierno, de haber sido el único que por entero y sin tener parte alguna en el ejército enemigo, ha peleado por la justa causa" (155). La ciudad misma, según las autoridades reales, era merecedora de consideraciones, "por ser la que mostrándose fiel al Rey se sujetó al gobierno del Perú y por su terreno abrió puerta para las empresas militares de la restauración de Chile" (173). En la misma victoria realista de Viluma, en pleno territorio altoperuano, según el parte del virrey, el batallón de valdivianos —"tropa asombrosa" la llama— tomaría la artillería patriota ubicada en una loma (179).

Durante la Reconquista, y aun después de Chacabuco y Maipú, Valdivia continúa figurando como incondicional en el servicio de Fernando VII; sin embargo, esta apreciación general se complica si intentamos calar a fondo en el pensamiento ciudadano hacia el momento de la toma. La dificultad no nos exime de este deber si queremos explicarnos de alguna manera el trasfondo de los hechos.

No cabe duda de que el partido del Rey era poderoso. Beauchef refiere en sus memorias que los adictos a él que permanecieron en la ciudad eran demasiados, no obstante el hecho de haber logrado pasar a Chiloé los más comprometidos en número suficientemente representativo como para poder elegir diputado por Valdivia a las cortes españolas (211). Aun después de la postrera victoria patriota de El Toro, criollos tan conspicuos como el coronel Juan Nepomuceno Carvallo eran descubiertos en maquinaciones restauradoras en complicidad con Benavides (211). Al volver a la ciudad, Jaime de la Guarda, antiguo vocal de la junta patriota de 1811, escribía a O'Higgins en mayo de 1820: "*me veo en la precisa obligación de comunicar a vuecencia el estado actual de este pueblo; las gentes no las he encontrado como las dejé hace ocho años que sali. . . , no hay hombre que quiera comprometerse a ayudarnos porque teme perder su existencia*" (119 bis).

Las simpatías por la causa del Rey no sólo se daban en la clase alta, de vinculación eminentemente militar, sino, lo que es más sorprendente, en la indiada de toda la zona norte de la provincia. Las hostilidades fomentadas por los oficiales no retirados a Chiloé, en consorcio con un misionero español del colegio de Chillán, contarían con los naturales de esa región para sus acciones, llevadas al extremo de intentar la recuperación de la plaza (86, 212). A diferencia del vecindario de Osorno, Río Bueno y los Llanos, el de Valdivia parece haber estado en 1820 notoriamente bajo el influjo de las ideas monárquicas, pasada la euforia un tanto superficial del primer momento con la que todos, o la mayoría, por razones obvias, se proclamarían patriotas.

Cayetano Letelier, gobernador designado por el gobierno de la capital, escribía a Zenteno, en diciembre de 1820, que los habitantes "siempre en contacto con los españoles empleados en Valdivia han adoptado en mucha parte sus buenos modales y consiguientemente se han viciado hasta los fundamentos". Mientras los de los Llanos eran patriotas, "los de Valdivia hasta ahora ignoro lo que puedan ser; de los últimos, muchos siguieron al enemigo en su fuga; de los otros, muchos lo persiguieron en su tránsito; mientras en Valdivia se descubre una conspiración para aniquilar a los patriotas llamando a los indios del norte y a la gavilla de bandidos de San José, en los Llanos franquean gustosos el auxilio que se les pide. . . En Valdivia los hay muy comprometidos y muy beneméritos, singularmente en las familias distingui-

das de la ciudad, pero aun en éstos he observado un desaliento y un desvío nacido de la falta de correspondencia que acaso atribuían a accidentes desgraciados" (211).

Beauchef también distinguirá entre los habitantes de la capital de la provincia y los de más al sur, cuyos indios, muy serviciales, lo agobiarían con demostraciones de patriotismo (86).

En el ejército la oficialidad y la tropa se dividían en dos partidos bastante monolíticos. El capitán Miguel de Senosiain, en el parte remitido a Pezuela desde Maullín el 7 de marzo, después de los postreros encuentros con los patriotas, se quejaría del "desmayo y cobardía de la tropa, a pesar de los esfuerzos de los oficiales"; el mismo gobernador Montoya en el suyo se lamentaría de que "en el pueblo y en los Llanos de Osorno había muchos vecinos adictos al partido revolucionario" (178). Un marino gallego, testigo de la toma, declararía en el Callao que la tropa y el paisanaje habían abandonado a sus jefes "gritando que no querían oponerse a los enemigos" (178).

Por otra parte, no pueden hacerse distinciones de partido según el lugar de origen de los habitantes; serán notables en este sentido las revelaciones que arroje el estudio de la composición del ejército real. Así como los criollos nacidos en la ciudad eran en su inmensa mayoría monárquicos, no faltaron peninsulares sobresalientes por sus ideas liberales; tendremos ocasión de citar a algunos como el vizcaíno Mansenlli. A modo de ejemplo traeremos a colación el caso de otro, Jerónimo Cortés, después de la toma, abanderado de las milicias cívicas de la ciudad y, como todos sus oficiales, "de la mejor conducta, suficiencia y patrotismo" (122).

Existían aun amorfos, que acaso debieron constituir el montón, indiferentes en sus preferencias o cambiantes según las conveniencias del momento. "Ni hacen ni harán —decía de ellos Letelier en septiembre de 1820—, ni son capaces de hacer servicio alguno si no media el interés o la fuerza que a ellos les obligue." (211) "Valdivia —decía Beauchef, resumiendo— es viciado hasta sus fundamentos; no se puede de la juventud sacar ningún partido; no quieren tomar las armas y si las toman las botan a la primera ocasión de combatir lo mismo por el Rey que por la patria; la mayor parte de los habitantes, godos inveterados; los que se honran del sagrado título de patriotas, la mitad son unos pusilánimes tejedores (sic) que tratan sólo de ponerse a salvo y sus intereses." (211)

Tal era el estado en que se encontraba la ciudad con sus tres mil y tantos habitantes, fuera de los indios, apiñados intramuros en un ambiente propicio a las cábalas e intrigas de todo género. Los testimonios que poseemos nos permiten concluir que dentro de ella, de manera especial la oficialidad de la guarnición y el patriciado, eran realistas, como también la indiada estacionada al norte del Calle-Calle; dentro de las filas del ejército, la tropa, y de la ciudad, el paisanaje, eran en cambio patriotas. A este partido pertenecían también la generalidad de los habitantes de Osorno, Río Bueno y los Llanos, ubicados en el interior de la provincia, al sur de la capital; los indios de esta zona compartían también la opinión general a favor de los patriotas.

IV Las fuerzas combatientes

15. *El ejército real*

Después del arreglo de las tropas a la llegada de Sánchez, la suma total de plazas ascendía el 22 de junio de 1819 a 1.030. Un estado suscrito por el coronel Fausto del Hoyo, cuatro meses después, o sea, a escasos tres de la toma, acusa una reducción de 140 plazas, producto de envíos en refuerzo de Benavides (178). Todo hace suponer que nuevos contingentes despachados con idénticos fines redujeron aun más la dotacción, pues Ballesteros (192), Benavente (21), Pezuela y el mismo Miller concuerdan al asegurar que todas las fuerzas realistas en el momento de la toma ascendían a sólo 780 plazas.

De ellas, 417 componían el antiguo batallón fijo, 166 el Cantabria, 107 el batallón de cazadores dragones y 219 el real cuerpo de artillería; existía un depósito de 45 oficiales, de los que once habían sido agregados al fijo (178). Del mayor interés resulta un análisis de la composición de estos cuerpor.

El más representativo era sin duda el Valdivia, al cual aludimos al estudiar el sentimiento monárquico imperante y a su papel durante la Reconquista; por su número, su antigüedad e instrucción podía reputarse como uno de los más importantes del país. Fundado en 1645, había sido el primero que había implantado en Chile, ya en 1735, la institución de los cadetes, severa escuela para la formación de los oficiales dirigida por instructores tan capacitados como el coronel Tomás de Figueroa o el capitán de artillería Hipólito Oller, de eminentes servicios en España y Africa, bajo cuyas órdenes se prepararían todos los oficiales que bajo la bandera del monarca derrotarían a Carrera en Chillán y a O'Higgins en Rancagua. El batallón Valdivia, según opinión de un especialista, fue "modelo de disciplina, de instrucción y moralidad..., figuró muy bien en las filas reales durante las campañas de la independencia..., fue... la base de la infantería española de esta época y el más firme y subordinado sostén de la madre patria" (150). Prácticamente la totalidad de sus componentes eran naturales de la ciudad, y la mayoría, de familias radicadas en Valdivia desde hacía varias generaciones; una lista de individuos cuyos parientes percibían asignaciones, confeccionada el 28 de enero de 1820, casi una semana antes de la toma, permite identificar a los 18 oficiales de las seis compañías como valdivianos de tomo y lomo, incluidos los seis miembros de la plana mayor (16).

El regimiento expedicionario de Cantabria había sido destinado a Chile y trasladado en la expedición de la *María Isabel*, zarpando de Cádiz el 21 de mayo de 1818 bajo el mando del coronel Fausto del Hoyo; sus 166 plazas puede decirse eran casi en su totalidad llenadas por peninsulares, veteranos de la guerra con Francia (240).

El batallón de dragones de la Frontera, como lo indica su nombre, provenía de Concepción y también en él la proporción de criollos era casi

Uniformes del Regimiento Expedicionario Cantabria, de guarnición en Valdivia en 1820. Litografía de Villegas, 1861. Servicio Histórico Militar, Madrid.

absoluta; uno de los jefes supremos en la desarticulada defensa de Valdivia sería su coronel, Clemente Lantaño, natural de Chillán.

El real cuerpo de artillería, fundado en 1645, había sido arreglado sucesivamente en 1754 por el capitán Pedro Fernández de Lorca (90), por el coronel inspector Juan Zapatero y Salazar en 1791 (244) y por el brigadier José de Berganza en 1810. Contaba con un parque que en 1791 se pensó elevar a la categoría de "arsenal de cureñas y demás adherentes para el servicio de la artillería de todas las plazas y puertos de este reino y aun del Callao, Lima y otros del Perú" (166); hacía ejercicios diarios en el manejo del cañón (229), y como cuerpo estable y de antigua data en el lugar estaba compuesto casi en su totalidad por criollos.

Se ha repetido que además de la tropa de línea, guarnecían las fortificaciones de Valdivia otras tantas plazas de milicianos (54); este punto merece un análisis valorativo para determinar su efectividad.

Conviene anticipar que las milicias de Valdivia habían constituido otro de los males endémicos de la ciudad; "la compañía de milicias —escribía su gobernador al presidente del reino en 1805— es por ahora igual a cero; porque compuesta de cuanto individuo existe de toda clase y calidad del pueblo y sus inmediaciones, será preciso pase tiempo hasta que se verifique su instrucción". "Inexperta y difícil de subordinación —diría otra autoridad—, en ningún caso podrá ser su auxilio suficiente. . . , conque si no se socorre esta escasez, se aventura el presidio más importante de la monarquía en estos reinos." (6) En realidad, los estados generales de estos cuerpos en Chile, normalmente no incluyeron por mínima la dotación de Valdivia (149).

Aunque Cochrane le asignaría mil plazas (54), la verdad es que en las mismas fuentes patriotas no hay apoyo para tal apreciación: Benavides las reduce a trescientas (21) y Miller a 829 (145); como señala este último, "la mayor parte de milicianos estaba en Osorno, treinta leguas hacia el Estrecho de Magallanes, y en la ciudad de Valdivia, catorce millas dentro del río". Su contingente, reclutado en el paisanaje, era en fuerte proporción criollo y sus cortos efectivos se pasarían al bando patriota casi en el momento mismo de la acción. De todos modos, de estos datos resulta que en reali-

dad las fuerzas milicianas no representaron defensa alguna y no enfrentaron a los patriotas por no estar en el puerto, además de que su efectividad era nula por su número, defectos de constitución e ideas de sus integrantes.

Para el estudio de la composición de estas fuerzas rige lo observado por Eyzaguirre (80) y Encina (73) sobre el entusiasmo por la causa del Rey que animaba a muchos criollos, casi proporcional en efectos a la que por la República inspiraba a no pocos peninsulares; el análisis del ejército patriota nos deparará datos al respecto. Resta sólo puntualizar que centrada la defensa realista sólo en los 780 oficiales y soldados de línea, un número indeterminado pero no despreciable se encontraba en la ciudad misma, en el castillo de Cruces, en el fuerte de San José de Alcudia y en el Reina Luisa, de Osorno, todos ellos sumamente distantes del escenario del ataque; con tales substracciones las fuerzas del puerto eran exiguas y esta conclusión coincide con la señalada al hablar de los males de la defensa. Recordaremos que el mismo Cochrane supo antes de dar el golpe que lo defendían escasos 400 hombres. Vicuña Mackenna asegura que la ribera sur de la bahía sólo contaba doscientos en el momento de la toma (237).

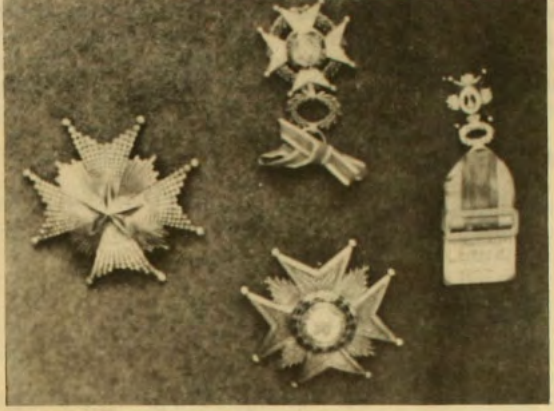
La calidad de esta tropa de línea era buena y el desbarate experimentado no debe atribuirse a su debilidad, sino, como testificaron los actores, a la increíble incapacidad del comando supremo. Beauchef reconocería hidalgamente después que "fue para mí una gran fortuna que esos buenos soldados españoles estuvieran mal comandados" (86); "¿qué plaza por fortificada que sea —reflexionaría Rodríguez Ballesteros—, si se abandona o se traiciona, no será difícil tomarla?..., debemos persuadirnos que el mayor pavor, tibieza y desaliento estuvo en los jefes y oficiales, y muy particularmente en los primeros, pues a más de no comunicar energía y ánimo a sus tropas, perdieron el tiempo en disputarse el mando..." (192)

La responsabilidad de la pérdida de Valdivia se vuelve así sobre los oficiales, fuesen ellos peninsulares o criollos; un breve estudio sobre los conocidos nos permitirá formarnos un juicio más preciso.

16. *La oficialidad*

Prácticamente la unanimidad de los autores atribuye al jefe de Corral, Fausto del Hoyo, la comandancia suprema de las fuerzas militares de Valdivia y consiguientemente —aunque sin afirmarlo de manera rotunda— la responsabilidad de la derrota. Los detalles anteriores y posteriores de su largá carrera, los juicios de los contemporáneos, especialmente de sus enemigos, la apreciación de sus propios jefes, plantean desde luego interrogantes sobre tal conclusión; por nuestra parte analizaremos lo que en ella pueda haber de efectivo.

Don Fausto del Hoyo y Sánchez tenía 39 años, pues había nacido en Córdoba, Andalucía, de una noble familia, a principios de febrero de 1781. A los trece había iniciado su carrera como cadete en el regimiento de infantería de Zamora, dentro del ejército de Guipúzcoa y Navarra, durante la guerra con Francia. A los 18 había participado en las expediciones a Rochefort y Brest, a los 25 —o sea en 1806— había pasado a Etruria, de allí a Alemania y al ejército del Elba en la expedición del general marqués de la Romana; en agosto de 1808 se había embarcado en Dinamarca, volviendo a España a tiempo para participar en la batalla de Espinosa de los Monteros, el 17 de noviembre de aquel año. Fogueado en las heroicas acciones de Penedo —6 de marzo de 1809—, toma de Villafranca del Bierzo, valle de Peguín, ataque y cerco de Lugo —19-21 de mayo—, con la división auxiliar de Galicia en Asturias había participado en la acción sobre Peñaflor y Seceda



Condecoraciones que pertenecieron al coronel Fausto del Hoyo y Sánchez, comandante del Cantabria y último castellano del castillo de Corral. Museo del Ejército, Madrid.

y en la toma de Grao (19 de marzo de 1810). Hecho prisionero en el ataque del Puente de Nova, el 14 de abril de aquel año, fue conducido a Francia, donde se le retuvo hasta abril de 1814. Clasificada su conducta de limpia y probado su altivo comportamiento durante esta dura prisión, por real orden de 23 de enero de 1818 fue nombrado jefe del Cantabria y de toda la división destinada al Mar del Sur, al mando de la cual llegó a Talcahuano el 26 de octubre.

Hoyo y Sánchez participó en todas las acciones en que esta fuerza se vio comprometida desde el día de su llegada hasta la retirada de Los Angeles, paso del Bío Bío y repliegue a Valdivia, entre enero y mayo de 1819; aquí, por falencia del jefe superior, Montoya, se dio maña en arreglar las fuerzas existentes. Pezuela firmó el 7 de marzo los despachos que le concedían grado de coronel subinspector general del ejército de Chile. Al llegar a Valdivia lucía en su pecho la Estrella del Norte o Estrella Polar, condecoración sueca creada por Federico I en 1784; la Cruz del Ejército de la Izquierda, por su actuación en la guerra de la Independencia de España, y la Cruz y Placa de la Real y Militar Orden de San Hermenegildo, por premio a la constancia-militar.

A su regreso ganaría la célebre Laureada de San Fernando después de haberse presentado a la Regencia y obtenido en junio de 1825 la real orden que lo vindicaba como exento de purificación, confirmándolo además en la comandancia de la Villa del Carpio y luego de la ciudad de Córdoba. Posteriormente tuvo lucida actuación en las acciones de Burgos, Ciudad Rodrigo, Oñate, Vitoria y Asanta, distinguiéndose lo suficiente como para que la reina gobernadora le extendiese en diciembre de 1833 los despachos de brigadier; sus heroicas actuaciones en Hurzo, Cenauri Marquina, Portugalete, Rigotes y Murguiza, si bien no lo exoneran de las responsabilidades de la pérdida del 3 de febrero de 1820, plantean una interrogante en torno a su fracaso en ese día (125-126).

Aunque María Graham no le atribuye inteligencia sobresaliente, lo reconoció hombre ingenioso y amante sincero de su patria (114); su compor-

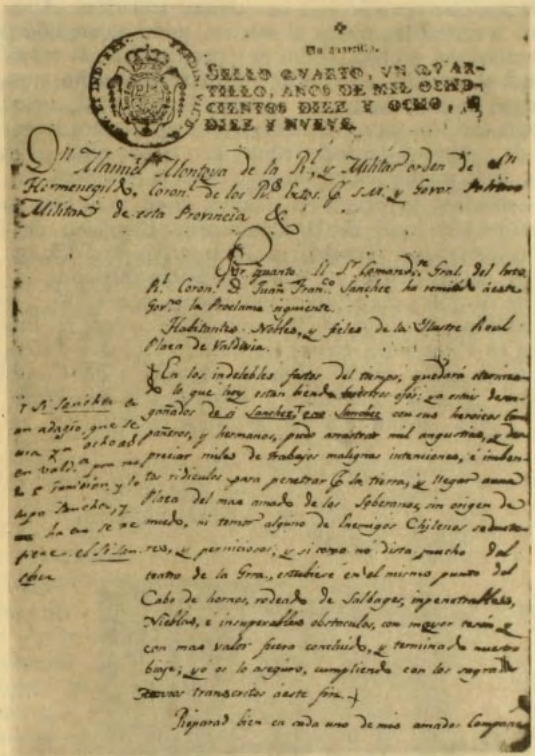
tamiento valeroso en la breve, aunque inútil, defensa de su puesto sería abonado por el testimonio de sus más notables contendores: Beauchef alabaría su valentía (86) y Cochrane, en reconocimiento a ella, le brindaría su generosa amistad y protección; su brillante hoja de servicios consigna que al ser tomado prisionero se comportó "con el honor, delicadeza y bizarría de un buen jefe..., manteniéndose siempre firme y fiel a su juramento". Fallecería en Madrid el 9 de marzo de 1845 a un mes del jubileo de la toma de Valdivia (125).

El verdadero jefe de las fuerzas de la ciudad y su puerto, como de toda la provincia por razón misma de su cargo, era el gobernador Manuel Montoya. Su título de tal, en virtud de la legislación vigente (190) lo establecía desde su institución en 1645 sin que antes de 1820 se expidiese orden alguna que innovase nada al respecto (127). En el gobernador de Valdivia, según el más autorizado historiador colonial, Carvallo Goyeneche, "reside toda la autoridad gubernativa" (32); su postrer detentor no sería ciertamente una excepción a tan preciso instituto.

Montoya había nacido en Navarra en 1750 (155) y comenzado a servir en el regimiento de Soria desde marzo de 1771. De guarnición en Orán y en el bloqueo de Gibraltar nueve años después, se había embarcado a América en el ejército de operaciones del general Vitorio de Navia. En el Perú había sido comandante militar de la costa de Trujillo y Lambayeque por nombramiento del virrey Gil y Lemos, y en Chile participado en las acciones de Membrillar, Quechereguas y Rancagua como jefe del batallón veterano de Chiloé y comandante de la segunda división del ejército real. Gobernador de Osorno y dos veces interinamente de Chiloé, teniendo en mano una cédula que le permitía regresar a España no hizo uso de ella por asistir a la restauración de Chile, fin al que además aportó un cuantioso donativo en dinero. Nombrado en 1813 mayor general del ejército del Rey, había desempeñado ya entonces en forma interina el gobierno de Valdivia; propuesto por O'Higgins como uno de los rehenes realistas en el Tratado de Lircay, fue rehusado por el general Gainza, para quien era un auxiliar eficiente. Condecorado con la Cruz de San Hermenegildo y nombrado coronel efectivo por título de 16 de mayo de 1813, sería Osorio quien le nombraría nuevamente gobernador de Valdivia al ser transferido su titular, Ignacio de Justis y Herrera, al archipiélago de Chiloé (155); a pesar de sus buenos servicios, era mirado, según Ballesteros, con alguna distancia por sus paisanos (192). Según Vicuña Mackenna era "un anciano lleno de achaques y de supersticiones devotas" (287); en Membrillar, el 20 de marzo de 1814, había perdido un brazo (239) y al ser designado por Osorio para el cargo de Valdivia, no sólo pensó en premiar su antiguo mérito, sino considerando ser aquel puesto un honor sin mayores exigencias, "para descanso de su avanzada edad" (155).

En realidad, lisiado, con cuarenta años de servicio, y más de setenta de edad, Montoya era la persona menos indicada para gobernar una plaza de tanta importancia en un momento tan crítico; aun menos lo sería para barajar un ataque dirigido por un genio de la categoría de Cochrane. Por lo demás, algo sospecharon sus jefes al poner bajo sus órdenes a Hoyo y Sánchez; "agobiado por el peso de los años" (214), "senectud e incapacidad" (192), él mismo reconocería todo esto después de su derrota y lo comprobaría muriendo de muerte natural al poco tiempo, en Chiloé (108). Así lo estimó Quintanilla, el gobernador de aquella plaza, al relevarle luego de recibirle bajo su amparo, en atención a que "su avanzada edad no le permitía hacer un servicio activo" (178).

La plena responsabilidad de la pérdida de Valdivia corresponde no a



Bando suscrito por don Manuel Montoya, gobernador real de Valdivia, en 2 de abril de 1819. Original en el Archivo Nacional, Santiago.

Fausto del Hoyo, sino a su jefe, Montoya; cogido prisionero el primero en acción de guerra después de tomadas varias baterías, el segundo perfectamente pudo haber asumido una actitud ofensiva, favorecido por el número de sus fuerzas y la calidad de las numerosas fortalezas que retenía sin disputa bajo su mando. En vez de esto huyó y esta actitud tiene su nombre propio, que los de su bando no silenciaron: de traición la calificaría Quintanilla. Su vejez explica las cosas, pero no lo exonera; más atrás, la última responsabilidad viene a recaer en los jefes supremos que habían puesto inconscientemente en sus manos tan delicado cargo. De modo paradójico, había sido el célebre Mariano Osorio, vencedor de Rancagua, pero también perdedor en Maipú, el de la luminosa idea; es necesario proclamar que fue la crisis de mando la verdadera causa de la pérdida de Valdivia y ello lo demostraría Quintanilla, que con menos fortalezas, hombres y dineros rechazaría a Cochrane, a Miller y sus bravos soldados con un par de disposiciones y en un mínimo de tiempo.

Debajo de Montoya y Del Hoyo, seguía una constelación de oficiales

de diferentes calidades cuya probidad y conducta para daño de las fuerzas reales no siempre correspondió con su mayor graduación. Aun abandonada la ciudad y retiradas las tropas al interior, pudo haber sido posible una maniobra ofensiva con probabilidades de éxito; no faltaría a los principales jefes coraje para el combate, sin embargo el mando supremo, siempre en manos de Montoya, no había caducado y, como destino fatal, debería conducir el desastre hasta sus últimas consecuencias. Sus subalternos se enzarzaron en competencia de autoridad del todo reñidas con la disciplina militar, las cuales malograron todo intento, humillándolos hasta la desesperación.

Entre los oficiales derrotados en Valdivia se contó al más tarde célebre conde de Yumuri y marqués de la Compuerta, Francisco de Narváez y Borghese. Nacido en Loja, Granada, el 29 de mayo de 1795, por sus venas corría la sangre de los duques de Valencia; había ingresado al regimiento de infantería de Aragón a los 12 años; subteniente ya a los 15, a los 13 había recibido su bautismo de fuego en la batalla de Rioseco, en julio de 1808. Probado luego en 16 acciones contra los franceses, pasó a América en 1818 condecorado y con grado de capitán en la expedición del Cantabria, como primer ayudante de su jefe supremo; a la vez él jefe del estado mayor, en Talcahuano se había distinguido en pequeñas escaramuzas, impidiéndole

Francisco de Narváez, conde de Yumuri, marqués de la Compuerta. Litografía de B. Blanco. Servicio Histórico Militar, Madrid.

el giro adverso de las armas reales después de Maipú, actuar con el brillo con que lo había hecho en España contra los franceses antes de su venida a Chile, repetido a su regreso, ocasión en que llegaría al más alto grado del escalafón militar —teniente general—, gobernador de Madrid, capitán general de Castilla, secretario de Estado y Ministro de Guerra de Isabel II, Gran Cruz de las más altas órdenes militares y cantidad de otras condecoraciones. Tan noble jefe, no obstante, tenía en el momento de la toma de Valdivia un cargo subalterno. Aunque Gay alude a su bravura, ella no tendría oportunidad de medirse en el puerto, frente a Cochrane, sino en desesperados intentos después de la retirada de la ciudad, siempre fracasados en las competencias de mando surgidas a raíz de la vacilante autoridad de Montoya (58).

De no menor categoría que Narváez, don Miguel de Senosiain y Ochilorena alcanzaría igualmente el supremo grado de teniente general de caballería y de mariscal de campo de los reales ejércitos. Nacido en Navarra en 1790, antes de pasar a Chile había asistido a cincuenta y nueve batallas, varias de ellas en el territorio de Francia; llegado como sus demás compañeros con Hoyo y Sánchez, con grado de teniente de cazadores dragones, había pasado a Valdivia con los restos del Cantabria, viéndose limitada su actuación en la toma por las mismas causas que Narváez. Su nombre, terrible como jefe de guerrillas en la frontera y famoso por su carrera estelar a su vuelta en España, es otra interrogante en el cuadro de la oficialidad del ejército que debía defender Valdivia. El futuro gobernador de Cartagena y Alicante y Gran Cruz de las supremas órdenes españolas, debió sujetarse en Chile a las de un oscuro gobernador y su suerte debía ser aquí la propia de aquél, una vergonzosa derrota (58).

Juan Santalla y Domínguez, en cambio, nacido en La Habana en 1750 (196), que según la opinión unánime se nos presenta como "notado por su fuerza personal, su crueldad y cobardía" (145), por su edad y grado debió ser en la acción que estudiamos superior de los oficiales citados, con las consecuencias que eran de preverse; se le sindica como uno de los causantes más directos de los postreros reveses en la provincia Su compañero de fracasos, Gaspar Fernández de Bobadilla, nacido de noble familia en La Rioja y guardia de corps de Carlos IV en 1805, había actuado a su vez en 38 batallas contra los franceses, recibiendo numerosas condecoraciones, heridas y felicitaciones del propio monarca. Venido a Chile con el Cantabria, el día de la toma sería el ausente comandante de Niebla; aunque lograría ejercer su mando y disparar algunos cañonazos, lo abandonaría su tropa. Su actuación en la retirada, a juicio de los patriotas, sería tan torpe como la de Santalla (87).

Don Juan Nepomuceno Carvallo Pinuer, antiguo jefe del Valdivia y coronel graduado de infantería, era después de Hoyo el más alto oficial de la guarnición de la ciudad. Nacido en ella el 18 de junio de 1773, era hijo del gobernador Ventura Carvallo Goyeneche y de Nicolasa Pinuer Zurita, de las primeras familias del lugar (134). En Rancagua había sido comandante de la vanguardia y jefe de la infantería de Osorio, ocupando luego altos puestos militares sustentados con el brillo de su cultura, distinción y fortuna personal. Criollo de cepa, e irreductible en sus convicciones monárquicas, aun después de haber sido tomado por Beauchef, fraguaría conspiraciones que lo llevarían al destierro de su ciudad. Sin embargo, la miopía que parecía cegar la visión de sus jefes había tenido, para bien de las armas de la patria, el raro acierto de desconfiar de su fidelidad, humillándolo con sospechas hasta privarlo de las responsabilidades del mando, retirándolo de los

Miguel de Senosiain, teniente general de los Reales Ejércitos. Litografía de Valdivieso. Servicio Histórico Militar, Madrid.

puntos claves en los cuales seguramente, espada en mano, hubiese sostenido con brillo sus ideas.

A Clemente Lantaño, en cambio, que desertaría del ejército real en abril de 1821 pasándose a las armas de la patria, se le había confiado el mando de todas las fuerzas del puerto y la delicada comandancia de San Carlos. Ausente de su puesto precisamente en el momento crítico, su precipitada aparición en escena, seguida de su inmediato eclipse, por heridas, privaría a las fuerzas reales de su actuación en el único momento en que pudo ser necesaria.

El ejército encargado de defender Valdivia, por decirlo de una vez, era un cuerpo sin cabeza; la suma de buenas cualidades que adornaban a varios de sus miembros inferiores no permitía un resultado mejor que el que dio el todo. Enfrentado con un cuerpo superior en número, pero dirigido con menos brillo, acaso pudiese haber salido airoso; la calidad de los jefes del ejército patriota, sin embargo, no sólo era visiblemente superior, sino de lo mejor que podía darse en ese momento en América. No hay que olvidar que su artífice supremo era en su especialidad, además, uno de los más brillantes de Europa, y en su época, del mundo. Pasaremos ahora al estudio de su persona, de sus fuerzas, de sus oficiales, de sus naves.

La primera dificultad con que tropezamos es el intento de determinar aunque sea aproximadamente el número de fuerzas comprometidas en la toma. El camino más seguro parece ser el de distinguir las navales de las pertenecientes al ejército y éstas de la infantería de marina. Aunque todas actuaron, es necesario precisar también cuáles sólo lo hicieron en la acción de tierra.

Reservando el estudio de los respectivos guarismos para más adelante, anticiparemos aquí que al parecer las fuerzas navales ascendían a unos 422 hombres, las militares parecen haber enterado el número de 340 y unas 80 las de infantería de marina; de ellos, como lo precisa detalladamente Beauchef en su parte oficial, sólo 325 hombres actuarían en el ataque por tierra.

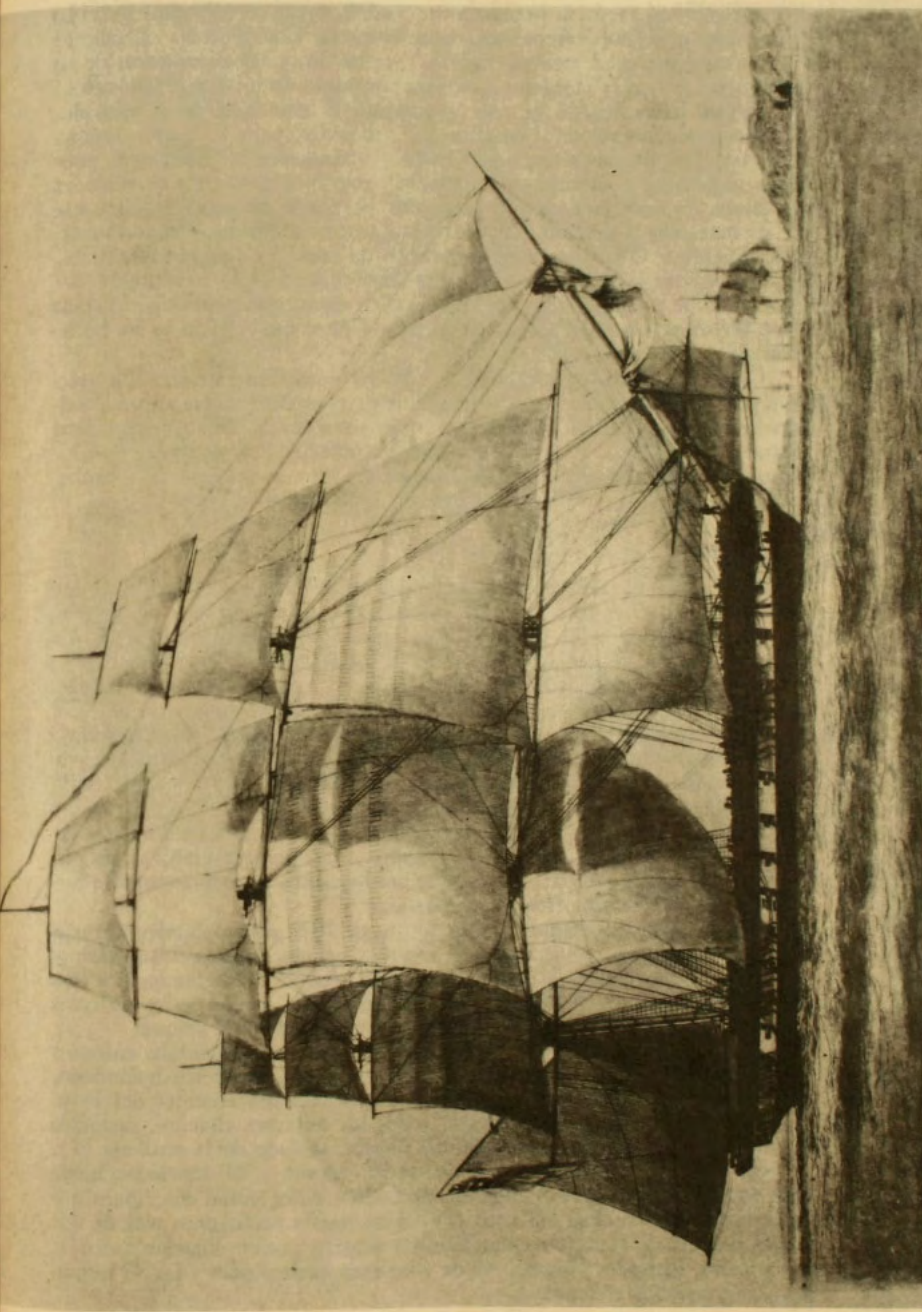
Comandante supremo de todas estas fuerzas era Lord Tomás Alejandro Cochrane, con título de vicealmirante de la escuadra chilena: almirante era el Director Supremo del Estado, Bernardo O'Higgins.

No siendo éste el lugar para hacer la biografía de tan egregio marino, conviene recordar sin embargo que el 10.º conde de Dundonald, barón de Cochrane, Dundonald, Paisley y Ochiltree, par de Escocia y futuro marqués de Maranham, gran comandante de la Orden del Baño y almirante de la Flota Real Británica, era, según la autorizada opinión de Archibald Alison, el jefe naval más notable después de la muerte de Nelson. "Igual a su famoso predecesor en coraje personal, en entusiasmo y amor a su patria —dice el autor en su Historia de Europa—, Cochrane era superior a él en su originalidad, poder inventivo y recursos inagotables." (28) Nacido en Anark, Escocia, el 14 de diciembre de 1775, tenía en consecuencia en el momento de la toma 45 años de edad, pero su experiencia en la guerra, en la paz y sobre todo en su agitada vida, hacían de él un veterano en el que se aunaban la audacia de la juventud con la prudencia de los hombres maduros, la distinción de su persona con la generosidad de sus ideales, la confianza del vencedor con la seguridad del político curtido en duras pruebas.

A los 25 años, comandante de un bergantín, había liquidado 50 buques en una campaña en el Mediterráneo y a los 33, con otro, buena parte de la escuadra francesa en Aix. "El Lord almirante Cochrane —decía Alvarez Condarco al presentarlo a O'Higgins después de haberlo contratado en Londres, en agosto de 1818— no necesita otra cosa que anunciar su nombre para interesar los más altos sentimientos de V. E. . . ; he ensalzado la liberalidad de sus principios y su pasión favorita por la libertad de los pueblos, he manifestado su generosa y firme resolución de adoptar a Chile por su patria y consagrar a ella sus servicios. . . , no tengo que añadir sino la confirmación de lo que la celebridad de su fama debe haber anticipado, haciendo justicia a las eminentes cualidades de esta ilustre persona." (5 bis) "Su señoría —dice Thomas— es valiente hasta el extremo, un padre muy afectuoso y cariñoso marido, bondadoso e indulgente con los de su clan. . . , ducho en trampas y planes para atrapar y derrotar a su enemigo. Cuando el peligro es aterrador, él está de lo más calmado y el dominio de sí mismo como su prontitud le han conducido triunfalmente a través de los peligros en que el más valiente de los hombres, lento en decidir y ejecutar, habría perecido inevitablemente." (206)

Su sola presencia entusiasmaba a sus subordinados y sin duda era el hombre que Chile precisaba en esos momentos. El país no podía improvisar almirantes para contrabalancear el poderío de la escuadra virreinal, continuamente incrementada por refuerzos ultramarinos. Si se deseaba expe-

Lord Cochrane. Litografía de Desmadryl.



Fragata de la misma clase de la O'Higgins; *grabado sobre dibujo de* E. W. Cooke. *Londres, 1828. Colección Armando Braun Menéndez, Buenos Aires.*

dicionar sobre el Perú era necesario un caudillo capaz de solventar todas las dificultades que debía ofrecer semejante empresa. Cochrane era el indicado y en su designio para lograrlo figuraba, según vimos, la eliminación de las bases españolas en la costa sur, amenaza constante de nuevos armamentos.

El lord había llegado al país y asumido el comando de la escuadra, lanzada inmediatamente al corazón del virreinato, pero la suerte, esquiva para él en los últimos años, no lo había acompañado; las esperanzas puestas en su persona comenzaban a apagarse y esto constituía para él, ávido como estaba de oportunidades en las cuales vindicarse, la peor prueba a que podía someterlo el destino. "Estoy bastante descorazonado —escribía confidencialmente a O'Higgins en el momento de decidir el golpe sobre Valdivia— de ver que las cosas van con tanta lentitud y en forma tan tímida. Ansioso como he estado de llevar a cabo todo en forma que beneficie al Estado y me acredite, sin embargo han transcurrido doce meses y no se ha hecho nada digno de elogio."

Cochrane intuía que el ataque a Valdivia podría ser el trampolín necesario para saltar nuevamente a la fama que de momento no era ya sólo cuestión de vanidad y orgullo, sino de simple subsistencia. Su intuición sería acertada y el país le sería deudor de grandes victorias; "en el porvenir —diría María Graham en una especie de balance de sus actuaciones— su nombre habrá de figurar entre los genios tutelares de los chilenos" (114).

18. *La Marina*

Las fuerzas navales venían distribuidas en tres unidades de la escuadra, todas ellas con un historial notable en los anales de la Marina.

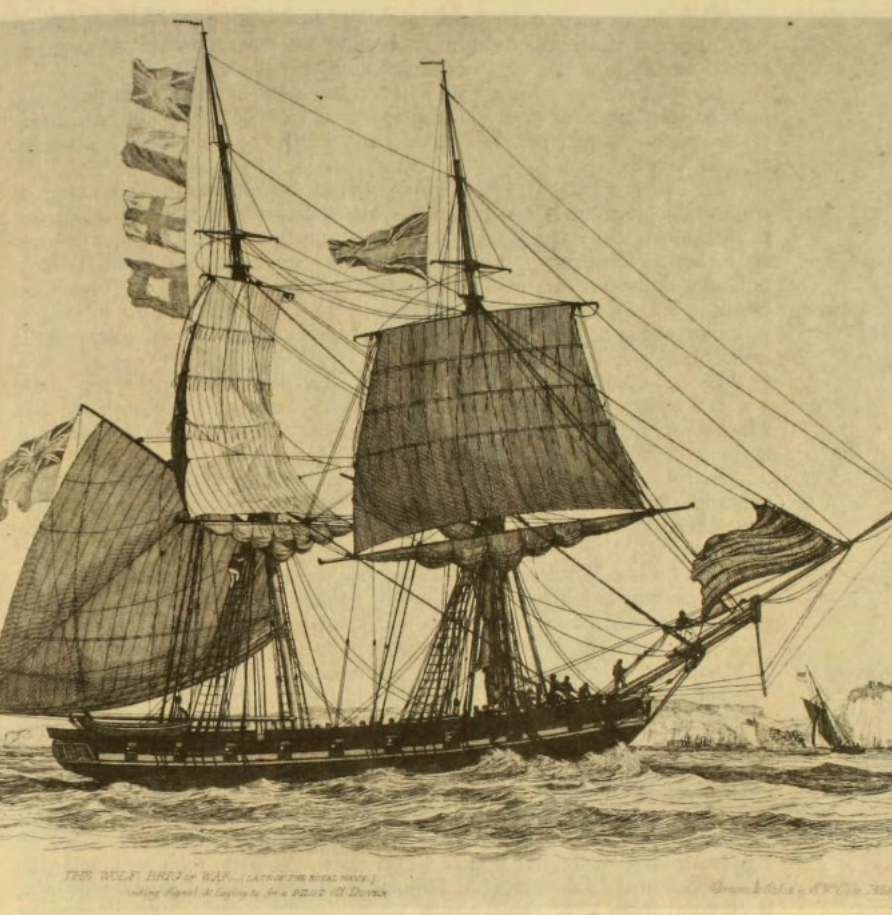
La *O'Higgins*, acaso el navío más importante existente en aguas del Pacífico, había sido construida en 1813 en los astilleros de San Petersburgo y vendida con otras unidades de la flota imperial rusa a España el año 1818, para recibir allí su nuevo nombre, *Reina María Isabel*. Venida a Chile comandando el varias veces citado convoy de transportes a cuyo bordo traíase a estas costas el regimiento Cantabria, había sido tomada por Blanco Encalada en la isla Santa María en octubre de 1818 en una acción sin precedentes, verdadero bautismo de oro para la Armada nacional.

Montaba cincuenta cañones, contaba 1.220 toneladas y su dotación, según un estado de 1819, era de 232 hombres. Esta cifra revelaba varias plazas vacantes y todo induce a pensar que por lo menos en el momento de zarpar a Valdivia ellas hubieron de ser llenadas.

Efectivamente: sabemos que en agosto de 1820 su tripulación ascendía a 516 hombres, pero por otra parte el mismo Cochrane declara en sus *Memorias* que al embarcarse a la toma llevaba un total de 600 a bordo; si a esta suma le restamos los 340 proporcionados por Freire, según estos cálculos unos 260 debieron constituir su dotación en el momento de ataque.

De la revista citada se desprende que esta tripulación contaba entonces 73 ingleses, 10 norteamericanos, 13 suecos, alemanes, irlandeses, holandeses, y franceses, un filipino y nueve hispanoamericanos provenientes del Perú, Guayaquil y Río de la Plata, siendo todos los restantes chilenos, incluidos cinco chilotes y un valdiviano, Manuel Oyarce, soldado de la artillería (1).

El bergantín de guerra *Intrépido*, de 18 cañones y 380 toneladas, había sido enviado a Chile por el gobierno de Buenos Aires, como contribución a la expedición libertadora del Perú (25). Una revista hecha poco más de dos meses después de la acción sobre Valdivia acusaba que su dotación ascendía a 75 plazas, incluidos oficiales; 40 de ellos eran anglosajones y los 35 restantes, en su mayoría chilenos.



Bergantín The Wolf, *de la misma clase que el* Intrépido. *Grabado sobre un dibujo de E. W. Cooke, Londres, 1828. British Maritime Museum, Londres.*

Tres de los marineros: Juan Intrépido, José Maipú y Antonio Chacabuco, por sus apellidos, indican haber sido los más genuinos representantes del pueblo humilde, antiguos esclavos libertos (123, 129).

La goleta de guerra española *Moctezuma* había sido apresada por Cochrane en las inmediaciones de Callao en marzo de 1819 con cargamentos de armas procedentes de Río de Janeiro; era el tercer barco participante en la jornada.

De 200 toneladas y siete cañones, contaba normalmente 50 hombres de tripulación, pero un estado hecho seis meses después de la toma revela que la integraban 87 personas; su proporción mayoritaria de extranjeros, especialmente ingleses, debió ser en todo equivalente a la observada en las demás unidades de la escuadra chilena: una lista de once oficiales y marinos licenciados en abril de 1820 después de ocho meses de entrenamiento en la goleta indica que diez de ellos eran ingleses, todos los cuales participaron en la toma (151).

De actuación destacada en la expedición libertadora, debe recordarse que la *Moctezuma* sería nueve meses después residencia flotante de San Martín y tres años más tarde, en enero de 1823, la nave insignia de Cochrane antes de alejarse de Chile (218).

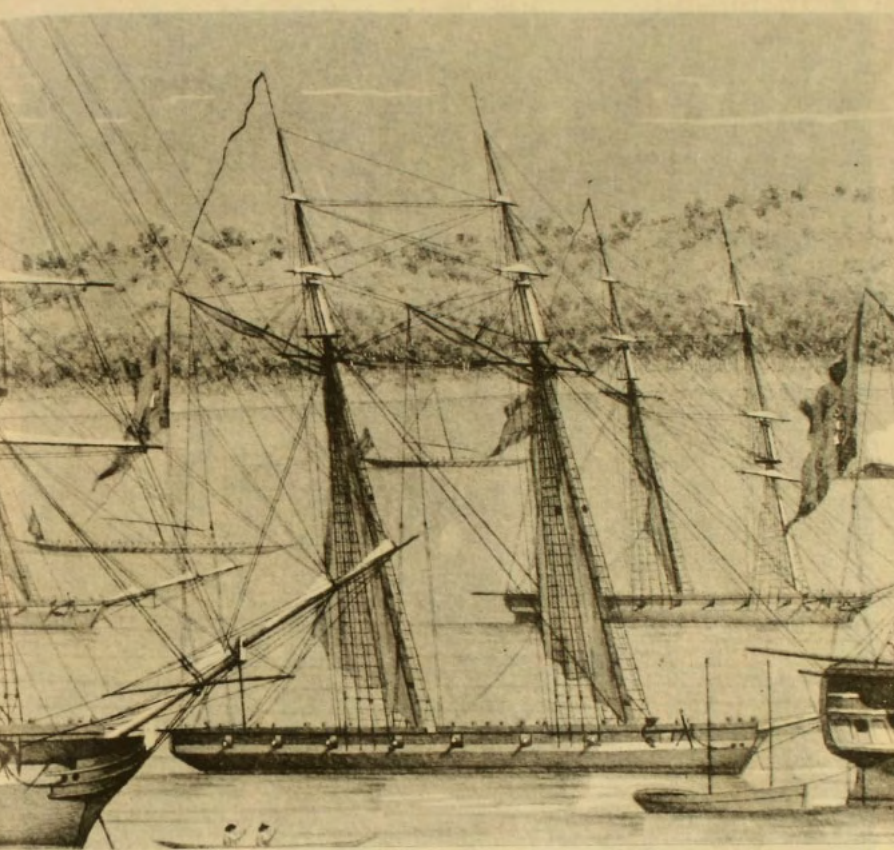
El total de las fuerzas de marina, como podemos deducir de los datos anotados, debió ascender a unos 422 hombres: 260 distribuidos en la *O'Higgins*, 75 en el *Intrépido* y 87 en la *Moctezuma*. Veremos brevemente su oficialidad.

Comandaba la primera de las naves desde el 16 de enero del año anterior el capitán de navío Robert Forster, cuñado del lord, como marido que era de Juana Cochrane, dama alabada por los contemporáneos no sólo por su belleza, sino por su gran inteligencia y distinción (41); comandante de la Marina Real Británica, según el testimonio de Thomas, fue Forster un navegante sobresaliente en la dirección de sus buques, con posterior actuación en Chile, donde desempeñaría la comandancia en jefe de la escuadra en la expedición fracasada sobre Chiloé en diciembre de 1822 (206).

Thomas Carter, comandante del *Intrépido*, había sido cadete en la escuela naval de Gran Bretaña, teniente en el *Thunderer*, uno de los barcos victoriosos de Trafalgar, habiendo servido además bajo las órdenes de Sir John Ducworth en el ataque a los Dardanelos, comandando luego en Egipto un desembarco en la expedición contra Rosetta. Con reputación de valiente ya en la Marina inglesa, Thomas lo describe como "alegre, muy vivo, buen compañero y, de consiguiente, amigo de la botella" (206). Ostentaba el grado de capitán de corbeta en la Marina chilena desde el 26 de mayo de 1819, siendo ascendido al grado equivalente de fragata a raíz de su actuación heroica en Valdivia, por título fechado en 18 de julio de 1820 (206).

Robert Casey, comandante de la *Moctezuma* (14), lucía una hoja de servicios igualmente brillante y pertenecía al copioso elenco de ingleses enrolados en la naciente Armada chilena, arrastrados por el prestigio de su comandante Cochrane; "la escuadra —diría Gonzalo Bulnes— estaba compuesta casi en su totalidad de oficiales extranjeros, al punto de encontrarse con dificultad un chileno, ni siquiera un sudamericano en las clases de capitanes, tenientes, guardiamarinas, pilotos, pilotines examinados..." (27)

Actuación importante tendría también William Bennet Stevenson, quien había venido por primera vez a Chile en 1804. Secretario en 1808 del conde Ruiz de Castilla, presidente de la audiencia de Quito, había sido hasta mayo de 1811 gobernador de la provincia de Esmeraldas, en aquel distrito. De cultura poco común y con fácil dominio del castellano, conoció a Cochrane en Lima el año anterior, el que con fecha 5 de agosto lo hizo su



Goleta española de la misma clase que la Moctezuma. *Acuarela original, 1818. Museo Naval, Madrid.*

El mariscal Guillermo Miller. Grabado de Sharpe y C. Turner, publicado por Longman & Co., Londres, 1829. Propiedad de Alamiro de Avila Martel, Santiago.

secretario particular con grado de capitán del ejército. Posteriormente capitán de corbeta, en Valdivia tendría notable papel, convenientemente destacado en sus conocidas Memorias (203).

Antonio Alvarez de Jont, nacido en Madrid en 1784, también se desempeñaba como secretario con título de auditor de guerra del Departamento de Marina (29), y Pablo Délano, el otro secretario del lord, participaría igualmente en la toma, por la que luego recibiría en premio el grado de capitán de corbeta. El noble Thomas Crosbie, irlandés, antiguo teniente de la Marina Real Británica, recibiría por lo mismo el de capitán de fragata, y el teniente Nicolás Oliver Lawson, que de piloto en 1818 llegaría a ser constructor naval, estableciéndose finalmente en Valdivia (9).

19. *Infantería de Marina*

Según su comandante, estaba constituida por 44 hombres (147). Pero él mismo en su parte oficial, fechado en Santiago el 24 de abril de 1820, sube esta suma a 125 (211); Beauchef en sus *Memorias* la fija en 60.

¿Cuál era la suma real? Sin poderla determinar con precisión mayor optamos, con los riesgos que ello implica, por una intermedia: alrededor de 80.

Comandaba estas fuerzas el sargento mayor Guillermo Miller. Como sabemos, había nacido en Wingham, condado de Kent, el 12 de diciembre de 1795 en el seno de una distinguida familia; como en el caso de Cochrane, no parece éste el lugar adecuado para desarrollar su biografía como futuro mariscal del Perú, como vencedor de Junín y Ayacucho. Sólo hacemos notar que su actuación descollante en el episodio y la responsabilidad del cargo que ostentó a pesar de tener sólo 25 años, son indicios demasiado elocuentes para ser comentados; con haber participado ya antes en otras empresas arrojadas, la toma de Valdivia debió significar para él su gran estreno, del que guardaría siempre el más grato recuerdo, del que con orgullo legítimo haría caudal en sus memorias. Su figura quedaría tan unida a la ciudad que O'Higgins antes de morir propuso en Lima en 1842 que "el rango de general de Chile sea conferido al gran mariscal del Perú don Guillermo Miller, con el título de gobernador de las fortalezas de Valdivia en cuya toma se distinguió tanto" (231).

Ostentaba el grado de capitán del cuerpo el argentino Francisco Erézcano, que había iniciado su carrera militar con el de teniente segundo de Infantería de Marina dado por el gobierno de Buenos Aires en diciembre de 1816 y que en premio a los méritos adquiridos en la toma recibiría el 20 de junio de 1820 el de sargento mayor (9). Teniente primero era el norteamericano Daniel Carson, en servicio desde agosto de 1817 en el batallón número uno de línea, del que había pasado en junio del año siguiente a integrar la escolta directorial como teniente. Efusivamente recomendado por Cochrane en enero de 1820 en el momento preciso de prepararse en Talcahuano para el asalto a Valdivia, recibiría el 24 de abril, en premio a su brillante comportamiento, el grado de capitán, hasta llegar posteriormente al de sargento mayor del recién creado regimiento de dragones de la Libertad, en el que obtendría la reforma (89).

La bandera estaba en manos de uno de los más singulares héroes de la acción, el alférez Francisco Vidal, nacido en Supe en 1801 y futuro Presidente de la República del Perú. Entonces sólo con 19 años, se había incorporado en Huarney a las fuerzas del lord en las primeras incursiones sobre la costa peruana, en julio de 1819. Su actuación en Valdivia, ponderada en forma extraordinaria por cada uno de sus jefes, debió significarle un inol-

El general Francisco Vidal, Presidente del Perú. Oleo de Pereyra, 1842. Museo Nacional de Historia, Lima.

vidable estreno dentro de su carrera brillante; con reconocimiento lo indicaría implícitamente en sus valiosas memorias, muy desconocidas en Chile y fuente insustituible para precisar interesantes datos de la acción. Es fama que Cochrane llamó con su nombre el fuerte de San Carlos, en memoria del mérito adquirido durante el ataque en sus inmediaciones (142, 187).

También destacaron por su actuación, recibiendo luego el proporcionado premio a su mérito, el teniente Eduardo Brown, que lo era desde julio del año anterior, el guardiamarina Juan Gof, el piloto Guillermo Wickans, los cirujanos Thomas Craig, Alejandro y Thomas White, el teniente Jorge Young, y el pilotín Diego George; los únicos chilenos en esta constelación anglosajona de la primitiva Marina nacional fueron el guardiamarina Manuel Hipólito Orella, distinguido oficial que llegaría a ser capitán de fragata y gobernador marítimo de Valparaíso, conmemorado hasta hoy en el nombre de una típica calle de Valdivia, y el contador Alejo Ruiz, que a su vez sería a partir de 1822 comisario honorario de la escuadra. La mención de los condecorados por la toma de Valdivia no debe dejar en la oscuridad la actuación destacada de todos los demás miembros de la Marina chilena participantes en la acción; la conducta brillante de los nombrados no hubiese

sido posible sin la colaboración disciplinada de quienes estaban bajo sus órdenes; extensas listas guardadas en los archivos del Ministerio de Marina conservan sus nombres que razones obvias nos impiden consignar aquí (144).

La mayoría de los autores, siguiendo a los memorialistas actores de la contienda, evidentemente interesados en aumentar la diferencia entre las tropas atacantes y las atacadas, reducen a poco más de 300 el número de plazas patriotas, refiriéndose de modo exclusivo a los participantes de la acción de tierra. Fuera del hecho de que los documentos contemporáneos rectifican las cifras estampadas en memorias o cartas sin carácter oficial, parece lesivo a la Marina de Chile dejar en el silencio la actuación de sus efectivos no contabilizándolos en el número de participantes en la empresa. Precisamente las fuerzas de los barcos hicieron factible una operación mixta como fue la que estudiamos, donde no sólo el transporte de las tropas de desembarco lo llevó a efecto la escuadra, sino que sus hábiles maniobras en un día de mar gruesa permitieron precisamente la realización del ataque de tierra, evitando con su pericia las posibilidades de cualquier fracaso. Fueron los barcos con sus tripulaciones quienes colaborarían en seguida en el afianzamiento de la victoria, transportando las tropas hasta la misma ciudad, río arriba; quienes llevarían a los vencedores al intento sobre Chiloé; oficiales y marinos figurarían precisamente entre los agraciados con condecoraciones y premios por la estupenda labor cumplida; serían ellos por quienes el lord con más celo velaría posteriormente en favor del integro total de los dineros a que se habían hecho legítimos acreedores por concepto de presas.

20. *Las fuerzas de tierra*

Según Beauchef, Cochrane y Miller —todos en sus memorias—, los hombres proporcionados por Freire en Concepción ascendían al número de 250. Esta suma la hace suya Barros Arana (14) y la repiten muchos autores.

Sin embargo, el mismo Beauchef, que había pedido 300 a Freire, en carta escrita a aquel intendente desde Valdivia, le recordaría que "con 450 hombres he salido de Concepción..." (211)

Por otra parte el primer extracto de revista pasado en Valdivia el 3 de junio de 1820 a los dos batallones penquistas contabiliza 256 plazas existentes —117 el número uno, y 139 el número tres de línea—, fuera de 17 bajas por traslado, deserción o expulsión, lo que hace subir a un total de 273 los componentes de estos cuerpos después del afianzamiento de la campaña. A esto deben sumarse las bajas por acción de guerra, no consignadas en esta revista: 5 en la toma según el parte oficial de Beauchef, 11 en la acción de El Toro (86), más 60 sacrificados en Chiloé, según honrada confesión de Cochrane (86), todo lo cual hace subir a unos 76 el número de muertos y consiguientemente a 349 el de componentes del cuerpo en el momento de la toma. La cifra de 600 que da Douglas Cochrane (40) la estimamos exagerada; redondeando los 350 como número probable, creemos que acaso los 250 citados por los memorialistas pueden referirse sólo a los participantes de la acción de tierra en que, por circunstancias que tal vez no alcanzamos a aclarar, pudieron haberse dejado los restantes a bordo.

Componían esta fuerza individuos escogidos de los batallones uno y tres de la infantería de Chile, comandados por el sargento mayor Jorge Beauchef, de quien, al contrario de la mayoría de los demás jefes, puede decirse que tuvo en Valdivia la culminación de su carrera.

Nacido en 1787 en Puy-en-Velay (Alto Loira), había ingresado en 1805 al regimiento número cuatro de húsares del ejército imperial, haciendo las campañas de Austria, Prusia y Polonia hasta 1806, encontrándose, entre

Jorge Beauchef. Litografía de Desmadryl.

otras célebres batallas, en las de Ulm, Austerlitz, Jena, Möhringen y Friedland. En la cruenta jornada de España había caído prisionero, para evadirse al cabo de trece meses de cautiverio; Beauchef no disimulaba su rencor hacia la nación que había humillado al victorioso ejército imperial en su célebre guerra de Independencia, en cuyas cárceles había recibido malos tratos y cuyo nombre, en fin, estaba vinculado a los peores momentos de su vida. Vuelto a Francia después de increíbles aventuras en escenarios tan distantes como Constantinopla, había tenido ocasión de reincorporarse al ejército sirviendo a Napoleón en la misma guardia imperial durante el gobierno de los Cien Días. A la caída definitiva del amo de Europa, Beauchef, con sus 28 años, no dudó dos veces sobre lo que le cabía hacer: salió de Francia, emigrando a los Estados Unidos como comerciante, dispuesto a no

ejercer más la carrera de la milicia si no fuese en su propia patria. Fue un antiguo colega de la vieja guardia, el barón de Bellina Skupieski, quien lo disuadió de estos propósitos, convenciéndolo de que aceptase su enrolamiento en las fuerzas que combatían por la independencia de Hispanoamérica. Llegado a Buenos Aires, pasó en 1817 a Mendoza, al Ejército Libertador, en el cual participó de los triunfos de Chacabuco y demás acciones que afianzaron la independencia en el centro de Chile. Herido, pero enriquecido con valiosas experiencias, fue en Talcahuano donde lo conocería Cochrane, proponiéndole la elección y el mando de las fuerzas de tierra en su proyectado ataque a Valdivia. Su actuación la analizaremos en el relato mismo de la jornada; confirmaremos aquí sin embargo que dicha ciudad, a la que volvería como gobernador desde julio de 1822 a abril de 1823, sería en realidad la más ligada a su carrera militar. Es necesario afirmar que si Cochrane fue el genio naval de su toma, Beauchef fue el artífice indiscutido de la campaña de tierra. Su actuación no se limitó a los días de la acción en el puerto, sino que habría de proyectarse a los sucesos posteriores, ayuno de tropas, en el afianzamiento de la independencia en toda la provincia hasta el límite mismo con Chiloé; la batalla de El Toro, con que el 6 de marzo la rubricaría, ha hecho exclamar a Vicuña Mackenna: "en la larga cuenta de nuestros hechos de armas no recordamos ninguno más verdaderamente heroico que el sostenido en El Toro, allá en los confines más remotos del continente... Salir al encuentro de un enemigo casi triple por su número... con el ánimo sublime de morir es algo que sólo cabe en el alma grande de los héroes y tal era sin disputa la de don Jorge Beauchef" (237).

Sus laureles ganados en 1826 en Chiloé serían compartidos con muchos otros jefes; en Valdivia, en cambio, su papel sería único, exclusivo. Su posterior actuación política cortó su carrera militar en el grado de coronel, con el que había ejercido el gobierno en el segundo punto; es por esto que acaso como ninguno de los otros héroes de la toma, salvo Cochrane, su nombre quedaría ligado a la ciudad cuyos recuerdos componen la mayor cantidad de páginas en sus memorias, cuyos ciudadanos guardarían el suyo asignando su apellido a una de sus principales calles; Beauchef se enamoró de las bellezas naturales de la zona, que recorrió palmo a palmo y que fue escenario de sus hazañas, participó de la vida diaria plasmándola en su correspondencia en frases cargadas de amor y de pasión; específicamente tuvo legítimo orgullo de su actuación junto a Cochrane: "se encontrarán tal vez largos todos estos detalles de mis memorias —se disculparía—, pero había que decir cómo se había tomado la plaza de Valdivia, cómo se había conservado la provincia con un puñado de hombres..." Según Vicuña Mackenna, sería nuestro héroe "sin disputa el más valiente y caballeresco de todos los oficiales extranjeros que nos ayudaron a ser libres..." (237)

Secundaban a Beauchef en la conducción de las fuerzas de infantería el sargento mayor José María Vicenti y León, natural de Santiago (234, 235), y el capitán Manuel Valdovinos, que finaría sus días en Valdivia, comandantes respectivos de las compañías de granaderos, de los batallones uno y tres de línea; entre los demás oficiales serían condecorados por su actuación los tenientes Dionisio Vergara, natural de Talca, que había sido incorporado a las filas de la patria en septiembre de 1817; Rafael Correa Saa y Lazón, nacido en las Provincias Unidas del Río de la Plata, e ingresado a su arma en mayo de 1818 para ser más tarde agregado al estado mayor y en 1840 Ministro de Hacienda; el subteniente Francisco de Paula Latapiat, natural de Concepción (1794) e ingresado al ejército en octubre de 1819, después coronel y ayudante del estado mayor (135); Pedro Antonio Alemparte Vial, también nacido en Concepción y muerto prematuramente en 1821 (4, 5),

y José Antonio Labbé, ingresado a su unidad en febrero de 1818 y muy recomendado por sus jefes por su valentía, sostenida invariablemente en las acciones subsiguientes a la toma (74); José María Carvallo, natural de Córdoba, Argentina, asesinado en Osorno en el motín de 1821, cumplió su parte con mérito en el ataque mismo (74, 75).

Consta que además de éstos participaron en la acción los tenientes Francisco Barra y Domingo Anguita y los subtenientes Manuel Gómez y Marcos Lavancini, que en todo caso no figuran expresamente en la lista de los agraciados con premio (123).

21. *Composición*

No puede dejar de mencionarse un hecho que salta a la vista del análisis detallado de las fuerzas comprometidas en la acción de Valdivia; la heterogénea concurrencia de nacionalidades convocadas, sin distinción de colores, continentes y fronteras, como a la voz misteriosa de un cálido llamado. Así como al analizar la composición del ejército real notamos la proporción mayoritaria de criollos defendiendo la monarquía, señalando en el bando patriota a destacados peninsulares partidarios de la República, después del análisis de las fuerzas patriotas sorprende la proporción de extranjeros enrolados en sus filas. No sólo miembros de las demás regiones de América española y Filipinas, de los más diversos lugares de Chile, incluidos Valdivia y Chiloé, antiguos esclavos negros y hasta españoles como el cabo Rojas, estrechan filas bajo las banderas de la patria, sino, lo que es más notable y en general insuficientemente destacado, una cantidad pasmosa de ingleses, irlandeses, norteamericanos, suecos, alemanes y franceses.

Párrafo especial merece la preponderancia inglesa y, en consecuencia, el papel principal que debe asignárseles en el éxito de la empresa; descartado el caso de su artífice supremo, Cochrane, a quien precisamente había acompañado una verdadera falange de partidarios no resignados a combatir bajo otra insignia que la de aquel que invariablemente los había conducido a la victoria, es notable en esta síntesis recalcar el número de connacionales suyos —en la sola *O'Higgins*, 73— que integraban las fuerzas navales de la naciente República; Braun Menéndez ha señalado el desconcierto que al principio originaban las voces de mando en inglés a rústicos marinos criollos que lo desconocían del todo; más adelante, los británicos aprenderían algo de español y los chilenos de inglés, lo que originaría "una jerga tan peculiar que ningún civil sería capaz de entender" (25). En el caso concreto de la toma de Valdivia será corriente que después, refiriéndose a ella, digan los vecinos genéricamente: "cuando los ingleses tomaron esta plaza..." (212)

En la presencia de estos hábiles marinos, enemigos seculares de España, debe verse, sin demérito de nadie, una explicación más en el interés exhibido durante la toma del Gibraltar americano, cuyo nombre debe haberles sido familiar desde la época de sus bisabuelos, cuya fama debía constituir un incentivo intransferible a los súbditos de aquellas islas tradicionalmente proveedoras de buena gente de mar. La toma de Valdivia fue una especie de clarinada que convocó gentes de distintos pueblos, lenguas y naciones; al conjuro de su sonido y bajo el hechizo de la causa de la libertad, adquirían la palma de la victoria. En cuanto a su número, comparativamente reducido en relación a otros encuentros importantes de la historia de la Independencia, no resta valor a lo heroico de la acción, librada en uno de los más espectaculares escenarios del continente, ni a sus consecuencias. La relativa equiparidad en el de atacantes y atacados tampoco resta mérito a los primeros, puesto que los segundos contaban a su favor las mejores fortalezas del Pací-

El puerto de Valdivia, grabado de Russell & Son, Londres, 1826. Biblioteca Nacional de Santiago.

fico Sur, causa precisamente de la repercusión suscitada por el famoso hecho de armas. Ambos bandos, además, constituían grupos de selección en que se mezclaban vencedores del invicto ejército francés, futuros mandos supremos y ministros de la monarquía con oficiales y tropa criolla, otrora victoriosa en Rancagua o Chillán, frente a oficiales del corte de un almirante de la flota británica, de un compañero de Napoleón, de generales, mariscales, ministros y hasta de un presidente del Perú.

V El ataque

22. *Rumbo a Valdivia*

Todo aquel abigarrado contingente ignoraba su destino en el momento de zarpar. Se enteraría cuando el viento hinchaba las velas en derrotero hacia Valdivia. El viento norte impidió a la *O'Higgins* salir del puerto con la celeridad del *Intrépido* y la *Moctezuma*, y Cochrane, sintiéndose fatigado, abandonó el puente y se retiró a descansar; su lugarteniente, que lo reemplazaba, al poco tiempo imitólo, delegando el puesto en un guardiamarina. Este se quedó dormido allí mismo.

Cerca de las 3.30 de la mañana, una recia sacudida despertó a toda la tripulación; la *O'Higgins* había encallado en un banco de arena en las rocas de la isla Quiriquina. El bauprés había chocado en tierra y estridentes bandadas de choroyes, despertadas súbitamente, volaban alrededor aumentando la confusión; bastó la presencia del lord para que el orden fuese restablecido. El primer impulso había sido abandonar el buque; sin embargo, los botes salvavidas podían contener sólo 150 de los 600 hombres de a bordo. El almirante dio las voces oportunas para proceder a soltar la nave, lo cual se logró con toda satisfacción; al amanecer, no obstante, se vio flotar alrededor gran cantidad de tablas descuajadas del casco que después de repasado reveló estar perforado; el forro de la quilla se había hecho astillas y la filtración de agua, que había anegado el polvorín, era de ocho pulgadas por hora.

Cochrane llamó a Beauchef para preguntarle si tenía el valor necesario para atreverse a continuar; a su respuesta afirmativa, estrechándole las manos, lo ratificó en su confianza.

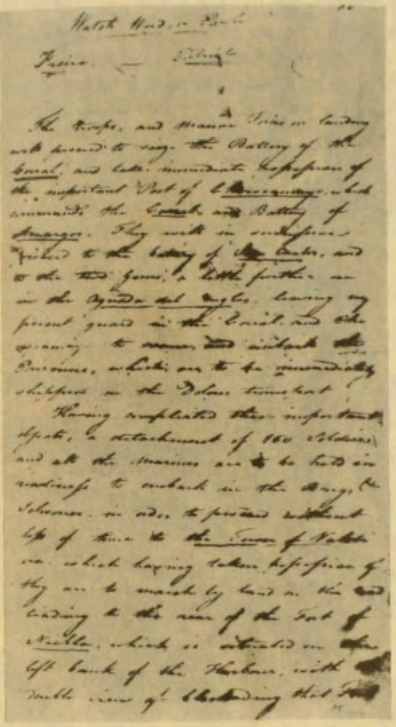
El francés proporcionó los hombres necesarios para la urgencia, pero frente a la costa de Arauco las bombas ya no funcionaban; el propio almirante, que poseía notorias dotes de inventor, las arregló. Las dificultades, con ser suficientes como para arredrar al más entusiasta, no amilanaron sus ímpetus.

"—Pues bien, mayor —comentó a Miller—, es preciso tomar a Valdivia; antes de volverse atrás fuera mejor que nos ahogáramos todos..." (145)

23. *El plan de ataque*

A treinta millas de su destino, el 2 de febrero, Cochrane dictó los detalles del asalto.

Sobre el plano de Moraleda requisado en el *Potrillo* y las observaciones captadas en su reciente inspección, más las informaciones de los soldados cogidos entonces, el almirante estaba en condiciones de prever todo con bastante exactitud. Sabemos que antes de zarpar el plan consistía, en líneas generales, en tomar primero Chiloé y luego Valdivia, sacar de ambas plazas la artillería, demoler las fortificaciones, llevar al centro del país al ejército enemigo y dejar a los civiles que se diesen el gobierno que quisieran (237).

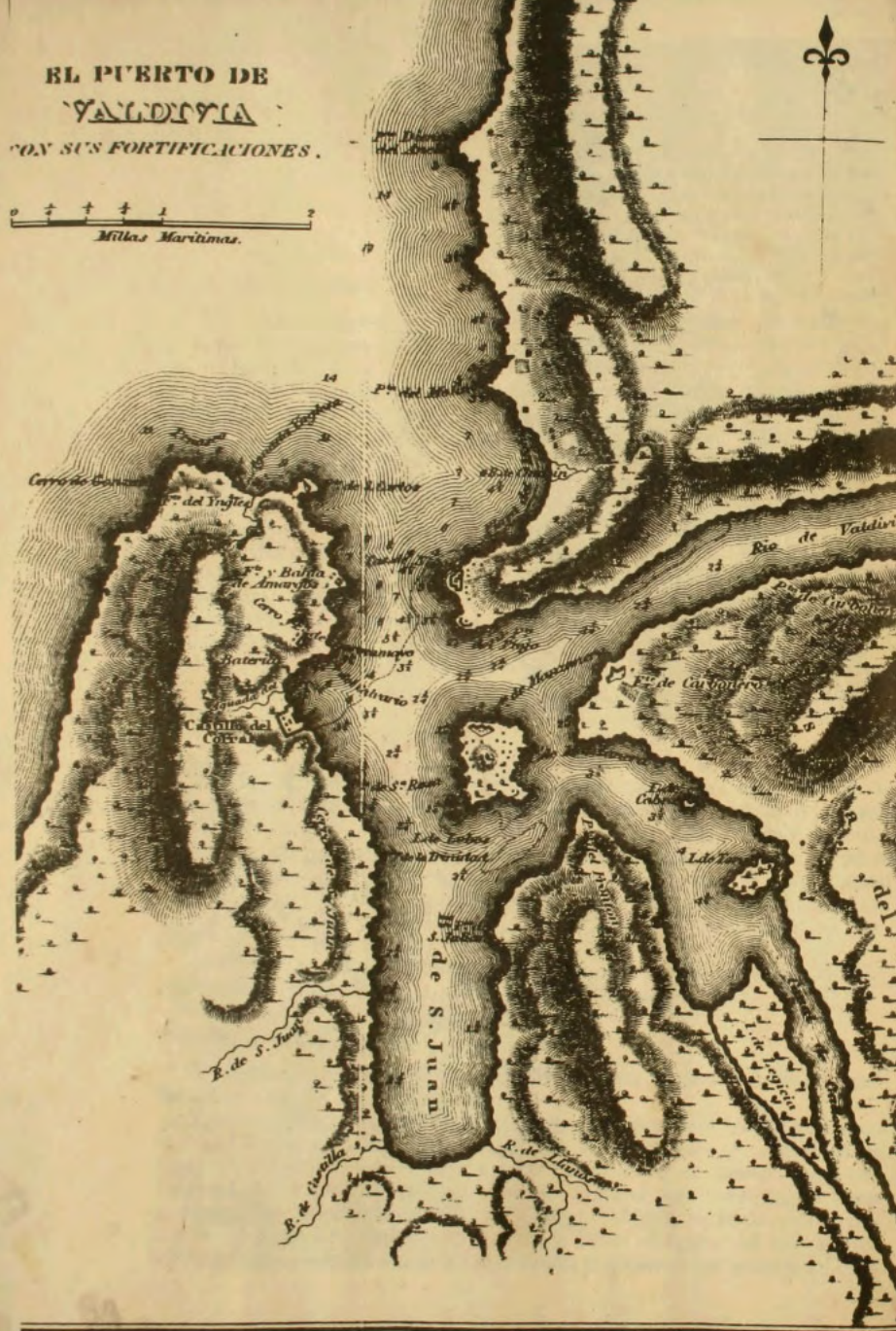


Original del plan de ataque, con el santo y seña, redactado por Cochrane en la O'Higgins a la altura de Valdivia el día antes de la toma. Archivo Nacional, Santiago.

EL PUERTO DE VALDIVIA

CON SUS FORTIFICACIONES.

Millas Marítimas.



Londres. Publicado 1829 por los Señores Longman y Comp.ª

Ya la primera parte del tal programa había sido alterada al invertirse el orden de ataque; la segunda lo sería luego de consumada la toma.

Aceptada la prioridad del asalto a Valdivia, su idea era penetrar a velas desplegadas al fondeadero del puerto, desembarcando a los pies mismos del castillo de Corral (86). De allí se avanzaría por tierra hasta la fortaleza de Chorocamayo Alto, cuya posesión les entregaría la de Amargos y demás baterías dominadas por aquélla. La del puerto —donde se sabía anclada la fragata *Dolores*— permitiría el inmediato embarco de los prisioneros. Un batallón de 150 soldados y el total de la marinería debían entonces mantenerse listos para reembarcarse en el *Intrépido* y la *Moctezuma* con el objeto de remontar velozmente el río y posesionarse de la capital de la provincia, consumado lo cual un destacamento debía volver por tierra a sitiar el castillo de Niebla, sustrayendo ciertos ganados mantenidos en su inmediación. El almirante no tenía propósito de gastar energías frente a esta poderosa fortaleza, consciente de que sin provisiones almacenadas y dueño de las demás, su rendición sólo sería cuestión de tiempo.

Especial cuidado debía ponerse en salvar almacenes, artillería y pertrechos de propiedad pública o privada; embarcando ello en las naves junto con todo objeto de valor, serviría de "beneficio para los captores".

El santo y seña sería: "Freire... Patriota" (20).

Fue Beauchef quien lo disuadió de semejante temeridad. Según el mayor, la incursión de enero tendría a los defensores recelosos e impediría el acceso directo de las naves al fondeadero, pues las fortalezas que lo defendían las harían blanco fácil de sus balas. Semejante intento expondría inútilmente sus vidas arriesgando además el éxito del desembarco, dejado a los efectos de una mera casualidad; según el francés, hasta el momento del ataque, Cochrane volvería sobre sus ideas.

24. *3 y 4 de febrero*

A la altura de Punta Galera se despidió la *O'Higgins*, ya conocida en tierra y cuyos contingentes habían sido trasladados a las naves menores; una fuerte marejada y luego una calma dificultaron el trasbordo haciendo postergar hasta el día siguiente la operación de ataque. El almirante trasladó su pabellón a la *Moctezuma*.

El jueves 3 de febrero, alrededor de las tres y media de la tarde, el vigía del Morro Gonzalo veía acercarse dos naves con bandera española; su debilidad externa tornábalas inofensivas, pero desde la incursión de la *O'Higgins* el mes anterior, la presencia de cualquier embarcación, por amistosamente embanderada que se mostrase, suscitaba negras sospechas; al aviso del vigía todos los castillos se pusieron en estado de alerta. Mientras los hornillos encendían sus fuegos, ciento y tantos cañones destapando sus bocas apuntaban al mar; en lenta maniobra, las naves se iban arrimando a la costa hasta estacionarse levemente al sur del Fuerte Inglés. Un sol radiante revestía de esplendor el majestuoso escenario; iban pasadas las 4.30 de la tarde y una mar de leva dificultaba los movimientos necesarios para permitir acercarse y entenderse desde tierra a viva voz. Una bocina inquirió finalmente desde la fortaleza sobre la procedencia de los navegantes.

"—Españoles que vienen de Cádiz en buques del Rey —fue la respuesta." (86)

Especificada la pérdida de botes en el Cabo de Hornos fue solicitado inmediatamente el envío de un práctico.

Pero los defensores del Rey no estaban dispuestos a dejarse sorprender

Plano del puerto de Valdivia, grabado de Longman & Co. Londres, 1829, publicado por el mariscal Miller en sus Memorias.

La toma de Valdivia. Oleo de E. Swinburn, 1898. Propiedad de doña Marina Donoso de Pérez Gazitúa, Santiago.

Desembarco de Lord Cochrane en el puerto de Valdivia. Detalle del óleo de E. Swinburn, propiedad de la Escuela Militar, Santiago.

Lord Cochrane. Grabado de C. Turner sobre un óleo de Stroeling. National Maritime Museum, Londres.

de nuevo. El movimiento dentro de las baterías era visible desde la *Moctezuma*: un pelotón de 70 cazadores al mando de un capitán Iriarte salió a tomar posiciones en la playa de La Aguada; sus bocinas insistían en que se echase un bote al mar.

A bordo, entre tanto, reinaba la ansiedad que precede a los grandes momentos. La tripulación, sofocada bajo los entrepuentes, esperaba de un momento a otro la orden final. El almirante captaba todas las reacciones y movimientos de tierra y aun discutía con Beauchef sobre la posibilidad de

entrar directamente a Corral; definitivamente convencido de lo inoportuno de semejante medida, dio la orden de preparar las lanchas disimuladas a sotavento de los buques.

Fue en ese instante cuando una de ellas, por esos inevitables nerviosismos que cargan de tensión los momentos más delicados, malográndolos, se soltó, descubriendo todo su porte a la vista de tierra, y con él, las intenciones de sus ocupantes.

Inmediatamente los cañones del Fuerte Inglés y de San Carlos rompieron el fuego; una bala de a 24 atravesó el *Intrépido* de lado a lado llevándose siete soldados. El almirante dio orden de mover las naves y acelerar el desembarco: como ante la noticia de un festín, la soldadesca se precipitó alegre sobre las lanchas. Miller con sus 44 ó 60 hombres de Infantería de Marina enfiló la primera a la playa; una bala disparada desde ese lugar le voló el sombrero, mientras otra hería en el hombro al timonero Thompson; sucediéndolo en su puesto, el mayor sería el primero en poner pie en tierra atravesando como por milagro las rociadas de fusilería que rasaban el agua. Un mar agitado y una densa alga marina que trababa los remos dificultaban la maniobra, agravada por el rompiente, en la misma playa; varios soldados llegaron heridos a aquel punto.

En otros botes seguían Beauchef con todos sus hombres y el propio almirante animando a todos, impertérrito ante la gravedad del peligro. Los minutos que mediaron entre el desamarre de las lanchas y su llegada a la arena, bajo los fuegos aunados de la fusilería y la artillería de tierra, decidieron la empresa; una arribada recibida con una descarga a quemarropa habría sido su fin. Felizmente la *Moctezuma* tenía una buena pieza de a 8 que fuera del alcance de los fusiles era capaz de dominarlos libremente. Al igual que en el castillo de Niebla, el puesto de los fusileros adolecía además de un grave defecto, el de ofrecer un espaldón de piedra apto para el rebote de los proyectiles y en consecuencia utilísimo en estos momentos para entorpecer su acción. Esto fue lo que se propuso por meta, con éxito, el referido cañón que apuntando a las rocas hacía volar trasquiles de piedra que se proyectaban sobre las espaldas de los fusileros con el efecto de una verdadera metralla, hasta impedirles el uso de sus armas. A punto de recibir a los atacantes, hubieron de abandonar su posición antes de perecer cogidos entre el doble fuego del pedrerío y de las bayonetas. Con su retirada dejaban libre al desembarcadero y con esto su defensa prácticamente perdida.

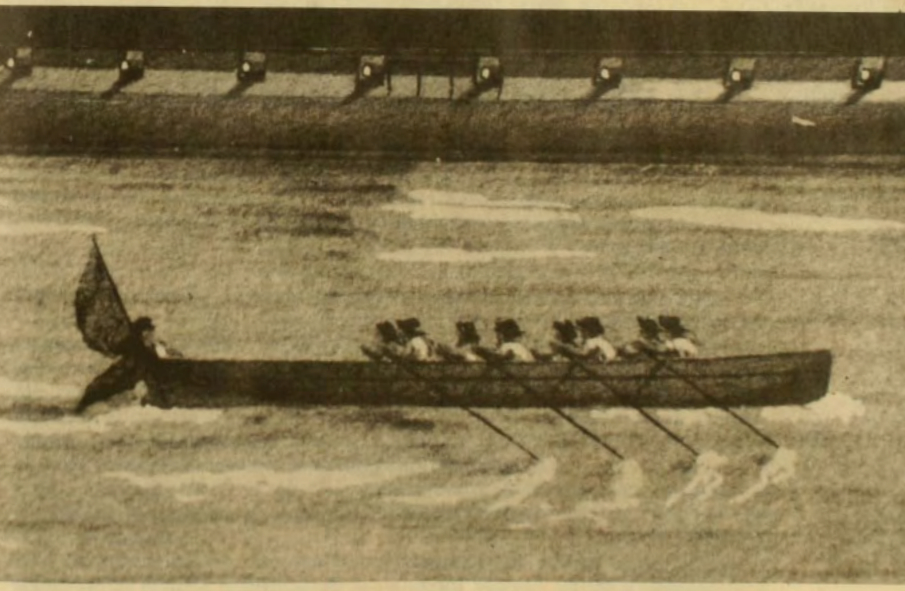
Arribadas sin embarazo la casi totalidad de las fuerzas, en el lugar más ancho de la playa, Cochrane las arengó con el fuego con que había sabido hacerlo en los momentos culminantes de su carrera.

"—¡Soldados, uno de dos partidos tenéis que tomar: la muerte o la victoria. Son las seis de la tarde, hora en que la marea empieza a llenar. Si no vencéis seréis sumergidos por las olas o moriréis en manos de vuestros enemigos los españoles; y para que no tengáis esperanza de salvaros las lanchas, veis que ordeno se retiren a bordo." (187)

Mientras los botes se recogían volviendo a los barcos, el almirante subía a su esquife dispuesto a dirigir desde el agua la acción de sus hombres, designando a San Carlos como punto de reunión.

Cumplida la primera y decisiva etapa del ataque, sus efectos comenzaron a sentirse en las filas enemigas. Desde luego el coronel Fausto del Hoyo no se encontraba en el puerto en el momento del ataque; en cuanto había oído los primeros disparos había partido apresuradamente desde Valdivia, situada a 18 kilómetros, con el coronel Lantaño y con el comandante Bobadilla. La llegada de estos oficiales a sus puestos, que en todo caso se hizo ba-

Lancha de desembarco de la misma clase de la usada por Miller en el desembarco de La Aguada, para unas sesenta plazas. Acuarela original, 1818. Museo Naval, Madrid.

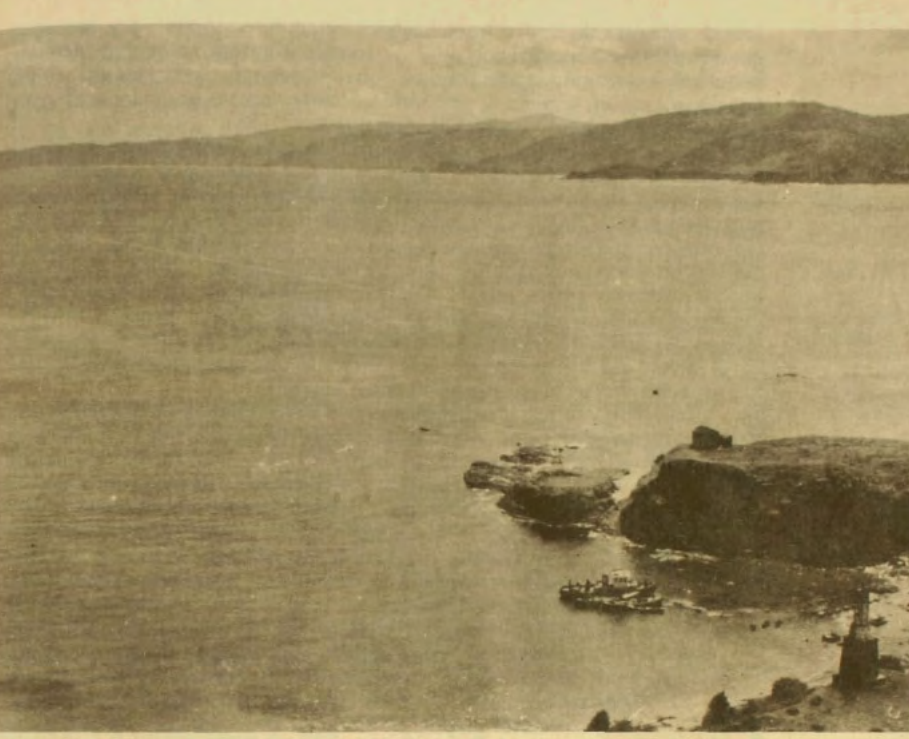


Esquife de la misma clase que el utilizado por Lord Cochrane en el desembarco de La Aguada. Acuarela original, 1818. Museo Naval, Madrid.

Estado actual de La Aguada del Inglés. Al extremo izquierdo, playas en que se efectuó el desembarco patriota y camino que ocupa el lugar del sendero primitivo. Al extremo derecho, el fuerte de La Aguada, en el que se distingue la batería rasante, al mar, separada de un foso de la explanada o reducto. Fotografía del autor.

jo el influjo de la alarma y con apresuramiento extremo, al parecer no logró reparar el efecto producido por los primeros pasos del avance patriota. Lantaño juntó las fuerzas de Corral, Chorocamayo y San Carlos, puntos en los que dejó sólo una pequeña guarnición, y marchó con todas ellas a La Aguada, donde se fortificó (84); Beauchef notaría después la torpeza de esta medida, que trabó la agilidad de los movimientos realistas, entorpeciendo en aquel punto la defensa precisamente por el exceso de gente (86). Desde allí mandó Lantaño al capitán Fermín Quintero a obstaculizar el avance de los patriotas, pero el oficial, al ver el desarrollo de los acontecimientos, optó por recogerse intramuros del fuerte de La Aguada, donde estaba su comandante (84).

Entretanto, Beauchef, encargado por Cochrane del comando de toda la operación de tierra, tomaba medidas: al despedirse el francés había asegurado al inglés que si tenía fortuna forzando el puesto de La Aguada conduciría sus tropas, al amparo de la noche, a paso de carga hasta Corral. El mayor se hizo preceder de seis soldados encomendados al mando de Vidal y del cabo José Antonio Roa (91) con orden de no perder de vista la cabeza de



la columna ni de adelantarse más de 15 ó 20 pasos; Beauchef llevaba a su lado al cabo Monasterio, a quien había puesto en la alternativa de una recompensa en caso de éxito, o de la muerte en el de traición: el antiguo prisionero de la primera incursión del lord a la bahía optó por lo primero y sería el más útil auxiliar en los futuros pasos del ataque. A Miller, por su parte, servía de guía el cabo español Vicente Rojas, de quien sería más tarde deudor de su vida (145).

El acceso desde la playa al fuerte de La Aguada del Inglés era una verdadera senda de gamos: las olas mojaban las altas y resbaladizas rocas que debían ser trepadas con trabajo, el ruido del mar agitado desorientaba completamente a los realistas. Los hombres de Beauchef avanzaban agazapados de uno en uno, procurando pasar desapercibidos y en cada recodo repetían con sordo entusiasmo: "¡Viva la Patria!... ¡Adelante, compañeros!" (91)

En cuanto lo permitió la mayor amplitud del terreno, el mayor organizó una vanguardia de 70 hombres bajo el mando de Vidal y después de hora y media de marcha el guía anunció la proximidad del Fuerte Inglés con sus defensas complementarias y sus dos unidades del 24: Beauchef detuvo la vanguardia con el propósito de asaltar todos juntos. Lo avanzado de la hora —eran las 9 de la noche— y la espesura del bosque proyectaban densa oscuridad en el recinto. Cuando el francés avanzaba en medio de la explanada, los centinelas del fuerte gritaron por tres veces consecutivas el quién vive: luego dispararon.

Los cañones de máximo calibre aumentados en su estruendo por el si-

lencio nocturno dejaron a los soldados súbitamente atónitos; por breves segundos debió estremecerlos la idea de aquella aventura en verdad increíble. Beauchef los reanimó instruyéndoles que dispararan precisamente contra aquella piezas; en seguida se precipitó adelante con sus granaderos al grito: "A ellos, muchachos, y los castillos son nuestros" (86).

En la oscuridad el fuego enemigo no lograba hacer puntería; Vidal, mientras tanto, había trepado al interior de la fortaleza por la espalda. Los dos primeros atacantes que lograron escalar el muro fueron inmediatamente muertos a espada, uno por el capitán Jesús María de la Fuente, del Cantabria, y el otro por el alférez Peña, secretario del comandante Del Hoyo, "joven de grandes recursos, muy instruido y que prometía mucho" (108). Su bravura no fue imitada y ambos oficiales fueron inmediatamente pasados a cuchillo por los granaderos patriotas, que ya habían irrumpido en tropel dentro del recinto, precipitando afuera a sus defensores, todo ello en breves segundos y en el mayor desorden; las bayonetas ejercían un poder mágico y los que habían resistido sin lograr escapar pedían cuartel.

Monasterio mostró el camino a San Carlos, adonde era urgente dirigirse tanto para evitar que los enemigos concertasen su defensa, como para poder juntarse con Cochrane. Desde la explanada, por lo demás, los patriotas habían disparado contra su esquife en la creencia de hacerlo contra enemigos. En San Carlos, éstos no intentaron defensa alguna, tanto porque la premura del tiempo no dio lugar a organizarla, cuanto porque la posición en una isleta o península muy saliente permitía a los patriotas dejarlo a un lado y avanzar hasta el puesto siguiente sin que pudiera impedírselo su artillería, toda dirigida al mar. En vano, además, su comandante intentó resistir: la tropa lo abandonó (178) y a las 9.30 el castillo fue ocupado por los chilenos, transformándose en depósito de heridos bajo el comando de Erézcano. Unos 20 minutos después debió caer el castillo de Amargos y exactamente a las 10.15 todas las baterías del amplio complejo defensivo de Chorocamayo (108); a los pies de este puesto, Miller pudo distinguir cómo se embarcaban en lancha unos cien fugitivos rumbo a Valdivia (145); entre ellos iba el comandante de aquella costa, Lantaño, ya imposibilitado por las heridas (84).

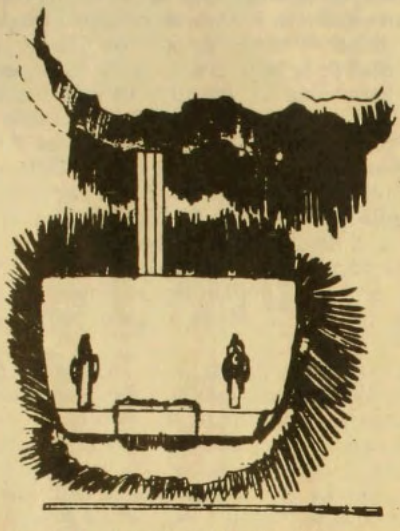
A estas alturas las posiciones se habían ido definiendo y la certeza de la victoria era en los patriotas completa; los soldados, prácticamente corriendo, se adelantaban unos a otros reclamando como cosa que les pertenecía los puestos más avanzados, peligrosos y expuestos. Muchos en su alegría disparaban al aire, alardeando su ciega confianza en un triunfo que daban por descontado. El norteamericano Carson, que iba a la cabeza, detenía a veces la marcha precaviendo alguna emboscada y Beauchef, para pasar a la vanguardia, debía literalmente saltar por sobre sus soldados, a veces confundidos con los mismos realistas. Parecía imposible, además, tal rapidez en el avance sin que por parte de los atacados se hubiese hecho uso de ninguno de los artilugios que la técnica de eximios ingenieros había previsto precisamente para casos semejantes. El camino era endemoniado y en determinados puntos dominado por bien dispuestos cañones; los soldados caían en hoyos llenos de barro y raíces unos sobre otros; "estaba pintado como un diablo —recuerda Beauchef—, los canelones de mis charreteras se colgaron de las ramas, mi uniforme estaba desgarrado..." (86) Poco después de la medianoche, jadeantes como perros tras la presa, doblaban la punta de Chorocamayo y avistaban por fin la negra silueta del poderoso castillo de Corral.

Como hoy, el gigante extendía su dentadura de amenazantes troneras desafiante, como envanecido de orgullo, como dormido en invictos laureles. Nunca se había puesto en él planta enemiga; ni Narboroug ni Strong ni

Beauchesne ni Clerque ni Swan, que hollaran, humildes, Amargos, Niebla o el Inglés, habían violado su recinto; su conquista producía en el ánimo de los atacantes un verdadero vértigo de posesión. Dentro, los defensores, conscientes de la gravedad de la hora, con un nudo en la garganta y el cansancio en los ojos forzados a mirar sin ver en la oscuridad de la noche, las sienes palpitantes y la boca reseca, ante la opción inminente de la victoria o la derrota. Sobre la puerta principal las armas de la casa de Austria y el espíritu del marqués de Mancera parecían señalar con un dedo misterioso el imperativo de una responsabilidad cargada de resonancias imperiales; acá, sobre la puerta de La Argolla, las armas de Borbón actualizaban en un hoy incierto pero impostergable el destino de aquel baluarte que por Dios y por el Rey habían jurado defender. Lo que se decidiría en una hora más, en minutos o en segundos no era sólo el destino de sus propias vidas, sino la causa misma del monarca, no sólo la de un singular castillo, sino el dominio del Mar del Sur.

Eran minutos antes de la una de la madrugada del viernes 4 de febrero de 1820. Simultáneamente estalló el fuego sobre las entornadas puertas de la fortaleza, erizadas de rastrillos, de hierros, de barrotes. Bajo el imperio de las voces de mando los defensores corrieron a concentrarse en aquellos precisos lugares; cierta brecha era otro punto de emergencia. Los asaltantes entre tanto, como en el abordaje de una nave inmensa, asomaban sus cabezas tras las puntas de brillantes bayonetas a lo largo de todo su perímetro accesible. Junto casi con iniciarse el ataque a Corral ya sus asaltantes habían penetrado al interior; contra todo principio de escuela, Beauchef no había dividido sus fuerzas en vanguardias, centros y retaguardias, reservas o refrescos, no había número suficiente para semejantes academismos y la intuición justificada por el éxito lo confirmaba en la certeza de la medida; en Austerlitz o Jena, en la guardia del Emperador, había aprendido a tomarse oportunas libertades. Al revés, como quien quema naves aventurándolo todo, era todo el contingente patriota el que en un acto suicida se precipitaba dentro del castillo con estudiado estruendo y algarabía. Los defensores debieron creer precisamente que encaraban una vanguardia y la expectativa de otras divisiones posteriores debió quebrar su resistencia por efecto psicológico; físicamente el combate cuerpo a cuerpo, las bayonetas, obraron el resto. La rapidez con que se hizo palpable la victoria para los patriotas no significaría, como se ha repetido, cobardía realista; las bajas dentro del recinto testimonian una defensa hasta la muerte, y la misma saña patriota, también tan repetida y enérgicamente reprimida por Beauchef, es signo no de barbarie, sino de ímpetu irreprimible frente a un enemigo feroz. Sería rebajar el honor de los vencedores atribuir su triunfo a la debilidad de un enemigo pusilánime y no se entenderían las frases de alabanza tributadas a los vencidos por Beauchef ni la admiración y estimación ulteriores de Cochrane por Del Hoyo, a quien hubo que acorralar como a una fiera, harto rato después de la derrota. Los defensores de Corral fueron atrapados como en una verdadera ratonera; los muros destinados a contener a los atacantes habíanseles trocado en cárcel; había muertos y prisioneros, más que fuga; las heroicas banderas del Cantabria, del real de artillería, del Cazadores y del Valdivia, con su añejo mote "Todo el cuerpo valdiviano peleó en Chile por su Soberano", cayeron polvorientas pero no deshonradas: en triunfo serían enviadas al día siguiente al Director Supremo como dignos trofeos de victoria.

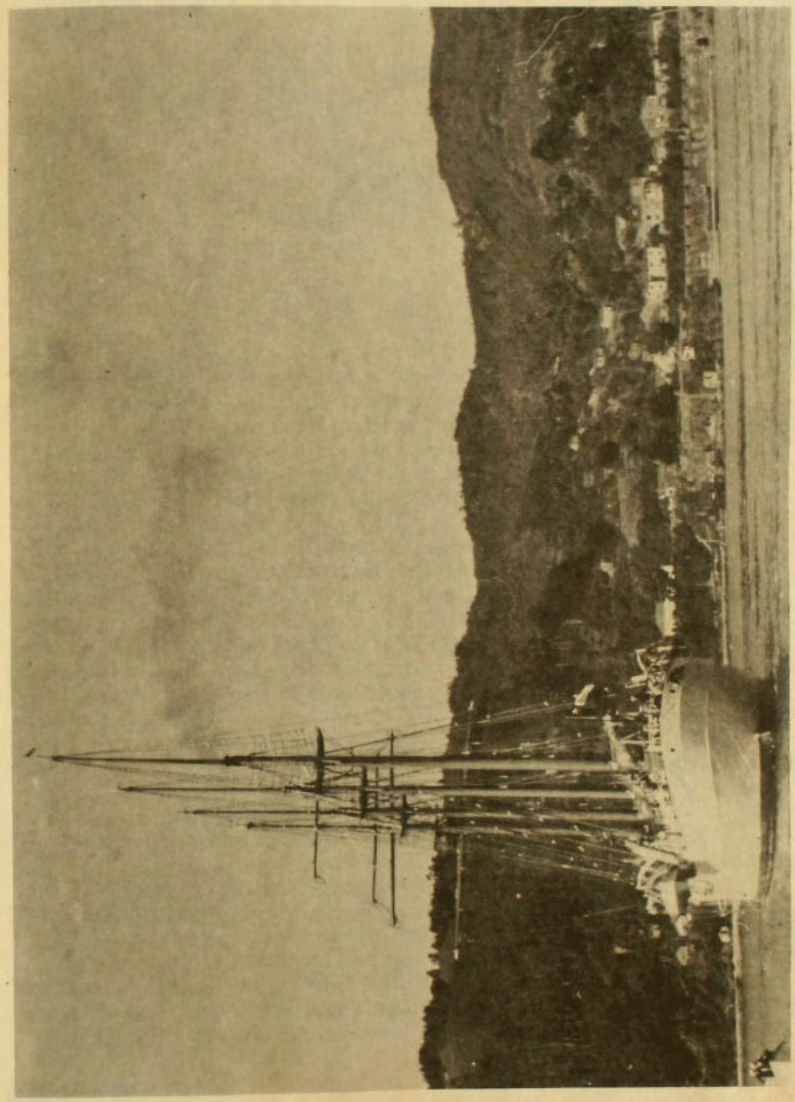
El primer cuidado de Beauchef fue la protección de los prisioneros; el comandante enemigo centró su interés: conversaron como hidalgos camaradas sobre los defectos de la defensa y las causas del desastre, que al español



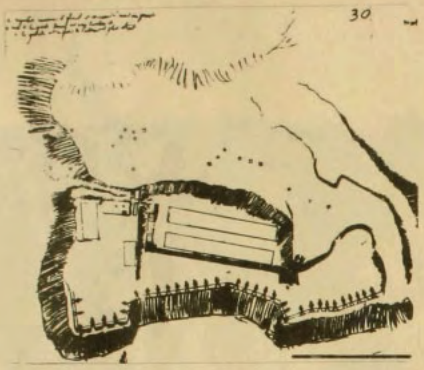
Fuerte de La Aguada del Inglés. Croquis original de Gay, 1835. Archivo Nacional, Santiago.

amargaba, sobre todo al conocer que había sido consumado por un contingente que, pensaba, sólo pretendía fastidiar. "¡Quién hubiera creído —comentó al francés— que se hubiese atrevido a venir a atacarnos con tan cortos medios!" (86)

Lo restante de la noche se pasó en una tranquilidad relativa en la cual los vencedores pudieron reponer parcialmente sus fuerzas en espera de la mañana que debía permitirles rematar su obra. A pesar del éxito, lo que restaba por hacer tornaba la victoria en algo aún incierto. El desenlace de los acontecimientos del día que llegaba esplendoroso envolvía aún el resultado en un enorme interrogante: las armas patriotas habían tomado posesión de todos los castillos del lado surponiente de la bahía: ¿serían capaces de extender su dominio sobre la ribera norte, las islas, la ciudad misma, con las solas fuerzas existentes? Repuestas del pánico y a la luz del día: ¿reaccionarían las fuerzas reales y tomarían ahora la ofensiva? Estaban en estas cavilaciones cuando la llegada del lord vino a infundir el ánimo necesario; Cochrane a bordo de la *Moctezuma* y con el *Intrépido* de reserva, penetraba en el seno del puerto de Corral saludado por todas las fortalezas del sur del estuario, que enarbolaban la bandera tricolor. Disparaban sobre ambas unidades los cañones de los castillos de Niebla y Mancera, el primero, eje de la defensa septentrional de aquella bahía, aunque sin causar daños mayores. El *Intrépido* alcanzó a recibir dos balas en el casco sin tener que deplorar la muerte de un solo hombre; por el contrario, la pieza de la *Moctezuma* se permitió el lujo de hacer blanco en una de las unidades enemigas, silenciándola. Antes de las 8 de la mañana, ambas naves fondeaban en Corral, donde había sido cogida, por razón de las circunstancias, la gran fragata mercante *Dolores* y el bergantín del Rey, al ancla en el puerto, aunque el último incendiado por sus propios dueños durante la refriega nocturna.



El puerto de Corral en la actualidad: el buque escuela Esmeralda *frente al castillo de San Sebastián de la Cruz. Fotografía del autor.*



Castillo de Corral: croquis original de Claudio Gay, 1835. Archivo Nacional, Santiago.

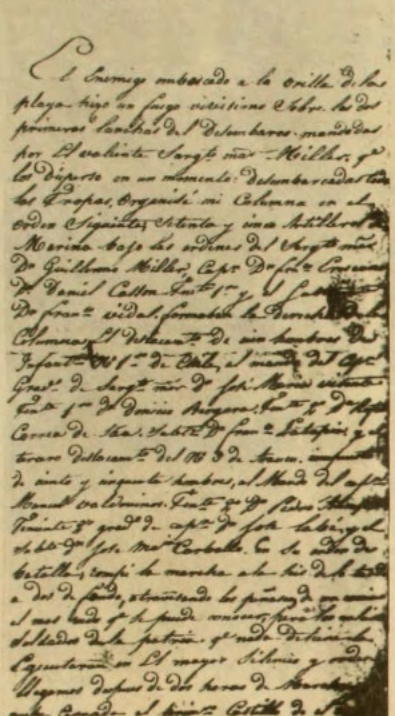
El lord saltó a tierra en medio de las aclamaciones de quienes veían en su genio la prenda de una victoria completa; felicitó a Beauchef y a sus soldados, elogiando irónicamente su puntería, que había estado a punto de arrebatarle la vida si en San Carlos hubiesen logrado hacer blanco en su esquife; inquirió sobre las bajas y estado de los heridos, recibió atentamente al comandante español y concertó de inmediato la prosecución del ataque a la ribera opuesta destinando hasta 200 hombres para consumarlo.

Dos hechos casi simultáneos trastornarían improvisadamente estos planes, ahorrando el derroche inútil de vidas, dinero y emociones. Uno era la triunfal entrada de la *O'Higgins* al puerto y el otro la llegada de una embajada desde la ciudad de Valdivia. Para explicarse ambos acontecimientos es necesario examinar lo que mientras tanto había sucedido en las filas realistas. En la capital de la provincia, la noticia de la llegada de las naves había sorprendido a lo más encumbrado del gobierno en un momento característico de su plácida vida cortesana. Hemos visto que jefes de la categoría de Del Hoyo, Bobadilla y Lantaño, es decir precisamente los comandantes de la defensa del puerto, se encontraban allí ausentes de sus puestos. De ser cierta la versión de que asistían a un rociado sarao (115), tan casual reunión debió resultar en el momento mismo de la partida un punto menos a su favor y correlativamente uno más al de los patriotas que enfrentaron fuerzas desmandadas, cegadas por una especie de hipnotismo colectivo.

Lo cierto es que el condecorado gobernador Montoya, que a pesar de sus años con su sola presencia pudo haber ejercido un influjo insustituible en el lugar del combate, víctima de un pánico comprensible pero indisculpable en un oficial investido con la suprema autoridad, prefirió permanecer en palacio sin saberse exactamente si para dirigir una resistencia intramuros de la ciudad, o para planear en forma más expedita la huida con todos sus bagajes. No tardaron en revelarse síntomas indicativos de que su propósito era el segundo.

Un consejo de guerra convocado con la precipitación que determinaban las circunstancias había resuelto el inmediato envío de 100 soldados de lí-

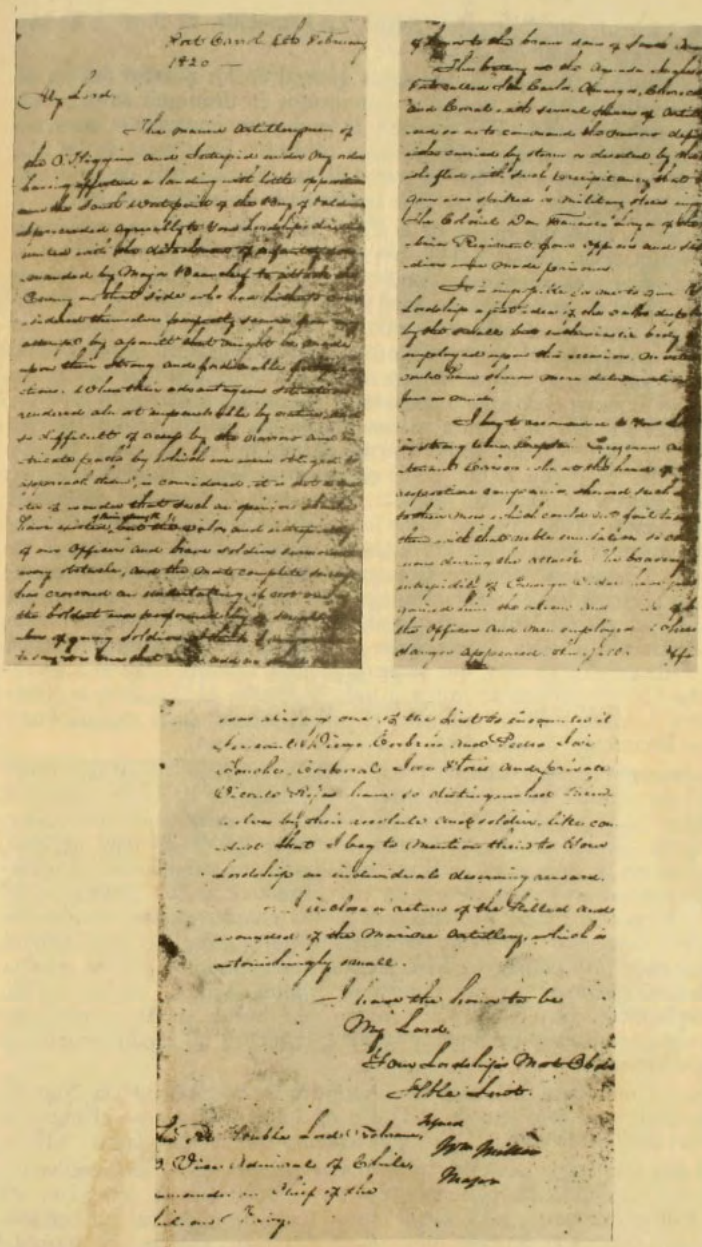
Castillo de Corral. Garita con marcas de las balas de la toma. Fotografía del Laboratorio de Fotografía y Microfilm, Universidad de Chile.



Original del parte de Beauchef a Cochrane sobre las operaciones de la toma de las baterías del sur de la bahía, castillo de Corral, 4 de febrero de 1820. Archivo Nacional, Santiago. (Ver *páginas siguientes.*)

nea existentes en la plaza para reforzar el castillo de Niebla. Estos fueron los que partieron en varias embarcaciones al mando de Fernández Bobadilla, y se cruzaron a la altura de la isla de San Francisco con Lantaño, cuando era transportado herido a Valdivia la noche del día 3 (84). Debieron llegar en la madrugada del 4 a tiempo para ver la entrada de las dos naves menores a Corral, y enseguida, a la majestuosa *O'Higgins* —sin hombres a bordo y con siete pies de agua en la sentina— que debieron suponer cargada de refuerzos. Si con los contingentes de las dos primeras embarcaciones —razonaron— habían sido rendidas las fortalezas del sur, la lógica indicaba que aquel suculento apoyo dejaría a los atacantes en condiciones tan superiores que todo intento de resistencia debía reputarse por locura. El pánico hizo el resto.

Al desembarcar en Niebla, Bobadilla encontró que su guarnición ejecutaba el movimiento exactamente contrario, esto es, se embarcaba con precipitación rumbo a Valdivia. El comandante hubo de disuadirlos y reorganizar una defensa en la que el estado de ánimo colectivo no era ciertamente el más adecuado para llevarla a feliz término. Vidal la quebraría más tarde tras una débil resistencia; los dragones realistas se retirarían por tierra a tra-



Original del parte de Miller a Cochrane sobre el desembarco de La Aguada y toma de las fortalezas del sur de la bahía, puerto de Corral, 4 de febrero de 1820. Archivo Nacional, Santiago.

vés de las haciendas de Aguas del Obispo, La Estancilla, El Bayo y El Molino, con destino a Valdivia (87, 187).

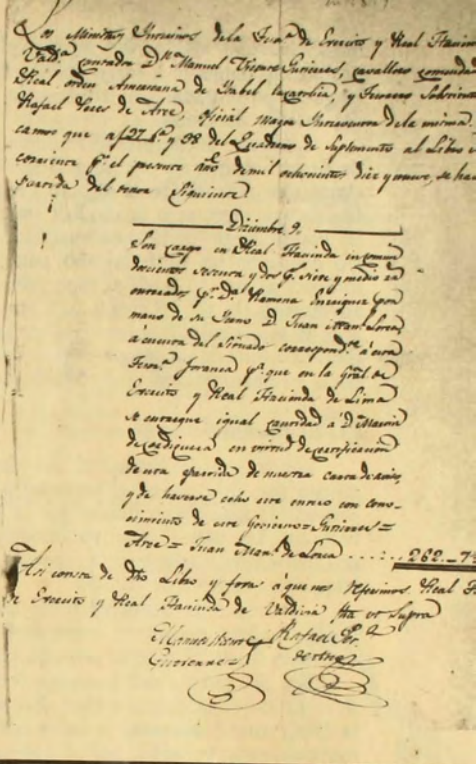
Estas noticias, con las del descalabro general de los puestos del sur de la bahía, ampliadas por los fugitivos —interesados en disminuir su culpabilidad exagerando el número y la crueldad de las fuerzas enemigas—, surtieron el efecto que debía esperarse; una inmensa confusión hizo presa en las filas realistas de la ciudad, a las que el terror de las familias más comprometidas puso el ingrediente necesario para trasformarla en verdadero delirio.

Un cañón, desde los muros de la Plaza, disparaba a rebato proclamando "la llegada de la patria" (211). Un nuevo consejo de guerra definió la situación: cabían dos soluciones, concentrar en Valdivia todas las fuerzas y resistir a costa de la destrucción total de la ciudad o abandonarla retirando fuerzas y caudales al interior, rumbo al archipiélago de Chiloé. Los ánimos no estaban lo suficientemente serenos para pensar en otra cosa que no fuese lo segundo, lo cual se llevó a la práctica con tal precipitación que no dio lugar siquiera al completo traslado de los caudales; más aún, la soldadesca se precipitó por su cuenta en los almacenes, donde saqueó efectos estimados en 200.000 pesos, recientemente adquiridos en el navío francés *Hauteloy*. Un cajón con 27.000 pesos en monedas fue conducido a la playa y entregado a la voracidad popular, estimulada a consumar desmanes de calibre mayor (108). Fueron varias las casas de familias patriotas sometidas al saqueo. A medida que los restos del ejército real emprendían la retirada a los Llanos y a Osorno, los rezagados, cada vez más libres, perpetraron crueles atentados; en circunstancias que el acaudalado comerciante Manuel Lopetegui del Villar, antiguo regidor del cabildo y conocido miembro de la facción patriota, exteriorizaba con vítores la inminente liberación, una poblada entró a su casa, que saqueó, dándole muerte, estando a punto de efectuar lo propio con su mujer y toda la familia (115). Con la huida del último soldado realista terminaba el primer saqueo de la ciudad, hasta entonces floreciente; de inmediato se iniciaba el segundo.

El bajo pueblo, simpatizante con el partido revolucionario y acicateado por un comprensible instinto de rapiña, dio rienda suelta a sus ímpetus contenidos asaltando ahora las casas de las familias realistas más conocidas; fue el momento en que el papel meramente artístico de las rejas de forja que adornaban las casonas adquiría su función primaria, eminentemente práctica, de contener las fuerzas desatadas del bandolerismo. La residencia del maestre de campo Felipe Fernández de Lorca y Aparicio, de considerable extensión y con oratorio privado, fue literalmente vaciada: seis años después en su testamento su propietario haría alusión a este episodio (89). Se salvó la casa de las "mayoras", la rica familia de Molina Agüero, madriguera de los monárquicos, pero otras no tuvieron tan buena suerte; pronto, sin fuerza alguna capaz de contener a la plebe, comenzó el éxodo general a chacras y haciendas.

En este momento fue asesinado el ministro de la real hacienda Manuel Vicente Gutiérrez, caballero de la Orden de Isabel la Católica, el ministro de la real aduana Domingo Peña, y el teniente coronel José Gatica (178).

El tumulto había adquirido proporciones mayúsculas y amenazaba desencadenar en drama; las personalidades más respetables se reunieron en sesiones de emergencia y para que el cuadro fuese completo no faltó en momentos tan críticos la delicada intervención femenina. Gay nos ha trasmitido el nombre de la beldad bajo cuya inspiración surgió la idea del inmediato envío de una embajada al lord: fue doña María de los Angeles de la Guarda y Pinuer quien la susurró a su galán, el guipuzcoano Pablo Cayc-



...cumento suscrito en Valdivia dos meses antes
...la toma, salvado del saqueo de las casas de
...familia Lorca Vega Bazán, firmado por el
...nistro Manuel Vicente Gutiérrez, muerto en
...ciudad en los tumultos del 4 de febrero de
...20. Propiedad de don Leopoldo Guarda de la
...arda, Santiago.

...riano de Pusterla: Plano del camino de Val-
...ia a Chiloé, 1791. Señala el recorrido que
...o el ejército real en su retirada a la margen
...quierda del Maullín. A la altura del paralelo
... puede distinguirse el río Toro, en cuyas in-
...diaciones fueron últimamente derrotadas las
...rzas realistas en marzo de 1820. Biblioteca
...cional de Santiago. Sala Medina.

tano Manselli, regidor del ilustre cabildo, quien se encargó de hacerla despachar rápidamente a cargo de Martín Plaza de los Reyes y Salcedo, que luego se presentaba con bandera de paz al almirante en su cuartel general del castillo de Corral.

Cochrane determinó el inmediato envío de 100 hombres bajo el mando de Beauchef, que en tres horas llegaban a su destino. Con él enviaba una proclama que garantizaba el respeto a la propiedad privada, invitando a todos los fugitivos a regresar a la ciudad, bajo la promesa de excluir toda represalia. El bando surtió efecto: en realidad, detrás de sus palabras estaba el prestigio de quien las profería; aun para los monárquicos más recalcitrantes un lord era al fin un lord; el socorrido lugar común con que sindicaban a sus adversarios de ser el grupo patriota una banda de forajidos, caía de cuajo ante la majestad del conde de Dundonald, a quien el prestigio personal añadido al lustre de su sangre aureolaban con destellos cegadores; el resto lo hacía su nacionalidad, que rodeaba de exotismo toda su persona.

25. *El triunfo del lord*

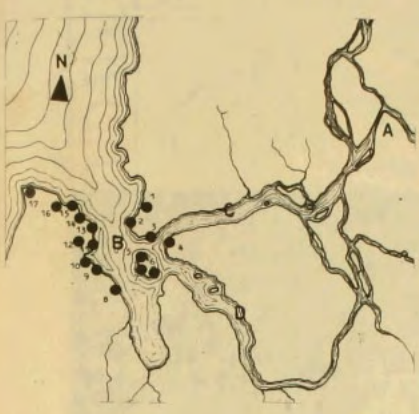
Las tropas de Beauchef, sus dotes diplomáticas y el contagioso entusiasmo que produjo en el vecindario la noticia de su inminente arribo, prepararon el más digno marco que la agitada ciudad podría preparar a su libertador. Un natural y altivo amor propio empujó a los vecinos a prepararle un recibimiento consonante con su fama, y la recepción, para abreviar, adquirió caracteres de triunfo.

Las tropas de Beauchef junto con las pocas milicias que la premura del tiempo habían permitido improvisar fueron suficientes para cubrir el corto recorrido desde el muelle principal hasta la Plaza Mayor.

Era la mañana del domingo 6 de febrero y un aire de fiesta timbraba de colorido el escenario estival. En la Plaza de Abastos extendió su escalera la *Moctezuma*, mientras la salva real disparada desde los muros levantados originalmente en 1653 por el gobernador Montero del Aguila, atronaba el espacio; la gritería del pueblo se confundía con el sonido de las campanas de todas las iglesias, echadas al vuelo. Al desembarcar el lord frente a un senado de notables, la hermosa dama doña Margarita Caravallo Plaza de los Reyes, esposa de don Manuel de la Jara y Barriga, que había sido perseguida antes por sus ideas liberales, avanzó hasta el almirante adornada del tricolor chileno para obsequiarle con un gentil abrazo (160). Entre lo más conspicuo del patriciado, don Vicente Gómez Lorca presentó los saludos de la ciudad, que suponemos no fueron otros que los que repitió días después por carta a O'Higgins:

"Cuando... se presentan en este puerto las naves precursoras de su redención y apenas los valerosos oficiales y soldados de la patria ponen sus pies en los inexpugnables fuertes... el vecindario de Valdivia reconoce en el señor almirante Cochrane, en su oficialidad y tropa, el mérito más relevante y el valor más acreditado que jamás bien podrá ponderarse..." (211)

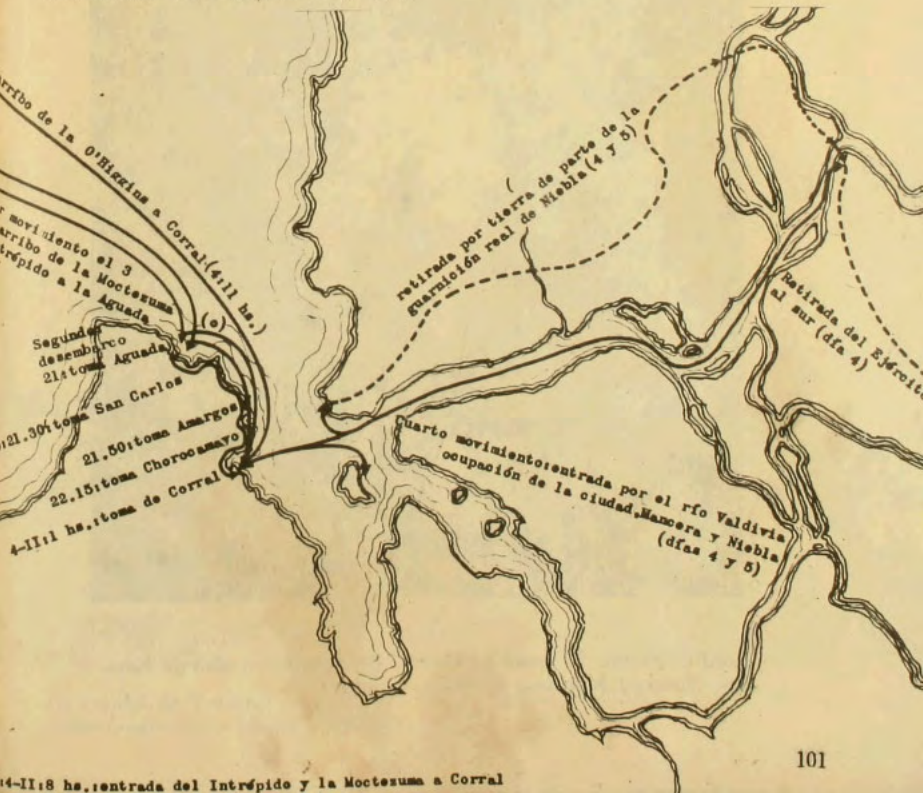
Acto seguido Rafael Pérez de Arce Henríquez, ministro accidental de hacienda, puso en manos del lord las llaves de las antiguas cajas reales, aún abarrotadas de dinero. El regidor Manselli y el coronel Narciso Carvallo Pinuer, más una granada representación de gente importante, saludaron al lord que en seguida se dispuso a subir a la Plaza Mayor, haciéndolo por la popular calle de Abastos, que desde ese día recibió el nombre de Libertad —que conserva—, porque por ella había entrado ese don a Valdivia.



A: *Ciudad de Valdivia.*
B: *Puerto.*
C: *Río Valdivia.*
D: *Río Tornagaleones.*
1: *Batería del Molino.*
2: *Castillo de Niebla.*
3: *Batería del Piojo.*
4: *Batería de Carboneros.*
5: *Castillo de San Pedro de Mancera.*
6: *Fuerte de San Francisco de Baides.*
7: *Batería alta de Mancera.*
8: *Batería de Santa Rosa.*
9: *Castillo de Corral.*
10: *Batería del Bolsón.*
11: *Batería de Chorocamayo Bajo.*
12: *Reducto de Chorocamayo Alto.*
13: *Castillo de San Luis de Alba de Amargos.*
14: *Batería del Barro.*
15: *Fuerte de San Carlos.*
16: *Fuerte de La Aguada del Inglés.*
17: *Batería-vigía de Morro Gonzalo.*

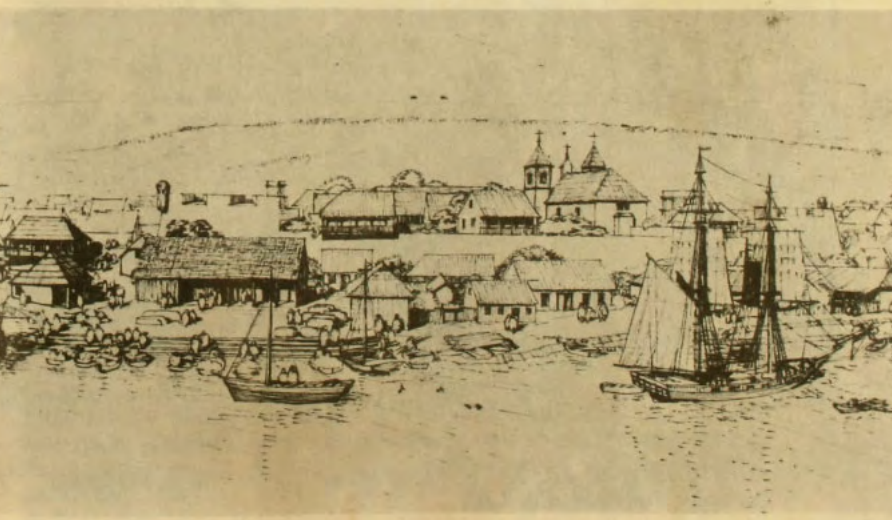
Esquema de la disposición de las fortalezas de Valdivia para la explicación de los movimientos de la toma.

Croquis de la toma de Valdivia: movimiento de las fuerzas navales y terrestres los días 3 a 5 de febrero de 1820.

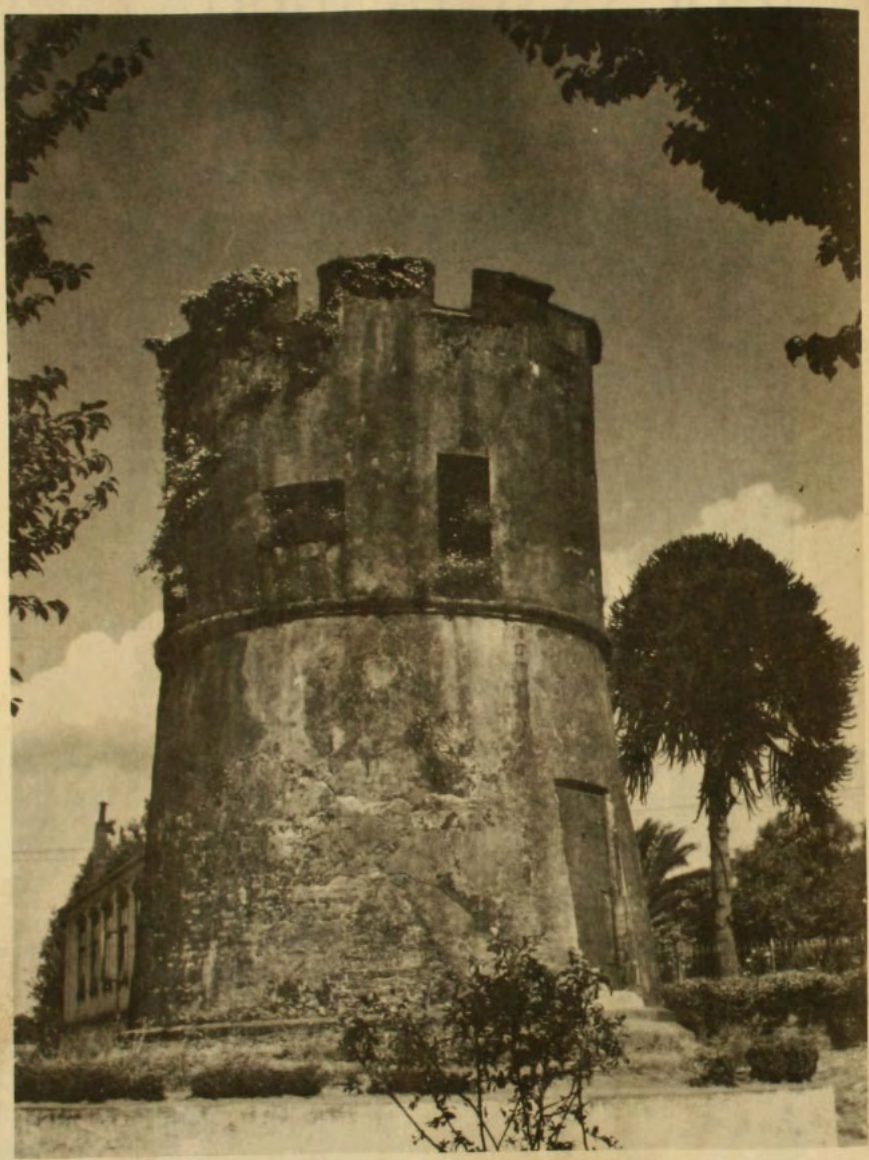


Lord Cochrane. Grabado de Henry Meyer sobre un óleo de Ramsay. National Maritime Museum, Londres.

Escudo de Armas de la ciudad de Valdivia, otorgado por Carlos V en 1554. Del original conservado en el Archivo de los Duques de Alba, Madrid.



La ciudad de Valdivia hacia 1820. Dibujo original. Propiedad de don Leopoldo Guarda de la Guarda, Santiago.



Valdivia. Torreón del siglo XVIII. Fotografía del Laboratorio de Fotografía y Microfilm, Universidad de Chile.

Presidían el cortejo las insignias del cabildo, y las fachadas de todas las casas presentábanse colgadas de damasco y terciopelo, al igual que en los fastos más solemnes del tiempo de la monarquía. En la Plaza de Abastos, junto al río, destacaban los portales de la recova levantada por el cabildo en 1808, y casi enfrente, sus dos plantas con balcón corrido, las casas de la familia Castelblanco, como todas, adornadas con reposteros blasonados y otras preseas significativas de su abolengo virreinal; calle arriba, entre las del Rey y la plaza, extendía de lado a lado su fachada el caserón de doña Ramona Henríquez y Santillán, tía de fray Camilo, la vecina más rica del sur del país. Enfrente, la puerta real perforaba la vieja muralla coronada de garitas, banderas y estandartes, desbordadas de una muchedumbre de curiosos que agitaba sombreros al paso de los héroes. En los balcones de todas estas casas y tras ventanales semivelados por balaustrería o rejas de hierro asomaban con sus mejores galas "distinguidas matronas y señoritas que disputábanse el primer puesto en ser admiradoras y propagandistas del nuevo orden de cosas" (160): las damas escribieron su capítulo propio en la toma de Valdivia y constituyen el último ingrediente para hacer de su fulgurante historia una novela palpitante de heroísmo, juventud y bellos ideales; la huella de su acción no quedó registrada en los archivos públicos, pero sí en los parroquiales: el de matrimonios de la catedral de Valdivia anota algún tiempo después los de doña Juana María Lopetegui y Mena con el norteamericano Daniel Carson, el de doña María Bernarda de Asenjo y Mena con el laureado súbdito británico Nicolás Oliver Lawson, el de doña Juana María Henríquez Gómez con el teniente Labbé, el de su hermana Manuela con el oficial José María Rodríguez de Rosados, ayudante de Beauchef, con otros que sería exceso detallar (35). Suntuosa recepción en palacio cerraría la noche de aquel día memorable, para siempre grabado en el recuerdo de los habitantes y trasmitido con colores legendarios de generación en generación.

26. *Secuencia*

Un bando público había convocado para la mañana del lunes siguiente a un cabildo abierto para la elección de gobernador civil.

Con la solemnidad que exigían las circunstancias, y actuando como secretario Bennet Stevenson, se efectuaron los sufragios que favorecieron el nombre de don Vicente Gómez "con gran satisfacción de las personas sensatas que esperaban mucho de su energía" (108). El agraciado pertenecía a una familia destacada y su carrera política, sin sombras, garantizaba la lealtad de su conducta futura; había nacido en Valdivia en 1776 en el hogar formado por Ventura Gómez Almazán, administrador de Correos, y doña Petronila Fernández de Lorca; era sobrino del comisario general Juan Antonio Garretón Pibernat, gobernador de Chiloé, y tanto él como su hermano Francisco habían rendido informaciones de nobleza por razón de sus cargos concejiles. Efectivamente, capitán de milicias, don Vicente había ejercido en 1803 la procuraduría general y al año siguiente la alcaldía del cabildo; en 1808 había rematado nuevamente una de las varas de regidor (109, 110), y, comerciante de gran giro, el año anterior había sido miembro de la junta extraordinaria de gobierno creada para afrontar la quiebra de la real hacienda, durante el gobierno del irlandés Clarke y Springham; alcalde nuevamente tres años después, en noviembre de 1811 había sido vocal de la primera Junta de Gobierno patriota (115); en 1802 había casado con doña Josefa del Campillo y Goyonete, cuñada del gobernador Espinosa Dá-

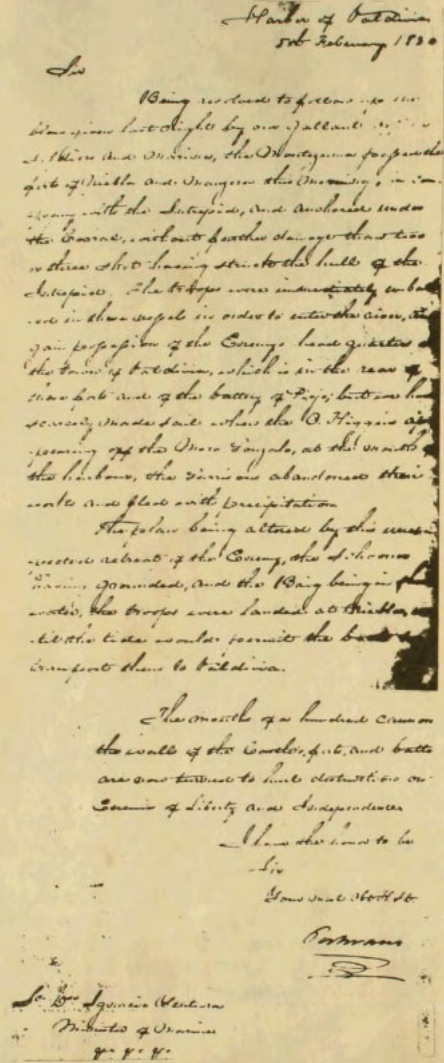
El mariscal Guillermo Miller. Grabado de J. Green, publicado por Longman, Rees, Orme, Brown and Green, Londres, 1828. Propiedad de Alamiro de Avila Martel. Santiago.

Jorge Beauchef. Dibujo de Mauricio Rugendas. Propiedad de don Guillermo Feliú Cruz.

valos, matrimonio del que nacerían catorce hijos, todos vinculados al Partido de la Independencia.

El acta oficial de la elección decía textualmente: "*En la ciudad de Valdivia a 8 de febrero de 1820, habiéndose congregado los ciudadanos de este pueblo en la Casa de Gobierno, según la convocatoria que se hizo el día de ayer por bando público, se procedió a libre elección de un Gobernador civil y político para la ciudad y su provincia, que recayó por pluralidad de votos en la persona del Sr. D. Vicente Gómez, quien, hallándose presente, aceptó el cargo, jurando por Dios Nuestro Señor y los Santos Evangelios el usar y cumplir con sus deberes, según el cargo que se le hace por el pueblo, prometiendo bajo la religión del mismo juramento guardar y cumplir todas y cualesquiera órdenes que reciba del Supremo Gobierno del Estado Independiente de Chile, en particular desde este momento a perseguir el exterminio a todos y cualquiera enemigos de la Independencia Americana*" (115).

Encabezaba la lista de las firmas Lord Cochrane y la cerraba su secretario; los demás suscriptores, si bien dignos representantes del patriciado local, revelaban la profunda división operada en el seno de la sociedad o, cuando menos, la ausencia o apatía de familias enteras, que, como las de Molina, Lorca, Asenjo, Castelblanco o Adriasola, brillaban por su ausencia. En posteriores listas remitidas por el gobernador al Director Supremo, y publicadas en la prensa de la capital, se catalogó también a los vecinos patriotas del interior de la provincia, sin confeccionarse en cambio listas de enemigos del régimen; sólo los públicos perturbadores del orden irían siendo arrestados individualmente y remitidos a Santiago, donde purgarían sus ideas erradas en el destino que determinase la superioridad (137).



Original del parte de Cochrane al Ministro Zenteno sobre las operaciones de la toma de Valdivia. Bahía de Valdivia, 5 de febrero de 1820. Archivo Nacional, Santiago.

Cochrane nombró a Beauchef comandante de las fuerzas militares y el mismo Gómez al citado Manselli y a Manuel Pastor de la Vega y Quiroz, ministros interinos de hacienda; el segundo, nacido en Santiago en 1782, había sido capitán en el real cuerpo de artillería, y después de un largo itinerario en las filas del monarquismo obtendría en agosto de 1821 indulto por sus viejas concomitancias con el bando enemigo (233). Oficiales primero y segundo fueron designados Ventura de la Fuente y García, natural de Concepción, y el valdiviano Cosme Pérez de Arce Henríquez, rico comerciante y armador. Administrador de la renta de tabacos fue confirmado Felipe Bastidas Rodríguez, que había ejercido dicho cargo en el régimen anterior (220): burocracia verdaderamente frondosa para la custodia de bienes ya mermados y en vías de completo desaparecimiento.

La *O'Higgins* había llegado en tal estado que era imposible pretender aventurarla al mar: tumbada en la playa de Corral se emprendió su reparación, que duraría hasta el 31 de marzo (210), quedando Stevenson a su cargo. El fin del *Intrépido* fue más drástico: encallado en la bahía, fue preciso abandonarlo a su suerte, perdiéndose totalmente. En cuanto a las bajas producidas en la jornada hay disparidad de datos: según Cochrane, en sus *Memorias*, murieron 100 realistas y otros tantos fueron tomados prisioneros; Beauchef reduce ambas cifras a 30 y 50 respectivamente, mientras Stevenson las fija con precisión en 13 —3 oficiales y 10 soldados— muertos y 82 —6 y 76— heridos. Las bajas patriotas entre muertos y heridos ascendieron exactamente, según Beauchef, a 37 (237).

Después del triunfo sobre Valdivia, Cochrane se embarcaría a un fallido intento sobre Chiloé, mientras Beauchef afianzaría el dominio de sus armas hasta el confín de la provincia con la victoria del Toro. Ninguna de estas dos jornadas puede tener cabida en el presente estudio; ambas, no obstante, ilustran perfectamente la causa principal del desastre español, circunscrito, según señalamos, a la total incapacidad del mando. El Toro fue dentro de la provincia su última consecuencia, y la eficacia de Quintanilla en la de Chiloé, una muestra de lo que hubiese podido pasar en Valdivia si el bastón hubiese estado en manos de otro jefe. Corresponde ahora enfocar desde otros ángulos los acontecimientos de la toma, sin dejar de lado los que la historiografía ha señalado como negativos.

27. *Luces y sombras*

Un estudio crítico cuyo objetivo preciso es el análisis del tema en todas sus virtualidades, no puede eximirnos de abordar aunque sea brevemente el punto de la conducta negativa observada por ciertos elementos durante el proceso de la acción.

Vicuña Mackenna señala cómo Beauchef mismo —que en sus memorias confiesa sin rodeos odiar a los españoles— derribó de una bofetada en plena cara a un oficial prisionero por cierto comentario referente a la presentación de sus tropas (86); el mismo héroe, por otra parte, relata sus esfuerzos en defensa de los cautivos "porque los soldados chilenos no son tiernos y tuve la satisfacción de evitar que los maltrataran". Las represalias sangrientas, contrarias a las garantías prometidas por el generoso lord, traicionaron los efectos prácticos que se perseguía con su promulgación y explican las reacciones negativas y la condenación manifestadas luego por la opinión pública.

El capitán Erézcano, heroico actor en cada uno de los primeros pasos del ataque, hubo de ser sometido a castigo por pasar a cuchillo a dos oficia-

les después de rendirse a Vidal, con expresa promesa de salvarles la vida (54). Peor fue aun la actitud de Latapiat, designado comandante de Corral, que mandó fusilar a otros dos prisioneros, habiendo perpetrado idéntico atentado con otros cuatro, si Stevenson no los hubiera sustraído de su dominio trasbordándolos a la *O'Higgins*. Latapiat fue sometido a un consejo de guerra que determinó su traslado a Valparaíso en calidad de prisionero, donde, ante el estupor del almirante, "en lugar de recibir condigno castigo le dieron, como a Erézcano, un ascenso y les colocaron en el ejército libertador del general San Martín" (205, 54). Como se sabe, este último oficial complotaría después contra la vida misma del lord (242).

Pero los desmanes no acabaron aquí: el subteniente José María Carvallo era de una conducta irregular y después de la toma sería sometido a un sumario por negligencia en el cumplimiento de sus deberes (202). El primer contingente de tropas, además, que envió el gobierno de Valdivia, según Beauchef, se componía de "doscientos demonios, la mayor parte ladrones rematados" (86); pocos meses después que la alegría de la incorporación a la República hinchaba de ilusiones al vecindario patriota, este contingente saquearía íntegramente la ciudad, intentando asesinar al propio gobernador, que entonces lo era Beauchef. El robo, el saqueo y las violaciones de todo género se extendieron al interior de la provincia, inaugurando un período de miserias que culminaría en 1821 con el asesinato del gobernador Cayetano Letelier y sus más altos oficiales, varios de ellos, paradójicamente, antiguos héroes de la toma.

Frente a esta actitud negativa resaltan la magnanimidad y justicia desplegadas por Cochrane en los poquísimos días de residencia en la ciudad, en la que sus dotes rodearon de prestigio el ideal representado por su bandera. El vecindario conservó el recuerdo de esta probidad de la que es buen ejemplo el simpático caso acaecido a un joven llamado Pedro José Montesinos Barril: "tan pronto como la soldadesca que acompañaba a Cochrane —refiere un testigo— había pisado las calles de la ciudad, no faltó uno de tantos que, violando la rígida orden militar y en particular la severa de la Marina, despojase de su sombrero de fina pita y de un vistoso poncho a uno de los muchos jóvenes que pululaban inquietos por aquellas calles. Despojado de sus prendas el tímido joven tuvo empero la suficiente entereza para presentarse ante el atrevido almirante en demanda de lo que le pertenecía. Cochrane le prestó oídos cual correspondía a su espíritu justiciero, ordenando se le entregaran inmediatamente las citadas piezas, no sin mandar aplicar en seguida correspondiente paliza al desconocido usurpador" (160). La exquisita escena es significativa, pero nada junto al trato prodigado al comandante principal tomado prisionero, Fausto del Hoyo.

María Graham refiere cómo el lord había obtenido del gobierno la formal promesa de que fuese tratado con generosidad. "Sin embargo —relata—, en cuanto el almirante abandonó las costas, tuvo que sufrir Del Hoyo las mismas injustas y crueles restricciones que se les imponían a todos los prisioneros de guerra, cualquiera que fuese su rango. Fue arrojado a una obscura prisión donde se le tuvo sin fuego, sin luz, sin libros, como si el tratamiento individual de los prisioneros hubiera de obligar a España a reconocer la Independencia de Chile." Gracias a Cochrane, el coronel lograría salir en libertad bajo palabra; "nunca olvidaré —refiere Lady Callcott— la ferviente expresión de reconocimiento, no sólo de palabra, con que saludó a su generoso vencedor, ni la cumplida y modesta manera con que su señoría las recibió y les puso término" (114).

Pezuela alcanzaría a sospechar del acomodo de Del Hoyo y Sánchez: "lo

trata Cochrane con la mayor amistad, asegurándole que no lo entregará al gobierno chileno", dice en su relación (178). En el fondo la actitud del almirante fue un tributo a la valentía del vencido, quien, pese a su derrota, no perdió ni su honor de soldado ni su buen humor español: su hoja de servicios certificaría que en su larga prisión en Chile se comportó con honor (125), mientras la Graham consignaría el divertido detalle de que se complacía en tratar familiarmente al lord con el apelativo de "tío" (114).

Pero sin duda el aspecto más sombrío de estos claroscuros se refiere al asunto de las presas de guerra.

Hemos dicho antes que en el trascurso de breves momentos, Valdivia había sido víctima de dos desoladores saqueos, uno de parte de los fugitivos realistas, otro de parte del populacho patriota. Tócanos ahora referirnos al tercero y definitivo que bajo el eufemismo "presas" practicarían con toda formalidad las fuerzas de ocupación.

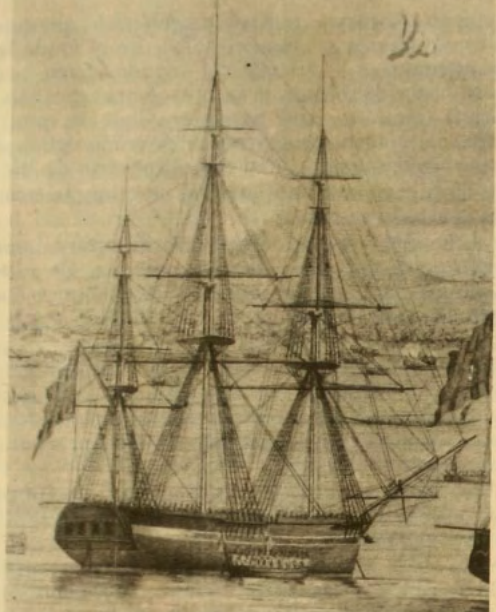
Debe distinguirse desde luego entre los objetos legítimamente sujetos a tal régimen, los que lo fueron por extensión más o menos indiscriminada del término, la apropiación, en fin, de especies particulares sin otro mérito que su valor pecuniario, con prescindencia de su significado, destino o calidad de sus propietarios.

Dentro del primer grupo cayeron los buques, conceptuándose por tales la fragata *Dolores*, el bergantín *Potrillo* y el llamado bergantín del Rey. La *Dolores* era una hermosa mercante de tres palos (86) que había formado parte del convoy de la *María Isabel*, habiendo sido apresada por la escuadra chilena en 1818, pero que por sublevación de sus tripulantes había huido de Talcahuano a Valdivia con parte de su carga, para incrementar la escuadra virreinal (178); se vendería en Valparaíso en 20.000 pesos.

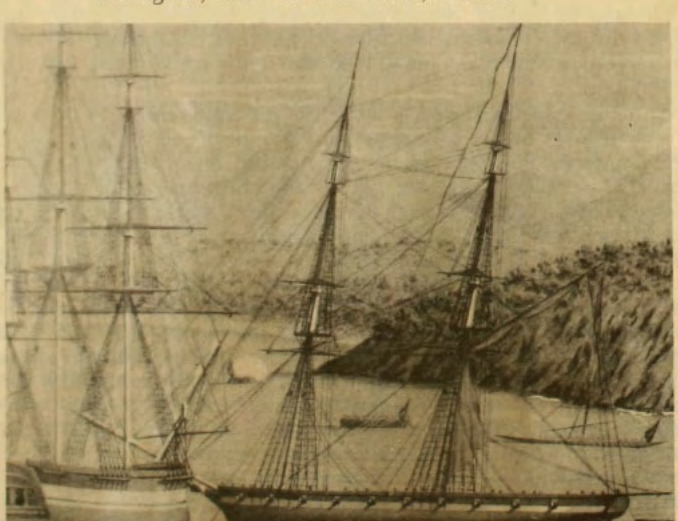
Entre los efectos militares, Cochrane inventarió 10.000 balas de cañón, 170.000 de fusil, 128 cañones, infinidad de armas menores, 840 barriles con mil quintales de pólvora, tiendas de campaña, vestuario, mil camas, un hospital; en fin, todo el arsenal del Mar del Sur. Los edificios de las fortalezas se tasaron en un millón de pesos, todo ello prorrateable entre los captores (192).

Entre los géneros sujetos a secuestro por ampliación del término deben reputarse los bienes necesarios para la subsistencia pública, guardados en los almacenes. Por una nota del gobernador Gómez al Director Supremo de fecha 29 de marzo, sabemos que el almirante hizo subir a bordo de la *Dolores* 50.000 mazos de tabaco; los bienes del hospital, inclusive su equipo de cirugía, no sólo eran valiosos, sino vitales para la salud pública; en septiembre el gobernador Letelier pediría con urgencia su reintegro "porque aquí no ha habido sino la botica militar, que fue destrozada por los ingleses en la reconquista de esta plaza" (211). El propio palacio de gobierno no escapó al general expolio: "como el saqueo de esta plaza —escribiría el mismo funcionario— no solamente fue comprensivo a especies, dinero y alhajas, sino que también los trastos de casa, útiles y cuanto había en ellas padeció generalmente un destrozo como sucede siempre en estos tristes acontecimientos y habiendo sido en esta parte la casa de gobierno la que padecía mayor desolación, hasta no quedarle más que los techos y las paredes y las puertas sin cerraduras", el gobernador se veía en la necesidad de tener que pedir desde las alfombras para arriba, a la capital (212).

Dentro de este mismo apartado debe citarse la pérdida del antiguo archivo de gobierno, sin discriminación previa de su contenido; si bien es cierto que la ocasión permitió captar reciente correspondencia del virrey, cayeron en el montón venerables anales de la historia de la ciudad, desde



Fragata mercante de la misma clase que la Dolores, apresada en la toma de Valdivia. Acuarela original, 1818. Museo Naval, Madrid.



Bergantín español de la misma clase del incendiado por los realistas en Corral en la noche del 3 de febrero de 1820. Acuarela original, 1818. Museo Naval, Madrid.

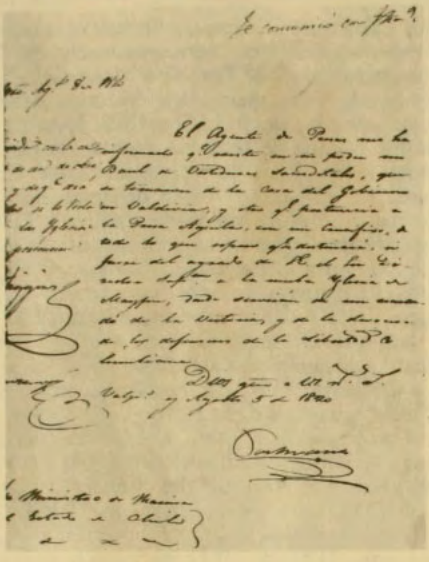
entonces sustraídos a su estudio. Entre los documentos útiles se encontraron bandos y nombramientos militares, correspondencia de Benavides y un completo pliego de instrucciones de Pezuela a Montoya.

Entre los legajos de valor meramente histórico deben catalogarse 46 libros de documentos datados desde 1729 a 1819, fuera de porción no especificada de cedularios, cuentas de tesorería, registro de buques y decretos de antiguas autoridades (212). El 8 de marzo, Cochrane oficiaría a Zenteno sobre el desembarco en Valparaíso "como de unas dos cajas de cartas, correspondencia y registro que he traído de Valdivia". "La mayor parte de estos papeles —especificaba— consiste en correspondencia vieja, pleitos, documentos de poca importancia al parecer..." Aunque O'Higgins providenció su devolución, pidió la remisión de los "interesantes" a Santiago (210). El caso es que por García Gamba sabemos que muchos pasaron a poder particular del secretario de Cochrane sin que jamás se supiera de ellos (94).

Al género de franca usurpación debe adscribirse el saqueo de las iglesias y particulares. Cochrane mismo se ha referido en sus memorias a la rapacidad de los "indisciplinados chilenos, quienes apenas pueden concebir se les coartasen sus propensiones al robo" (54); cierto testigo decía que eran aficionados a la sustracción de objetos del culto, "no quedando cosa de plata en las iglesias ni en las orejas de las santas que no robaran" (96); hemos visto el caso del joven Montesinos, de Valdivia, y la acción de Cochrane atajando los desmanes; nos referimos ahora a las sustracciones perpetradas no tanto por la plebe, sino bajo las formalidades de un procedimiento oficial.

Para aquilatar el volumen de la riqueza artística de las iglesias de Valdivia, puede servir de pauta el hecho de que el solo tesoro de la real congregación del Dulce Nombre de María, patrona de la ciudad, inventariaba en objetos de culto sobre 443 marcos —123,690 kilogramos— de plata labrada (117). No sólo la suntuosa Iglesia Mayor, la de San Francisco y San Juan de Dios, en la ciudad, sino las de los castillos del puerto, entre las cuales la conventual de San Antonio de Mancera tenía un tesoro riquísimo, más las otras doce dependientes de la plaza, estaban todas aperadas con aquel suntuoso atuendo propio de la época, rico en platería, telas y preseas. Aunque muchos indican que la platería requisada en Valdivia pertenecía por lo menos en parte a las iglesias de Concepción, de donde habría sido sacada por Sánchez, todo nos lleva a pensar que ello fue una disculpa más para retirar estos objetos. Por una parte las autoridades de Valdivia, inventarios en la mano, apelarían por largo tiempo reclamando la devolución de las antiguas pertenencias de las iglesias de la ciudad, y por otra el relato de la huida del general Sánchez y la pérdida de objetos de culto en el vado del Bío-Bío, confirman nuestra presunción (194).

Beauchef confiesa en sus memorias que la platería labrada requisada en Valdivia llenaba veinte cajas, que Cochrane avalúa en 16.000 pesos (54). La verdad es que el inventario que el ministro de Hacienda hizo el 19 de diciembre de las alhajas sustraídas "a la entrada de las tropas de la patria por orden del señor almirante Lord Cochrane" (121), revela una cantidad cuantiosa de preseas, todas ellas con preclara antigüedad en las respectivas iglesias locales, contándose la gran custodia de plata, oro, perlas y pedrería de Mancera, que suponemos es lo que Beauchef describe como "gran santo de oro adornado de piedras preciosas" (86). Pese a todas las pesquisas hechas en Santiago, dicha platería no fue nunca devuelta con el pretexto de suponerla perteneciente a la catedral de Concepción, adonde por lo demás tampoco se envió (212). El tesorero de Valdivia en su indicado informe precisaba que la sustracción había sido tal que ni siquiera habían



Carta original de Cochrane en la que sugiere la donación al Templo Votivo de Maipú de los ornamentos incautados en las iglesias de Valdivia. Al margen izquierdo, resolución de O'Higgins que aprueba la transferencia. Santiago, agosto 8 de 1820. Archivo Nacional, Santiago.

quedado cálices con que celebrar la misa. El gobernador Letelier, por su parte, en carta al ministro Rodríguez Aldea pedía el 17 de diciembre con urgencia la reposición de los objetos de culto depositados en poder de Guillermo Heseazon (sic), apoderado de Cochrane, y "ojalá lo demás que se llevaron los ingleses de esta plaza para cubrir de algún modo el déficit que por esta razón ha quedado en las iglesias y para adornar de algún modo las doce capillas que hay..., debiendo asegurar a V. S. que fue tal el destrozo y saqueo que se hizo en esta plaza al ingreso del Sr. Almirante, de plata, oro y alhajas y cuanto había del Estado y de algunos particulares, hasta no dejar cosa alguna...", que se estimaba su valor arriba de los 100.000 pesos (212).

No eran exagerados los datos: después de largas investigaciones, Cochrane informó en Santiago tener "un baúl de vestiduras sacerdotales que se tomaron en la casa de gobierno de Valdivia..., con un crucifijo, de todo lo que espero que se destine si fuese del agrado de S. E. el Director Supremo a la nueva iglesia de Maipú, donde servirán de recuerdo de la victoria y de la devoción de los defensores de la libertad columbiana (sic)". O'Higgins resolvió en 8 de agosto a favor del obsequio, que sería devuelto "si lo reclaman las iglesias a que pertenecen" (210).

Por otra parte consta que el lord se reservó parte de la platería a su cuenta personal: en carta a Beauchef, a la sazón en Valdivia, le encomendaba el 11 de julio que sus pertenencias particulares le fuesen cuidadosa-

mente guardadas; entre ellas cita "20.000 dólares y el cofre con la vajilla de la Iglesia" (26).

El saqueo de los templos, más que su valor en efectivo, significó el despojo de todo el patrimonio artístico del Valdivia virreinal; hasta en 1878 se recordaba el hecho en la prensa (160). Pero hubo más: la liquidación de los bienes mínimos necesarios para el consumo y normal subsistencia de la población y la ruina de los capitales y fortunas privados.

En carta de 29 de marzo el gobernador Gómez daba cuenta a O'Higgins de que, embarcados los efectos públicos en las naves de la escuadra, el almirante sólo le había enviado para crear un fondo fiscal: 12.000 mazos de tabaco, ocho barriles de azúcar, un poco de hierro y mil pesos en dinero, que frente a las urgentes necesidades desaparecieron en el plazo de una semana (220). En septiembre el gobernador clamaba inútilmente al ministro Joaquín de Echeverría la absoluta escasez de efectos (212).

Como era de esperarse, fueron incautados los bienes pertenecientes a familias realistas, muebles e inmuebles, incluidos fundos y chacras como las islas de San Francisco y La Mota, que salieron a remate (212). El despojo fue germen de malestar y descontento que culminaría con la sublevación de la tropa impaga y la imposición de odiosas contribuciones extraordinarias. Es necesario reconocer que desde este punto de vista en 1820 se inicia la ruina económica de la ciudad y la provincia, de la que no se sustraería hasta 1850, con el comienzo de la colonización alemana.

Todo lo dicho, sin embargo, es un aspecto del problema: Cochrane y los suyos se veían en cierta manera obligados a actuar como lo hicieron. La morosidad del gobierno en el pago de la escuadra determinó que muchas veces ésta se viese obligada a procurarse fondos por propia iniciativa. El almirante actuó como mejor pudo y la responsabilidad de este tercer saqueo debe imputarse no al lord, sino al gobierno del país, siempre indigente y agobiado bajo el peso de los compromisos económicos dependientes de la organización de la expedición libertadora del Perú.

28. *Las albricias de la victoria*

El domingo 6, Cochrane enviaba a Santiago los partes oficiales de la toma, y no disponiendo de un barco, los encargaba al patrón José María Villegas, el marinero Martín Canto y el capitán Fernando Vásquez, quienes en una piragua llegaron a Talcahuano el 14.[1] Desde este punto Freire despachó un propio a todo escape a Santiago, el cual cubrió la distancia en tres días, irrumpiendo allí en la mañana del 17; al mismo tiempo despachaba los originales por vía marítima, encomendándolos al mismo capitán Vásquez y los suyos, que arribaron a Valparaíso el 18. En esta ciudad la noticia provocó conmoción pública: la gente se precipitó a las calles gritando: "¡Viva Lord Cochrane! ¡Viva el héroe de Valdivia!" (203)

En Santiago las campanas de las iglesias fueron echadas al vuelo, mientras la artillería disparaba una salva general. En breves momentos se imprimió un número extraordinario de la *Gaceta Ministerial*, destinado a saciar la curiosidad de la ciudadanía, que corría de todas partes al palacio directorial a inquirir detalles, exteriorizando la alegría desbordante que produjo la nueva increíble. La prensa se hizo eco del acontecimiento comentándolo en ediciones sucesivas: *La Gaceta* del 19 dedicaba su edición íntegra a la toma, *El Telégrafo* daba la noticia el mismo 18 y el 25 dedicaba varias páginas a la hazaña; "a medida que pasa, con los días —decía—, el enajena-

[1]CFR. CM. 767.

miento que causó en nosotros la noticia de la toma de Valdivia y que entra la fría razón a calcular las consecuencias del suceso, lo encontramos más interesante. Que una plaza tan formidable como aquélla, defendida por fuertes y baterías que ninguna arma naval podía contener abiertamente con ellos, en donde había montadas 100 piezas de artillería y cuyos almacenes estaban provistos de una cantidad inmensa de pertrechos de guerra; que una plaza considerada como la llave del Pacífico y tenida por inexpugnable, haya sido tomada por un bergantín y una goleta con 320 hombres y sin más pérdida que la de 6 muertos y 18 heridos, es un suceso que hará época en la historia y que inmortalizará los nombres de Lord Cochrane y de los bravos que bajo sus órdenes intentaron aquella heroica e importante empresa" (83).

O'Higgins suscribió una ardorosa proclama a los habitantes de Valdivia que, impresa, voló a sus destinatarios a estimularlos a la unión: "Compatriotas —comenzaba—, al cabo de ocho años que la intriga de nuestros comunes enemigos os ha mantenido separados de nosotros. . . , un suceso afortunado os ha devuelto al dulce seno de la Patria. El me proporciona la ocasión de deciros y dirigiros la palabra para felicitaros a nombre de la nación chilena por tan apetecida unión. . . ¡Unión, ilustres valdivianos, con ella sólo nos basta para triunfar de todos los esfuerzos de la tiranía y para trasmitir a vuestros hijos la herencia más preciosa, la amable, la santa libertad!" (167)

La noticia corrió en un abrir y cerrar de ojos todo Chile y atravesó la cordillera con la fuerza de un rayo. En La Serena los habitantes se precipitaron a las calles avivando al almirante: "La plaza de Valdivia, inaccesible por la naturaleza, inconquistable por el arte —escribía su cabildo a O'Higgins—, hoy yace rendida a las armas de la patria y presenta un testimonio de terror a los tiranos y de asombro a las naciones" (199). En Buenos Aires, la hazaña había sido anunciada por O'Higgins a su agente Miguel Zañartu antes de consumada: "a la fecha —le había dicho el 1.º de febrero—, o ha acertado el golpe o ha sido rechazado. . . Si este suceso es favorable, concluyó la guerra del sur y con ella la esperanza de Pezuela de volver a pisar nuestro territorio" (14). *La Gaceta* de Buenos Aires difundía el 22 de marzo la noticia con todos sus pormenores, editando luego un fascículo especial (164).

The Times de Londres la publicó con amplios comentarios en su edición del 30 de mayo (148) y *El Censor Americano*, también de Londres, en julio, comentándola aún en octubre (36). En la corte inglesa se habían recibido cartas del propio lord fechadas el 10 de abril, con todos los detalles, que agentes particulares habían pormenorizado antes desde Chile. Cochrane, no sin cierta ironía, manifestaba su satisfacción por el Estado de Chile, cuyo gobierno acababa de obsequiarle 20.000 acres de tierra de alto valor. No estaba lejos el día en que Sir James Mackintosh exclamaría en la Cámara de los Comunes: "Lord Cochrane es milagro tal de habilidad náutica y valor, sus aventuras han sido tan románticas y sus hazañas tan espléndidas, que ningún inglés puede leer sin orgullo el que tales cosas hayan sido hechas por un compatriota y sin la solemne emoción de que tal talento y tal genio sean perdidos por la tierra que lo vio nacer" (28).

Por dura que fuese, la noticia no pudo permanecer ignorada en las esferas oficiales de los países aún unidos a España, ni por la misma corte de Madrid. El virrey Pezuela se enteró de ella por el bergantín *Palas*, llegado a Callao el 18 de marzo; el 17 de febrero, por la *Hauteloy*, ya había sabido los detalles de la primera incursión del lord sobre Valdivia (178). La confirmación de la toma lo llenó de indignación; los partes oficiales le llegaron el 16 de abril en la piragua *Victoria*, procedente de Chiloé; se añadían allí

VIVA LA PATRIA.

GAZETA MINISTERIAL

EXTRAORDINARIA

DE CHILE N. 2.

SANTIAGO JUEVES 17 DE FEBRERO DE 1820.

TOMA DE VALDIVIA.

El Gobierno acaba de recibir noticias oficiales de la toma de la interesante plaza de Valdivia por el Almirante de la Escuadra Nacional, Lord Cochrane. Para satisfacer inmediatamente la curiosidad del público, nos apresuramos á insertar aquí el parte original del Gobernador Intendente de Concepcion, Coronel D. Ramon Freire, y un extracto de la carta que dirije á este el Almirante, interin llega el parte detallado, que viene por mar.

El exito feliz de una empresa tan brillante ensalza sobre manera el nombre de nuestro ilustre Almirante y de sus bravos y dignos compañeros, sobre todo si se considera la dificultad que presentaban las fortificaciones de Valdivia, tenida hasta ahora por inexpugnable, y lo inaderuado de los medios con que se emprendió tan heroica como importante conquista.

Excmo. Señor.

Sin embargo de que por mar recibirá V. E las comunicaciones del señor Almirante Lord Cochrane, sobre la toma de la importante Plaza de Valdivia, tengo el honor de acompañar á V. E. la carta particular que he recibido en este momento. El Capitan del puerto D. Fernando Vazquez se dirige á Valparaiso en una piragua conduciendo dicha correspondencia.

Mañana mismo voy á marchar para Arauco con una fuerte division, cuyo movimiento estaba paralizado por falta de víveres.

El Coronel Alcazar se halla desde el dia 10 á la otra parte del Bio-bio en persecucion de Bocardo y demás, que se abrigan frente de la Plaza de San Cárlos y Santa Bárbara. Está de acuerdo con los indios del Baltamapu de Angol, que no hay duda proceden de buena fe. La division que tiene á su mando se compone de seiscientos caballos y cuatrocientos infantes con cuatro piezas de artillería. Estoy esperando por momentos el resultado, que no dudo sea en todo mui favorable.

Los Pehuenches de Antuco han traido á la Plaza de los Angeles dos niños de los que tomaron cau-

Primera página de la Gaceta Ministerial *Extraordinaria publicada en Santiago el mismo día de recibirse la noticia de la toma de Valdivia. Biblioteca Nacional, Santiago.*

datos complementarios de los demás descalabros que como sino fatal acompañaron al ejército de Valdivia en su retirada al sur. Los referentes a la pérdida de la ciudad los supo por un marinero gallego apresado en el *Potrillo* y asistente a la toma, fugado enseguida a Callao en el *Palas*, donde prestó declaración ante el brigadier José Pascual de Vivero.

Pezuela escribió la noticia a la corte primero el 27 de marzo, al ministro de Guerra, por conducto del señor Hore, en la goleta *Mercedes*, que zarpó de Callao vía Panamá al día siguiente (178); por la *Javiera*, salida el 22 de abril, en un extenso oficio, dio el parte detallado de los sucesos.

Aunque tildó la pérdida como ignominiosa e indecente, y las justificaciones del gobernador Montoya, completamente insatisfactorias, al inser-

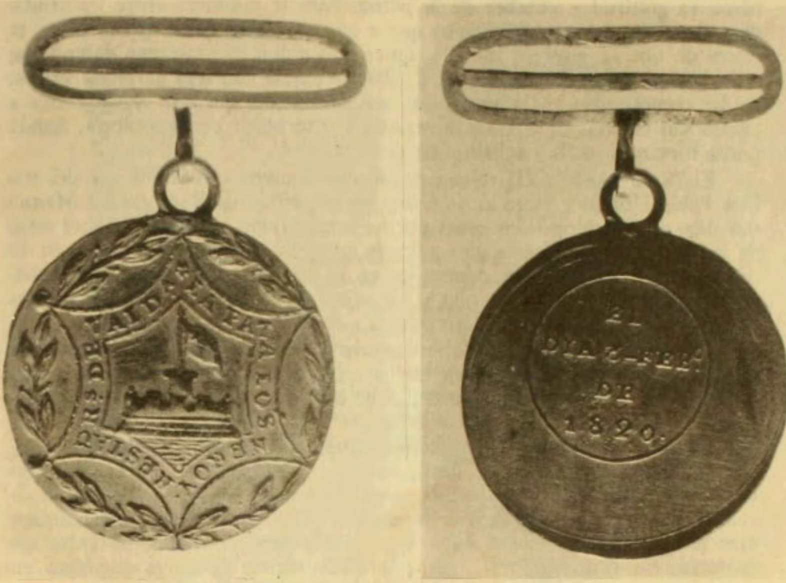
tar la noticia en *La Gaceta*, de Lima, juzgó prudente disminuir las proporciones del desastre en términos que indignaron a la prensa chilena.

Si la noticia había producido gran euforia, el regreso del lord provocaría verdadero delirio: una carta fechada en Valparaíso el 22 de febrero y publicada en Londres en mayo, describe la expectación con que en el Puerto se aguardaba hora por hora la llegada del almirante. Finalmente lo hizo en la *Moctezuma* a las 10 de la mañana del 6 de marzo: el gobernador local, Luis de la Cruz y Goyeneche, despachó a escape un propio a Santiago comunicándolo. "Considerando que el señor almirante se demorará en escribir con motivo de los cumplimientos a que se ve obligado con los que lo felicitan —expresaba—, por no retardar esta plausible noticia, adelanto este expreso y que tenga S. E. por él con anticipo el parte." (210)

Cochrane se ha extendido latamente en sus *Memorias* sobre las contradictorias relaciones que la toma de Valdivia produjo en sus émulos, concretamente en el propio Zenteno, que calificó la hazaña de locura, queriendo discutir en el Consejo de Estado si se debía o no someterlo a consejo de guerra "por haber detenido y dado otra dirección a las fuerzas navales de Chile al ir a tomar Valdivia ¡sin órdenes del gobierno!" (54) Lo cierto es que con fecha 22 de febrero le cursó la más elogiosa gratulación: "si los triunfos contra el enemigo deben graduarse según la más o menos resistencia que éste opone —decía en ella—, el que V. S. ha adquirido sobre Valdivia... es inconmensurable..., la memoria de este glorioso día ocupará las primeras páginas en los fastos de la nación chilena y el nombre de V. S., trasmitiéndose de generación en generación, permanecerá indeleble en nuestra gratitud y en la de nuestros descendientes" (54).

Pero el ánimo del gobierno era llegar más allá de las declaraciones declamatorias y agraciar a los héroes con los premios extraordinarios a que su mérito los había hecho acreedores. El Senado con fecha 8 de abril cursó al Director un encomioso mensaje en el cual, junto con prever un obsequio personal al almirante, se proponía a los oficiales premio con ascensos. Por decreto del 1.º de marzo, se acordó además acuñar una medalla conmemorativa; el 4 de julio, O'Higgins remitió el diseño que ordenaba la confección de cinco de oro y diez de plata, ampliadas luego a veintitrés a fin de satisfacer el mérito de varios subalternos; al contratista Santiago Heit se le encomendó además la composición de 300 escudos de forma elíptica orlados de palma y laurel, para los soldados (208). La medalla exhibía en el anverso el castillo del escudo de la ciudad coronado con la bandera chilena, inscrito en un hexágono curvilíneo con la leyenda "La Patria a los heroicos restauradores de Valdivia", y en el reverso, dentro de un círculo, la frase: "El día 3 de febrero de 1820". Junto con el decreto anterior se adjudicaba a Cochrane una hacienda en Concepción, propiedad que ambicionaba desde hacía tiempo.

Efectivamente, antes de la toma, al comunicar a O'Higgins su proyecto, el 28 de enero, le había insinuado sus deseos de comprarla, pedía el avalúo de las estancias confiscadas en Concepción o Talcahuano, se inclinaba por alguna en que aquél fuese de unos treinta mil pesos y hacía ver que con el golpe sobre Valdivia cuadruplicaría su valor (237). El Senado, entendiendo a las claras la indirecta, decretó el 8 de abril: "la adquisición de la importante plaza de Valdivia es debida al genio valeroso y emprendedor del vicealmirante Lord Cochrane... Los servicios que le ha prestado desde que se le confió el mando de su Armada y que ha sellado tomando aquellas fortalezas inexpugnables que hacían la admiración del orbe entero, son poderosos motivos que han excitado en V. E. y al Senado a manifestar a este



Condecoración acordada a los héroes de la toma de Valdivia. Colección José Luis Larraín García Huidobro, Santiago.

EL DIRECTOR SUPREMO

DE LA REPÚBLICA

DE CHILE

Atendiendo á los meritos y servicios del [illegible] Pedro Alemparte, [illegible] concediéndole las gracias excepciones y prerrogativas que por este titulo le corresponden Por tanto, ordeno le hayan y reconozcan por tal [illegible], para lo que le hice expedir el presente despacho, firmado de mi mano, signado con el sello de Gobierno, y refrendado por mi Secretario de Estado, y del Despacho de [illegible] del que se tomará razon en el Tribunal mayor de cuentas y caxas generales del Estado.

[illegible]

Bernardo O'Higgins

[illegible]

Despacho original de O'Higgins a don Pedro Alemparte, confiriéndole el grado de capitán en premio a su actuación en la toma de Valdivia. Archivo Nacional, San-

héroe su gratitud a nombre de la patria. Esta le enumera entre los ciudadanos con los mismos privilegios que a sus naturales, pero quiere tener la gloria de que se arraigue en ella quien abandonó la suya por defenderla; en su virtud y de acuerdo con V. E. se le obsequia con una hacienda valiosa de las secuestradas en la provincia de Concepción que no baje de tres a cuatro mil cuadras de tierra con regadío y susceptible de agricultura, donde pueda fundar la suerte y subsistencia de su familia. . ."[1]

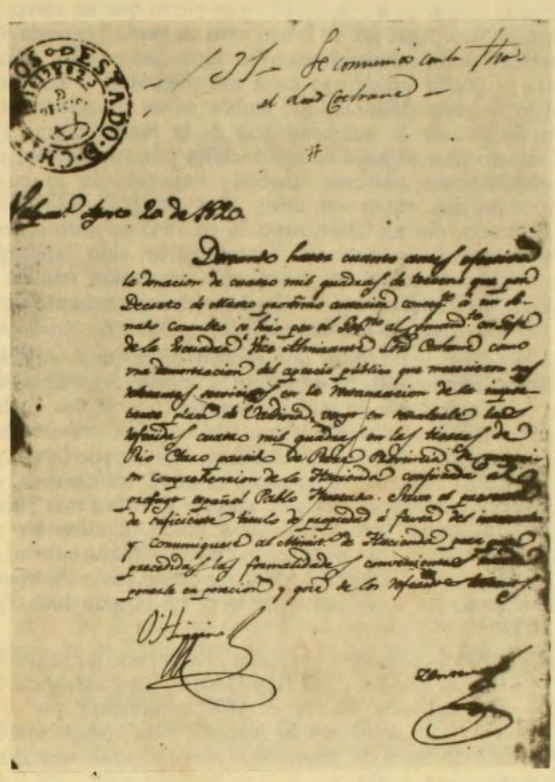
El 20 de agosto, O'Higgins rubricó otro decreto cediéndole la del realista Pablo Hurtado, junto al río Claro, en el partido de Rere; en sus *Memorias* dice que la rehusó dos veces por no juzgar honroso aceptarla si el resto de la oficialidad de la escuadra padecía penurias económicas y no se le remuneraban sus derechos contraídos en la acción. El problema de la hacienda se enredaba así más allá y empalmaba nuevamente con las deudas del gobierno a la escuadra, eterno motivo de molestias.

La explicación del verdadero saqueo perpetrado por las fuerzas de Cochrane no debe buscarse, por cierto, en una especie de represalia contra un lugar que desde ese momento pasaba a reincorporarse como parte integrante de Chile. El objeto del despojo, como adelantamos, no era otro que obtener la mayor cantidad de efectos prorrateables con los cuales poder saciar las angustias económicas de la escuadra. Su almirante partía para ello del siguiente principio: Valdivia era una plaza española capturada por la escuadra chilena; según la legislación inglesa debía avaluarse como cualquier especie comerciable y distribuir el equivalente proporcionalmente entre sus captores. Tal principio, válido para el apresamiento de naves enemigas en un régimen de corso, no fue aceptado por el gobierno, que lo primero que hizo fue declarar que Valdivia siempre había formado parte de Chile, y que la acción del lord —que reconocía y encomiaba— no era otra cosa que una restauración; la redacción de la leyenda de la medalla no era así un detalle banal, sino la voluntad del gobierno de afirmarse en un principio del cual dependía el destino de los cuantiosos bienes incautados. Cochrane aducía a su favor el reciente caso "de las plazas tomadas en la Península, de los franceses: no pudiendo avaluar el parlamento de la Inglaterra, mandó pagar a los captores un millón de libras esterlinas y del mismo modo se ha efectuado siempre si las plazas tomadas han pertenecido anteriormente o no a la nación inglesa. . ." (210).

No queriendo Cochrane permitir que los efectos traídos en la *Dolores* fuesen desembarcados si no fuere para recompensas, un artículo de Monteagudo, aparecido en *El Censor de la Revolución* el 20 de mayo, expresaba: "es difícil persuadirse de que su señoría desconozca que todas las propiedades existentes en Valdivia al tiempo de su restauración pertenecen al Estado de Chile, como las demás que se encuentran en las provincias que actualmente integran el Estado, sin más diferencia que la de la antelación con que fueron restituidas al ejercicio de su libertad. Aun cuando Valdivia —añadía— no perteneciese al Estado de Chile, nosotros no hacemos la guerra a ninguna nación americana, sino a los españoles que mantienen allí su dominación; éstos son los principios que han regulado siempre la conducta de nuestros ejércitos: todo lo que se considera como propiedad pública ha sido respetado como adyacente al mismo país y sólo se han sujetado al derecho de guerra las propiedades exclusivamente españolas" (152).

Al ver que los dineros acumulados se le escapaban de las manos, el almirante juzgó llegado el momento de renunciar a su cargo, lo que verificó

[1] *CFR. MM. 2,130.*



Carta original de O'Higgins y Zenteno a Cochrane, Valparaíso, agosto 20 de 1820, en la que le obsequiaban una hacienda en Río Claro, en premio por la toma de Valdivia. Archivo Nacional, Santiago.

el día 14. Tal determinación no había sido prevista e intimidó al gobierno, que por intermedio de O'Higgins y San Martín cursó cartas satisfactorias en las que prometían recompensas. Sólo entonces el lord aceptó la ofrecida hacienda, a la que no iba, a pesar de todo, aún en 1822 (114). El 13 de julio se entregaron a la escuadra considerables sumas adeudadas que, si no satisficieron todas sus exigencias, paliaron las urgencias del momento. La parte que a él correspondía por la toma de Valdivia graduábala en 67.000 pesos (54), que por cierto no se le abonaron. En 1845 continuábala cobrando desde Inglaterra, aunque rebajada a 50.000 (53).

En realidad, el gobierno no mentía al estimar que la jornada sobre Valdivia era una restauración, pues aparte del hecho geográfico debía recordarse que la revolución patriota del 1.º de noviembre de 1811 había ya derrocado una vez el gobierno real. Cochrane por su parte tenía razón al reclamar, aunque su insistencia fuese majadera y su figura, a juicio de varios historiadores, ensombrecida por una avidez rayana en la avaricia (14, 27, 238). Esto ya sucedía en su misma época, pero un observador imparcial, el sueco

C. E. Bladh, decía: "se le acusa de egoísta y es cierto que en varias ocasiones arbitrariamente se hizo pagar por su labor, pero en verdad conocía demasiado bien la naturaleza de la administración en estos países para poder actuar de otra manera, si quería cumplir su tarea con seguridad y con fuerza: su sueldo nunca le fue cancelado aunque ambos países mencionados (Perú y Chile) deben agradecerle la independencia de la madre tierra. Tenía que procurarse el dinero para el pago de sus oficiales y la tripulación, ya que en otro caso probablemente hubieran quedado impagos, de lo cual no faltan ejemplos en los dos países en estos años aciagos" (23). Alexander Caldcleugh, su procurador en Chile, exponía en 1843 lo mismo, recordando que las sumas apropiadas a veces a la fuerza habían sido "aplicadas inmediatamente a satisfacer sueldos atrasados cuya suspensión reducía con mucha frecuencia a la escuadra a un estado de motín gravemente embarazoso para el jefe y la causa que defendía" (64).

No debe olvidarse por último que el lord debía jugar el más ingrato papel como intermediario entre el gobierno a quien representaba por su mismo cargo y las exigencias de los marinos, muchos de los cuales, en su mayoría compatriotas suyos, presionaban con excesiva sensibilidad cuando se trataba de remuneraciones. Es una misma inglesa, por lo demás, quien descifra este problema en toda su crudeza cuando, refiriéndose a algunos oficiales británicos de la Marina chilena, observa que "en una palabra, sólo puedo considerarlos como aventureros cuyo único objetivo ha sido acumular fortuna en estas ricas provincias, sin tener la filantropía ni las caballerosas finalidades que han acompañado a las expectativas de ventajas personales de muchos de sus compañeros de labor en la gran lucha por la independencia" (114).

El enojoso problema sólo vino a saldarse al enterarse los veinticinco años de la toma de Valdivia: por ley de la República se hizo entrega a Cochrane de 6.000 libras esterlinas, acordándose en 1857 considerarle por el resto de sus días como en servicio activo en la Armada, abonándole sueldo correspondiente aun viviendo fuera del territorio y obsequiándole una medalla por el valor de seis mil pesos (157).

VI Significado

29. *Para América*

La principal consecuencia de la toma no habría de ser de carácter local, ni siquiera nacional, sino desbordaría los límites del país gravitando en el destino de la independencia de América, en cuanto ésta dependía de las posibilidades de permanencia del virreinato del Perú, baluarte del poder real.

La toma de Valdivia fue en su momento la palanca que se necesitaba para accionar la expedición libertadora, "puso al general San Martín —dice Miller— en el caso de poder dirigir toda su atención a libertar al Perú" (145); esto fue su principal fruto, según solemne declaración de Cochrane a los 25 años de consumada, con la perspectiva del hecho cumplido (53). Con la heroica hazaña aquella empresa recibió la mejor inyección de energía; su porvenir incierto trocábase en certeza de triunfo; todo Chile se embarcaría en aquella gigantesca empresa, enarbolando el triunfo de Valdivia como divisa (118). Así lo expresó Zenteno en su memorable proclama al despedir las 38 naves, el 20 de agosto de 1820; al grito de "¡Recordad que habéis vencido en Valdivia! . . ." abordaría Cochrane a la *Esmeralda* en la rada del Callao el 5 de noviembre de ese año (218).

En realidad la conexión entre la ocupación del puerto y la invasión del Perú vino a dirimir en 1820 la vieja teoría española que desde principios del siglo XVII había visto en el antemural del Pacífico la clave de la estabilidad continental.

En un plano más vasto rubricaba en relación al Pacífico el papel geopolítico de Chile en el cuadro de las naciones de la costa occidental de América (241), presentido, después de las citadas autoridades peninsulares, por el propio San Martín, para quien ya en 1814 era necesario abandonar las campañas de las sierras al norte de Argentina, pasar un ejército de Mendoza a Chile acabar aquí con los españoles, aliar las fuerzas y pasar "por el mar a tomar Lima" (25), o para Bolívar, que, desesperado en 1825 por la postergada recuperación de Chiloé, pensaría verificarla por su cuenta, antes que una escuadra española hiciese suya la oportunidad (232).

30. *Para Chile*

Según Cochrane, la anexión de Valdivia "granjeó de un golpe a Chile completa independencia", ahorrándole el costoso ejército que hubiese demandado su ocupación y quitando a España su principal puerto de llegada y de sostenimiento en la lucha de La Frontera. "El dinero solo que representaba esta conquista —agregaba Cochrane— era, para un gobierno de tan limitados recursos, de la mayor importancia, pues le eximía de la necesidad de consagrar a operaciones militares desembolsos que jueces competentes computaban en un millón de pesos, para llevar únicamente a cabo la ejecu-

ción de un proyecto que yo, sin gasto adicional alguno, había realizado con un solo buque (sic)." (54)

Aunque el lord atribuyó a la toma la contratación del empréstito que Chile gestionaba en Inglaterra, como lo ha señalado Vicuña Mackenna, esta relación no es exacta, pues dicha ayuda se obtuvo dos años después (237); las consecuencias económicas en relación a Inglaterra fueron de otra índole y derivaron de la propaganda que los ingleses residentes en el país hicieron de la hazaña. M' Neile, Price & Co., en carta dirigida a *The Times* de Londres desde Santiago el 18 de febrero y publicada en la edición del 30 de mayo, indicaba ser la victoria un acicate para el fomento del comercio con Chile. "Consideramos que la captura de la poderosa fortaleza de Valdivia —decía—, es de tal consecuencia para aquellos que se desempeñan en el comercio de Chile que nos apresuramos a comunicárselo..., el estado general de los asuntos de Chile ha tomado un aspecto floreciente..." (148).

El efecto psicológico buscado por Cochrane surtió en el gran público el deseado impacto; la ola de confianza que produjo la nueva no sólo borró malos recuerdos, sino que se expresaría en las más generosas esperanzas. "La memoria de este glorioso día —expresaría Zenteno al lord— ocupará las primeras páginas en los fastos de la nación chilena." (54) Según Beauchef, la hazaña "podía anunciar la pérdida del nuevo mundo a los españoles" (86); Juan Egaña la calificaría, junto con la expedición libertadora, como la más extraordinaria realización que el país podía mostrar a la admiración de América (71).

Así lo interpretaría la historiografía chilena: para Vicuña Mackenna sería "uno de los acontecimientos memorables de nuestra historia, porque no sólo fue un hecho de armas tan atrevido como feliz, sino más que eso, un hecho de genio... (237) Pocas hazañas de igual bravura y de tan decisiva fortuna registran los fastos militares de la América española" (238). Para tácticos como el almirante García Castelblanco sería "la más sabia combinación estratégica" (95); Gonzalo Bulnes la llama "memorable acción de guerra en que se reveló por completo el alma y la inteligencia del lord, la grandeza de su concepción, la previsión de los detalles y la destreza de la ejecución..., un hecho inmenso en sí mismo..., una etapa de la historia americana..." (27) Encina la calificará como "la operación de guerra más sorprendente y más afortunada de cuantas registra la historia militar de América" (73).

31. *Para Cochrane*

"Creemos que con ser tantas las que hizo, ésta fue la más hermosa de sus hazañas." (205)

Este juicio del general Téllez nos lleva a un necesario sondeo sobre lo que el suceso debió significar para Cochrane mismo.

El almirante había buscado afanosamente la gloria a lo largo de toda su carrera naval; un sonado triunfo lo había iniciado en ella, allá lejos en Europa, al servicio de su país, que era pródigo en notables marinos. La rueda esquiva de la fortuna lo había hecho pasar después por amargas pruebas en las que su honor de marino, de inglés y de lord había sido arrollado. Necesitaba vindicarse y en cierta manera el resto de su vida sería una ávida búsqueda de triunfos resonantes. Nada le exasperaba más que los hombres que se atravesaban en su camino con el propósito de impedírselo. Audaz y enérgico, con cualidades brillantes y también con defectos, el compromiso contraído con el gobierno de un minúsculo Estado de América del

AL PRESIDENTE Y GOBIERNO

DE LA

REPÚBLICA DE CHILE,

EL VICE-ALMIRANTE

THOMAS LORD COCHRANE,

CONDE DE DUNDONALD,

OFRECE RESPETOSAMENTE ESTE

MEMORIAL.

3 de Febrero, de 1845.

EL VIGESIMO-QUINTO ANIVERSARIO DE LA TOMA DE VALDIVIA.

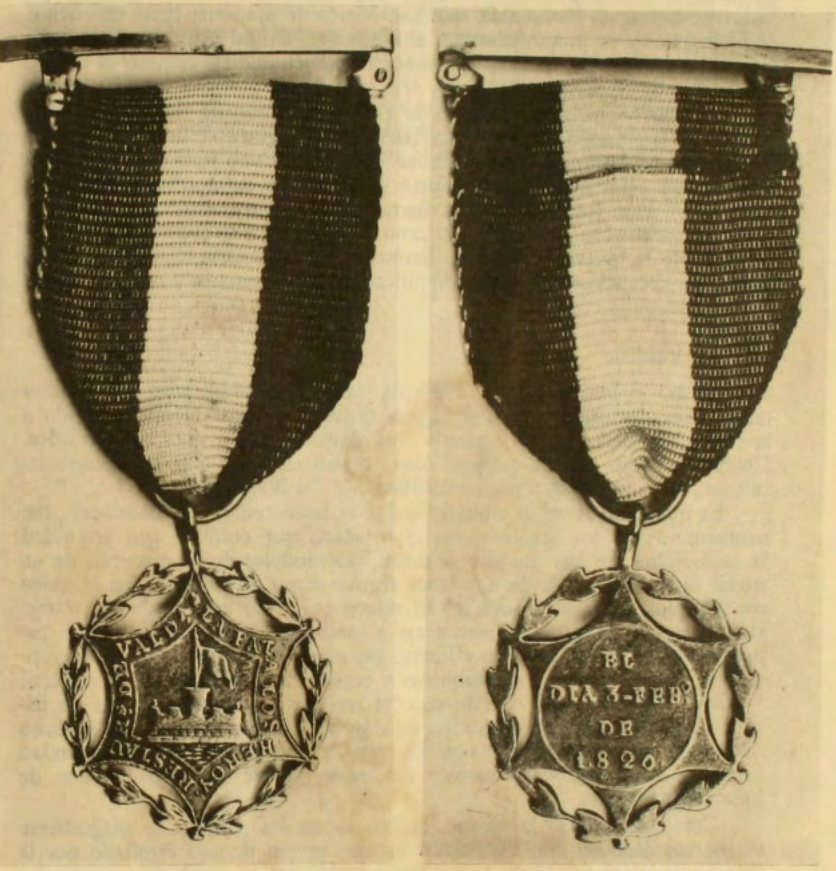
Memorial publicado en Londres por Lord Cochrane al conmemorarse los 25 años de la toma de Valdivia. Colección Alamiro de Avila Martel, Santiago.

Sur, allá en 1818, le había abierto las compuertas de lejanos mares que debían permitirle recuperar el honor perdido.

En el balance general de su acción al servicio de Chile, contabilizaría con amargura los antagonismos que lo separaron de algunas grandes personalidades de nuestra emancipación: las desavenencias con San Martín, Zenteno y otros personajes llegarían a momentos culminantes cuya única salida debía ser la ruptura violenta. Su actuación en el Perú se vería enzarzada por las interferencias del Protector y si en Brasil sus actuaciones posteriores registraron grandes victorias en las que se veían comprometidos increíble número de barcos, parece que ninguna de ellas satisfizo tan íntimamente sus ansias de gloria como aquella que en un día de febrero de 1820 haría de portada a todas las demás. Es que para Cochrane no contaba tanto la cantidad de las fuerzas comprometidas en las batallas cuanto la calidad. Le fascinaba el triunfo de la inteligencia, la serenidad y la prevención; en el caso de Valdivia guardó sus recuerdos con la pasión de los primeros amores, y el 3 de febrero de 1845, al cumplirse las bodas de plata, Lord del Almirantazgo y reintegrado en su patria a todos los honores, dio a luz un largo memorial dirigido al gobierno de Chile, en el que sintetizaba las consecuencias del suceso (53).

Es que al declinar de sus días debió hacérsele más sensible la dimensión de aquel triunfo en que solitario, dueño por completo de la situación, sin inoportunas interferencias, sólo con el entusiasmo de un puñado de valientes, había de colmar sus anhelos de gloria en la majestad de un hermo-

Lord Cochrane anciano. Grabado de Joseph Brown, publicado por R. Bentley and Son, Londres, 1872. Propiedad de Alamiro de Avila Martel. Santiago.



Condecoración especial por la toma de Valdivia obsequiada a Lord Cochrane en 1822 por la Ilustre Municipalidad de esa ciudad. Propiedad del Museo de la Universidad Austral.

so escenario, en la antípoda del mundo, en el solemne silencio del más grande de los océanos.

El gobierno de Chile comprendió el significado de esta acción; y cuando nueve meses después sorprendía a todos con la noticia de la captura audaz de la fragata *Esmeralda*, que San Martín le proponía fuese en adelante llamada con su propio nombre, el almirante, dando expresión a sus más íntimos sentimientos, rechazó tal honor imponiéndole en cambio el para sí inolvidable de *Valdivia* (236).

"Las dos victorias mayores de la guerra, la conquista de Valdivia y la captura de la *Esmeralda* —ha escrito uno de sus biógrafos—, llevaban su nombre a través del mundo en alas de la fama. El mismo había de reconocer después que estas dos hazañas habían sido las más extraordinarias de toda su carrera." Don José María de la Barra cuenta el entusiasmo con que el almirante Codrington, antiguo subalterno de Cochrane, le escucharía en 1833 el relato de la toma; "hechos tan heroicos —testimoniaría el ilustre discípulo en una recepción en París— dignifican la raza humana y son su honra" (28).

32. *Para Valdivia*

Si para el lord la toma, objeto de nuestro estudio, tuvo tan íntimas resonancias, correlativamente su figura quedaría inseparablemente unida a la ciudad en cuya historia figuraría con idéntico brillo que su fundador. Cochrane, según esas simplificaciones populares, más que racionales, intuitivas, sería por antonomasia sencillamente "el libertador" (119).

Es que además en la ciudad Cochrane lució todas sus cualidades: fue magnánimo con los vencidos, fue el estadista que contuvo con serenidad la indisciplina de sus propios soldados, elevándolos de la categoría de un tropel desmandado a la de una tropa regular digna de ejemplo; fue él quien con su autoridad institucionalizó el nuevo gobierno, arbitrando las primeras normas militares, administrativas y políticas. Fue el diplomático caballeresco que como patriota y liberal ganaría con un par de gestos significativos a los demasiado monárquicos y orgullosos habitantes de la señorial Valdivia. Delicadamente atento con los realistas y mucho más con las damas, su pasada dejó un murmullo de admiración, logrando en un mínimo de tiempo un máximo de frutos. El recibimiento que le tributó la ciudad revestiría caracteres de apoteosis y los recuerdos de su actuación los de imborrable leyenda.

Cochrane admiró la ciudad, la belleza de sus paisajes, la magnificencia de sus defensas con dedicación notable en un marino arrollado por la rapidez de la acción. "Este es un país muy hermoso —escribiría a O'Higgins el 10 de febrero de 1820— y digno de más atención que la que se le ha prestado... No he visto otra parte de Sudamérica que me dé la impresión de ser en un tiempo futuro la cuna de la agricultura, del comercio y de las artes. El clima es templado y delicioso y si el país fuera despejado de bosques, el calor de la tierra disiparía la humedad, previniendo la caída de chubascos de los que la gente parece quejarse; la temperatura desde luego es mejor que la de Inglaterra..." (41 bis)

En sus dilecciones sería correspondido. "V. E. puede estar muy cierto —le escribía el gobernador Gómez, días después de la acción— que esta provincia de Valdivia es y será en lo sucesivo la más fiel y reconocida de V. E. por la libertad que le ha dado." (211) La ciudad estaría para siempre consciente de ser entre todas las de Chile la más unida al nombre del lord, puesto que si todos los puntos del territorio conocieron un día ese tránsito

histórico desde la independencia de la madre patria a la emancipación, en Valdivia se habría de dar eso y algo más: una batalla brillante de grandes consecuencias, fuera de la vindicación del honor de un gran hombre.

Sus célebres fortalezas, raíz y origen de su fama, debían tener un final correspondiente a su principio. Si sus cimientos los había echado en 1645 un grande de España, el más importante personaje que pisara tierra de Chile durante todo el período virreinal, la última bandera debía clavarla un lord, par de Escocia y almirante de la Flota británica, el más ilustre personaje que pisara tierra de Chile, sirviéndolo, en el siglo XIX. Privilegio verdaderamente único que en su tiempo ya encendería de orgullo hasta a los mismos vencidos, que en los tiempos venideros sería conmemorado como un singular don.

Fuentes

1. Acevedo, Joaquín de: *Razón de la oficialidad, tripulación y tropas de la fragata* O'Higgins. Ms. 1819. CM. 762.

2. Aguada del Inglés, Fuerte de la: *Antonio Duce, pidiendo presidiarios para la construcción de sus defensas.* Ms. 1780. CG. 863.

3. Aguada del Inglés, Fuerte de la: *Lista de los individuos que han trabajado en las obras de S. M. de esta Plaza en la Batería que se construye en La Aguada del Inglés.* Ms. 1781. CM. 4713.

4. Alemparte, Pedro Antonio: *Expediente de Montepío a favor de su viuda Doña Emilia de la Lastra.* Ms. 1867. M. 28, 520.

5. Alemparte, Pedro Antonio: *Expediente de Montepío a favor de su madre Doña Mariana Vial.* Ms. 1828. M. 2, 44.

5 bis. Alvarez, José Antonio: *Carta al Director Supremo D. Bernardo O'Higgins, presentándole al portador, Lord Tomás A. Cochrane.* Londres, agosto 5 de 1818. AN. Comunicaciones Exterior 1817-1825.

6. Alvarez de Acevedo, Tomás: *Carta al Virrey D. Agustín de Jáuregui sobre la constitución actual del Reino de Chile y el intento británico de batir con su escuadra la Plaza de Valdivia.* Ms. 1780. AGI. Chile, 436.

7. Anrique R., Nicolás: *Bibliografía Marítima Chilena* (1840-1894). Santiago, 1894.

8. Armada Nacional: *Cuaderno que manifiesta la toma de razón de todos los individuos de la Armada Nacional con sus respectivas anotaciones.* Ms. 1816. AO.

9. Armada Nacional: Escalafón de Marina. Ms. (Archivo Nacional).

10. Avilés, Marqués de: *Plan de defensa de las costas del Perú proporcionado a lo despoblado de ellas y escasez de tropas y otras varias circunstancias actuales.* Ms. 1790. CM. 107.

11. Avilés, Marqués de: *Carta a Azanza acusando recibo de la R. O. de 18 de febrero de 1796 con el dictamen de una Junta de Generales sobre fortificación y defensa de los puertos de Chile y Perú.* Ms. 1796. AGI. Chile 200.

12. Barra, José María de la: *Diario de un viaje a Europa. 1828-1835.* RChHyG 110, 217 sq.

13. Barrere, Bernardo María: *Compendio histórico de la Revolución de Chile.* 1823. En Amunátegui, Domingo: *Nacimiento de la República de Chile.* Santiago, 1930.

14. Barros Arana, Diego: *Historia General de Chile.* T. XII. Santiago, 1892.

15. Barros Arana, Diego: *Las grandes estafas en la Bolsa de Londres. El caso de Lord Cochrane.* RChHyG. 66, 123 sq.

16. Batallón de Valdivia: *Razón de los individuos del Batallón de Valdivia que tienen asignaciones señaladas a sus familias y son pagadas por el habilitado.* Ms. 1820. G. 100.

17. Beauchef, Jorge: *Parte sobre la toma y asalto de la Plaza de Valdivia, dirigido al Almirante Lord Cochrane. Castillo del Corral, febrero 4 de 1820.* En Feliú Cruz, Guillermo: Memorias militares. . . , p. 304.

18. Beauchef, Jorge: *Parte sobre la campaña a los Llanos hasta Osorno, Osorno, febrero 26 de 1820. Al Vice Almirante Lord Cochrane.* En Feliú Cruz, Guillermo: *Memorias militares.* . . , p. 309.

19. Beauchef, Jorge: *Parte sobre la batalla del Toro. Osorno, marzo 10 de 1820. Dirigido al Gobernador de la Plaza de Valdivia.* En Feliú Cruz, Guillermo: *Memorias militares.* . . , p. 311.

20. Beauchef, Jorge: *Documentos relativos al Coronel D. Jorge Beauchef.* Ms. V. 127.

21. Benavente, J.: *Memoria sobre las primeras campañas en la guerra de la Independencia de Chile.* AUCh. 2, 122 sq.

22. Benavides, Vicente: *Cuenta de gastos de los caciques fieles enviados a Valdivia por el Comandante de las fuerzas de S. M. en La Frontera.* Ms. 1819. CM. 3679.

23. Bladh, C. E.: *La República de Chile.* RChHyG. 116, 238 sq.

24. Bonet, Juan Bautista: *Plan de defensa de las costas del Mar del Sur.* Ms. 1769. VG. 11.

25. Braun Menéndez, Armando: *San Martín y la Expedición Libertadora del Perú.* En *San Martín y el Mar.* Buenos Aires, 1962, 25 sq.

26. *Britain and the Independence of Latin American 1812-1830.* Oxford, 1938. 2 Vols.

27. Bulnes, Gonzalo: *Historia de la Expedición Libertadora del Perú. (1817-1822).* Santiago, 1887-1888. 2 Vols.

28. Bunster, Enrique: *Lord Cochrane.* Santiago 1966.

29. Carranza, Adolfo P.: *San Martín.* Buenos Aires, 1905.

30. Carvallo, Juan Nepomuceno: *Discurso de D. Juan Nepomuceno Carvallo, Comandante del Regimiento Valdivia, después de la toma de Rancagua, con motivo de la bendición de sus banderas.* En *La Gaceta de Gobierno.* Santiago, 16 de noviembre 1815.

31. Carvallo Pinuer, Juan Nepomuceno: *El Comandante y cuerpo de oficiales del Batallón Veterano de Valdivia pidiendo, en reconocimiento del heroico papel que le cupo en la revolución del Reino, el siguiente jeroglífico por lema.* . . Ms. 1815. GM. 17.

32. Carvallo Goyeneche, Vicente: *Descripción histórico-geográfica del Reino de Chile.* En CHdCh. VIII. Santiago, 1876.

33. Carvallo, José María: *Expediente de Montepío de su viuda María del Carmen Troncoso.* Ms. 1828. M. 2, 45.

34. Castejón, Pedro de: *Informe sobre el plan de defensa del Mar del Sur.* Ms. 1769. VG. 11.

35. Catedral de Valdivia, Archivo de la: *Libros I y II de matrimonios de españoles.* Ms.

36. Censor Americano (El): *Noticias de Chile.* T. I., N.º 1, Londres, 1820.

37. Cermeño, Juan Martín: *Dictamen sobre las obras de fortificación del puerto de Valdivia.* Ms. 1767. AGI. Indiferente General 1532.

38. Céspedes del Castillo, Guillermo: *La defensa militar del Istmo de Panamá a fines del siglo XVII y comienzos del XVIII.* En AEA, IX, 235 sq.

39. Clarke, Juan: *Expediente formado a instancia del Gobernador de la Plaza de Valdivia sobre que se le manden 500 fusiles y demás pertrechos de guerra para la defensa de aquel puerto.* Ms. 1805. CG. 824.

40. Cochrane, Douglas: *Thomas Cochrane 10.º Conde de Dundonald.* En AUCh 121-122.

41. Cochrane, Juana: *Compra de ciertos bienes por su marido Roberto Forster según poder ante Crisóstomo de los Alamos.* Ms. 1831. Notarial de Valparaíso 38.

41 bis. Cochrane, Lord: *Carta al Director Supremo D. Bernardo O'Higgins sobre su propósito de tomar por asalto las fortalezas de Valdivia.* Valdivia, a 20 de enero de 1820. AO. Tomo en preparación.

42. Cochrane, Lord: *Parte del Vice Almirante de la escuadra al Ministro de Guerra y Marina José Ignacio Zenteno sobre las actividades de la escuadra. Callao, 17 de marzo,* 1819. En *Gaceta Ministerial* Extraordinaria de Chile, N.º 1. Santiago, 10 de julio de 1819.

43. Cochrane, Lord: *Parte del Vice Almirante Lord Cochrane sobre la toma de Valdivia. A bordo de la goleta* Moctezuma *en el Puerto de Valdivia. Castillo del Corral, 4 de febrero de* 1820. En Feliú Cruz, Guillermo: *Memorias militares...*, 303.

44. Cochrane, Lord: *Parte del Almirante Lord Cochrane sobre sus planes sobre Valdivia, a bordo de la O'Higgins en el Puerto de Valdivia. A 5 de febrero de* 1820. En Feliú Cruz, Guillermo: *Memorias militares...*, 305.

45. Cochrane, Lord: *Parte del Vice Almirante Lord Cochrane sobre la toma de Valdivia. Puerto de Valdivia, 5 de febrero de* 1820. En Feliú Cruz, Guillermo: *Memorias militares...*, 305.

46. Cochrane, Lord: *Parte del Vice Almirante Lord Cochrane sobre la situación de la ciudad de Valdivia, saqueada por el enemigo y organizada por los patriotas. Cuartel General de Valdivia, a 6 de febrero de* 1820. En Feliú Cruz, Guillermo; *Memorias militares...*, 307.

47. Cochrane, Lord: *Parte del Vice Almirante Lord Cochrane sobre la expulsión del enemigo por los habitantes de Valdivia y comisión conferida al Sargento Mayor Jorge Beauchef. Valdivia, 25 de febrero de* 1820. En Feliú Cruz, Guillermo: *Memorias militares...*, 308.

48. Cochrane, Lord: *Instrucciones para el asalto de los fuertes de Valdivia dadas a Jorge Beauchef. Sin fecha.* En Feliú Cruz, Guillermo: *Memorias militares...*, 315.

49. Cochrane, Lord: *Memorándum que debe ser atendido por el Mayor Jorge Beauchef, Comandante de las fuerzas militares de Valdivia. Sin fecha, pero de* 1820. En Feliú Cruz, Guillermo: *Memorias militares...*, 316.

50. Cochrane, Lord: *Oficio al Ministro de Guerra y Marina instruyéndole otro de don Jorge Beauchef. Corral, 28 de febrero* 1820. CHI. 32, 263.

51. Cochrane, Lord: *Fragmento de una carta sobre la toma de Valdivia y una próxima expedición a Chiloé.* 1820. CHI. 32, 271.

52. Cochrane, Lord: *Oficio al Ministro de Guerra y Marina sobre las operaciones militares en el Sur de Chile. Valdivia, 25 de febrero* 1820. CHI. 32, 302.

53. Cochrane, Lord: *Memorial de Lord Cochrane al Presidente y Gobierno de la República de Chile.* Londres, 1845.

54. Cochrane, Lord: *Memorias.* Santiago, 1854.

55. Cochrane, Lord: *Documentos relativos a Lord Cochrane.* Ms. 1820. MM. 35.

56. *Consulta que hace la Junta de Generales sobre la fortificación y defensa de los puertos de la Mar del Sur, en el Reino del Perú.* Ms. 1793. SHM. 2-1-7-4.

57. Cruz, Pablo de la: *Razón que dio D. Pablo de la Cruz de los parajes*

en que puede hacerse desembarco en Valdivia. Ms. 1765. AGI. Indiferente General 1531.

58. Chamorro y Baquerizo, P.: *Estado Mayor General del Ejército. Historia del Ilustre Cuerpo de Oficiales Generales...* Madrid 1850-1854.

59. *Decenio que manifiesta la entrada de ramos de hacienda de Chile en la Tesorería de la Plaza Valdivia comprensivo a los años de 1807 a 1816, formado en virtud de superior decreto del Excmo. Sr. Supremo Director del Estado de 9 de abril del corriente año, que transcribe con la misma fecha al Sr. Ministro de Estado D. Miguel Zañartu este Tribunal de Cuentas*. Ms. 1818. CM. 4716.

60. Debesa, Fernando: *Dos libros sobre Lord Cochrane*. En *Mapocho* 13, 269.

61. Díaz Pedregal, José: *Instrucción que será conveniente observe el Brigadier e Ingeniero Director D. José Díaz Pedregal en el reconocimiento que en virtud de la Real Orden debe hacer de las costas del Mar del Sur desde Guayaquil hasta el Archipiélago de Chiloé*. Ms. 1796. SHM. 2-1-7-5.

62. Donoso, Ricardo: *Un letrado del siglo XVIII, el doctor José Perfecto de Salas*. Buenos Aires, 1963.

63. Donoso, Ricardo: *Una intriga diplomática*. En RChHyG. 125, 254.

64. Donoso, Ricardo: *Alexander Caldcleugh*. En RChyG. 133, 152.

65. Duce, Antonio: *Plano del Puerto de Valdivia en la Mar del Sur, situado en la latitud de 39 grados 44' austral y en la longitud de 39 grados y 15' según el meridiano de Tenerife*. Ms. 1779. AGI.

66. Duce, Antonio: *Relación de las obras de fortificación de la Plaza y Puerto de Valdivia*. Ms. 1785. AGI. Chile 436.

67. Dundonald, Earl of: *The Autobiography of a Seaman*. Londres, 1862.

68. Eagar, Alejandro: *Estado que expresa los cañones montados en los Castillos del Puerto y Fuertes interiores de la jurisdicción*. Valdivia, 1810. CHI. 8, 348.

69. Eagar, Alejandro: *Batallón de Infantería de Valdivia. Estado que manifiesta la fuerza efectiva que tiene el expresado batallón y los agregados a él hoy día de la fecha y destinos de sus individuos*. CHI. 8, 349.

69 bis. Echenique, Manuel Narciso de: *Noticia de los gastos que se han originado en la provisión de esta Plaza desde 13 de febrero hasta la fecha por orden del Sr. Gobernador*. Valdivia, marzo 31 de 1820. Ms. CM. 4725.

70. Echenique, Pedro Gregorio: *Carta al Presidente D. Ambrosio de Benavides sobre el desguarnecimiento de Valdivia en ocasión de la presente guerra con la Gran Bretaña*. Ms. 1781. AGI. Chile 191.

71. Egaña, Juan: *El chileno consolado en los presidios o filosofía de la religión*. Londres, 1826.

72. Egaña, Juan: *Plan de defensa estudiado por una comisión compuesta de D. Juan Egaña, D. José Samaniego y el capitán de ingenieros D. Juan Mackenna y propuesto a la Excma. Junta Gubernativa por el Cabildo de Santiago el 27 de noviembre de 1810*. CHI. 19, 111.

73. Encina, Francisco Antonio: *Historia de Chile desde la prehistoria hasta 1891*. V. VIII. Santiago, 1947.

74. Ejército de Chile: *Indice del Escalafón del Ejército 1810-1888*. AN.

75. Ejército de Chile: *Escalafón del Ejército 1818-1852*. AN.

76. Errázuriz, Crescente: *Seis años de la historia de Chile*. Santiago, 1881-1882.

77. *Exposición Histórico-Militar*. Madrid, 1967.

78. *Extract of a Letter from Valparaíso dated Feb. 22.* En *The Times*, Londres, 29 Sept. 1820.

79. *Extract of a Letter from a British officier dated Valparaíso, May 2.* En *The Times*, Londres 29 Sept. 1820.

80. Eyzaguirre, Jaime: *Fisonomía histórica de Chile*, México, 1948.

81. Eyzaguirre, Jaime: *Historia de Chile*. Santiago, 1965.

82. Eyzaguirre, Jaime: *Geografía y destino de Chile*. En *Finis Terrae* 42, 5.

83. Feliú Cruz, Guillermo: *Biblioteca Nacional. Colección de antiguos periódicos chilenos. Cartas Pehuenches. El Telégrafo 1819-1820*. Santiago, 1958.

84. Feliú Cruz, Guillermo: *Conversaciones históricas de Claudio Gay con algunos de los testigos y actores de la' Independencia de Chile. 1808-1826*. Santiago, 1965.

85. Feliú Cruz, Guillermo, y Stuardo Ortiz, Carlos: *Correspondencia de Claudio Gay*. Santiago, 1962.

86. Feliú Cruz, Guillermo: *Memorias militares para servir a la Historia de la Independencia de Chile del Coronel Jorge Beauchef. 1817-1829 y Epistolario. 1815-1840*. Santiago, 1964.

87. Fernández de Bobadilla, Gaspar: *Expediente personal*. MS. 1834. AGM.

88. Fernández Duro, Cesáreo: *Armada Española. Desde la unión de los reinos de Castilla y de Aragón*. IX Vol. Madrid, 1903.

89. Fernández de Lorca y Aparicio, Felipe: *Testamento ante José Justo Flores, Valdivia, 11 de febrero de 1826*. Ms. 1826. Colección Leopoldo Guarda de la Guarda, Santiago.

90. Fernández de Lorca, Pedro: *Sobre varios puntos de Valdivia*. Ms. 1743. CG. 856.

91. Figueroa, Pedro Pablo: *Album militar de Chile. 1810-1879*. Santiago, 1906.

92. Forster, Roberto: *Nombramiento como Comandante de la fragata* O'Higgins. Ms. 1819. MM. 2.

93. Frezier. A.: *Relación del viaje por el Mar del Sur a las costas de Chile y el Perú durante los años de 1712, 1713 y 1714*. Santiago, 1902.

94. García Camba, Andrés: *Memorias para la historia de las armas españolas en el Perú*. 2 *Vols*. Madrid, 1846.

95. García Castelblanco, Alejandro: *Estudio crítico de las operaciones navales*. Valparaíso, 1927.

96. García Ferrer, Manuel Gregorio: *Razón de lo que he presenciado y mucha parte que no he visto me han contado personas honradas de una y otra parte desde el año diez y para que lo sepan lo pongo en este cuaderno*. En RChHyG. 51, 167.

97. García Reyes, Antonio: *Primera Escuadra Nacional*. Santiago, 1846.

98. *Galería militar contemporánea*. Madrid, 1953.

99. Gajardo Reyes, Ismael: *Ensayo histórico sobre las operaciones marítimas en la primera campaña de la Independencia de Chile y lecciones que de ella se desprenden*. En RChHyG. 11, 397 sq.

100. Gana y López, Rafael: *Memorias del Sargento Mayor Rafael Gana y López (1816-1823)*. En RChHyG. T. XII sq.

101. Garland, Juan: *Copia de cartas u oficios pasados a la Capitanía General de este Reino, en asunto a las nuevas obras de fortificación del Puerto de Valdivia*. Ms. 1766. AGI. Indiferente General 1531.

102. Garland, Juan: *Inventario general de la artillería, cureñaje y pól-*

vora, balas, fusiles y todo armamento, pertrechos, útiles y herramientas que hoy existen en esta Plaza de Valdivia... Ms. s/f. AGI. Indiferente 1531.

103. Garland, Juan: *Oficios pasados a la Capitanía General en orden a los asuntos gubernativos de la Plaza y Presidio de Valdivia.* Ms. 1768. AGI. Indiferente 1531.

104. Garland, Juan: *Proyecto General de las fortificaciones que se deben construir sobre los terrenos más propios que se han reconocido para la defensa del Puerto de Valdivia.* Ms. 1763. AGI. Indiferente 1532.

104 bis. Garland, Juan: *Reconocimiento del Puerto de Valdivia.* Ms. 1765. AGI. Indiferente 1532.

105. Garland, Juan: *Reflexiones correspondientes a la Plaza, Puerto y Castillos de Valdivia, para venir en más perfecto conocimiento de sus objetos.* Ms. 1772. AGI. Indiferente 1532.

106. Garland, Juan: *Relación general de la situación, consistencia y estado actual de las fortificaciones de Valdivia y de las que convendría establecer en él para su mayor seguridad.* Ms. 1765. AGI. Indiferente 1531.

107. Garland, Juan: *Relación de la tropa pagada y miliciana, su calidad, instrucción, disciplina, gobierno interior, vestuario, armamento y goces; fortalezas, artillería, pertrechos y demás asuntos pertenecientes a la Plaza y Presidio de Valdivia, según al presente existe.* Ms. s/f. AGI. Indiferente 1532.

108. Gay, Claudio: *Historia de la Independencia chilena.* II Vol. París 1856.

109. Gómez Lorca, Francisco: *Información de Genealogía y Nobleza.* Ms. 1779. CG. 545.

110. Gómez Lorca, Vicente: *Información de Genealogía y Nobleza.* Ms. 1807. CG. 977.

111. Gómez, Vicente: *Oficio del Gobernador de Valdivia al Supremo Gobierno acerca de los patriotas que han luchado en la ciudad contra los realistas. Valdivia, 27 de febrero de 1820.* En Feliú Cruz, Guillermo: *Memorias militares...*, 310.

112. Gómez, Vicente: *Oficio del Gobernador de la Plaza de Valdivia al Supremo Gobierno en que acompaña el parte del Teniente Coronel Jorge Beauchef sobre la batalla del Toro. Valdivia, 29 de marzo de 1820.* En Feliú Cruz, Guillermo: *Memorias militares...*, 311.

113. Gómez, Vicente: *Comunicaciones del Gobernador de Valdivia a varios funcionarios sobre los bienes de la Tesorería provincial.* Ms. 1820. H. 49.

114. Graham, María: *Diario de mi residencia en Chile en 1822.* Santiago, 1956.

115. Guarda, Fernando: *Historia de Valdivia. 1552-1952.* Santiago, 1953.

116. Guarda, O.S.B., Gabriel: *El Castillo de Niebla.* En *El Correo de Valdivia*, Valdivia, 14 de noviembre, 1964.

117. Guarda, O.S.B., Gabriel: *Formas de devoción en la Edad Media de Chile. La Virgen del Rosario de Valdivia.* Santiago, 1961.

118. Guarda, O.S.B., Gabriel: *Lord Cochrane y la toma de Valdivia.* En *El Correo de Valdivia*, Valdivia, 6 de diciembre, 1967.

119. Guarda, O.S.B., Gabriel: *Un río y una ciudad de plata. Itinerario histórico de Valdivia.* Valdivia, 1965.

119 bis. Guarda, Jaime de la: *Carta a D. Bernardo O'Higgins sobre el estado en que ha encontrado la ciudad de Valdivia.* Valdivia, 25 de mayo de 1820. VM. 87.

120. Guarda, Jaime de la: *Inventario General de todos los caudales,*

créditos, alhajas, papeles, muebles, efectos de almacenes, sus utensilios, víveres para raciones y todo lo demás que está a mi cargo. Ms. 1820. H. 49.

121. Guarda, Jaime de la: *Razón de las alhajas y demás útiles pertenecientes a las capillas de la jurisdicción de esta Plaza que según inventarios aparecen en esta Tesorería existían y dejó el Gobierno Real a su fuga el 4 de febrero de este año, las que por orden del Sr. Almirante Lord Cochrane se extrajeron de la misma Tesorería a la entrada de las tropas de la Patria y se ignora su destino.* Ms. 1820. H. 49.

122. *Guardia Nacional: Propuestas para oficiales 1817-1820.* Ms. AO.

123. Guevara, Tomás: *Los araucanos y la revolución de la independencia.* Santiago, 1910.

124. *Historia de las Ordenes de Caballería y de las Condecoraciones españolas.* Madrid, 1864.

125. Hoyo, Fausto del: *Expediente personal.* Ms. 1834. AGM.

126. Hoyo, Fausto del: *Expediente matrimonial.* Ms. 1828. AGM.

127. *Instrucción de lo que deben observar los Gobernadores y Corregidores de las provincias y ciudades de los Reinos del Perú para uso de sus empleos.* Madrid (?), 1719.

128. *Intrépido* (Bergantín): *Dotación del bergantín* Intrépido. *Noviembre 16 de 1819.* Ms. 1819. MM. 24.

129. *Intrépido* (Bergantín): *Revista de Comisario del* Intrépido. Ms. 1820. MM. 7.

129 bis. Jaramillo, Pedro: *Lista de los milicianos que hacen el servicio en la Patria y se le ha suministrado los diarios siguientes en este mes de la fecha.* Ms. Valdivia, marzo 31 de 1820. CM. 4725.

130. Juan, Jorge: *Informe sobre el plan de defensa del Mar del Sur.* Ms. 1769. VG. 11.

131. Laet, Juan de: *Descripción del Reino de Chile. Su costa marítima, puertos y senos. Estrecho de Magallanes y San Vicente..., que deduce un discurso del viaje de los holandeses con objeto de poblar a Valdivia.* Ms. 1644. BP. Ms. 2832.

132. Langlois, Luis: *Influencia del poder naval en la historia de Chile desde 1810 a 1910.* Valparaíso, 1911.

133. Lantaño, Clemente: *Expediente de Montepío a favor de su viuda Dª Juana Pedrobueno.* Ms. 1854. M. 16, 310.

134. Larraín Echeverría, Fernando: *Carvallo. Una familia colonial de la Provincia de Valdivia.* En REH. 2, 112 sq..

135. Latapiat, Francisco de Paula: *Expediente de Montepío a favor de su viuda Dª Carmen Honorato.* Ms. 1871. M. 32, 10.

136. León y Jirón, Luis de: *Memorial incluyendo un parecer de la Junta de Guerra de Indias.* Ms. 1692. AGI. Chile 4.

137. Letelier, Cayetano: *Lista de los prisioneros de guerra españoles que habían tomado partido en nuestras tropas y que se les separó después por revoltosos y por tales se envían a Santiago en la corbeta* Peruana. Ms. 1820. G. 100.

138. Letelier, Cayetano: *Oficio del Gobernador de Valdivia al Supremo Gobierno en el que le anuncia haberse recibido del mando de la provincia.* Valdivia, 25 *de mayo* 1820. En Feliú Cruz, Guillermo: *Memorias militares...*, 312.

139. Lloyd, Christopher: *Lord Cochrane, Seaman, Radical and Liberator.* Toronto, 1947.

140. Lohmann Villena, Guillermo: *Las defensas militares de Lima y Callao hasta 1746.* AEA. XX, 1 sq.

140 bis. *Los indios del Reino de Chile rompen las paces que tenían con los españoles...* BNM. Ms. 2384.

142. Marquina Quiroz, Oscar: *Quince valores nacionales.* Lima, 1962.

143. Martínez Pinuer, Pedro: *Noticias tomadas del Capitán de Puerto del Huasco D. Pedro Martínez Pinuer, natural de Valdivia, de los sucesos ocurridos en aquella Plaza relativos a la extinción del Gobierno Monárquico...* Ms. 1841. GM. 54.

144. Marina, Ministerio de: *Documentos relativos a la toma de Valdivia.* Ms. 1820. MM. 16.

144 bis. Manselli, Pablo Cayetano: *Razón de los gastos hechos desde el cinco de febrero hasta el fin de dicho mes del corriente año verificados por orden del Sr. Almirante Lord Cochrane, los cuales son pertenecientes a los caudales del Estado.* Valdivia, febrero 29 de 1820. Ms. CM. 4725.

144 terc. Meneses, Francisco de: *Carta a S. M. sobre provisión del Gobierno de Valdivia.* Santiago, 11 de marzo de 1664. AGI. Chile 103.

145. Miller, Guillermo: *Memorias del General Miller, al servicio de la República del Perú. Escritas en inglés por Mr. John Miller y traducidas al castellano por el General Torrijos, amigo de ambos.* Londres, 1829.

146. Miller, Guillermo: *Parte del Teniente Coronel don Guillermo Miller al Vice Almirante Lord Cochrane sobre la toma de Valdivia, Fuerte del Corral, a 4 de febrero de 1820.* En Feliú Cruz, Guillermo: *Memorias militares...*, 305.

147. Miller, Guillermo: *Extracto de su Hoja de Servicios.* S/f. VM. 89.

148. M'Neile, Price and Co.: *Carta a* The Times. Londres, 30 de mayo, 1820.

149. Molina, Juan Ignacio: *Compendio de la Historia Civil del Reino de Chile.* CHCh. XXVI, 103 sq.

150. Molinare, Nicanor: *Colegios militares de Chile. 1814-1819.* AUCh. 128, 943 sq.

151. *Moctezuma* (Goleta): *Personal que ha cumplido el tiempo de su entrenamiento en la goleta* Moctezuma. Ms. 1820. MM. 17.

152. Monteagudo, Bernardo: *Artículo en* El Censor de la Revolución *sobre destino de los pertrechos capturados en Valdivia por Lord Cochrane. El Censor de la Revolución*, Santiago, 20 de mayo de 1820.

153. Montoya, Manuel: *Bando de Gobierno, Valdivia, marzo 4 de 1816.* CHI. XXXV, 361.

154. Montoya, Manuel: *Bando de Gobierno, Valdivia, abril 2 de 1819.* Ms. 1819. G. 100.

155. Montoya, Manuel: *Hoja de Servicios.* Ms. 1815. AGI. Chile 207.

156. Montoya, Manuel: *Oficio a don Gabino Gaínza respondiendo algunas preguntas relacionadas con su conducta militar. Valparaíso, 27 enero 1815.* CHI. XV, 359.

157. Montt, Manuel: *Mensaje al Congreso reconociendo los servicios de Lord A. Cochrane y concediéndole el sueldo del grado de Almirante por el resto de su vida. Santiago, 28 julio 1857.* CHI. XIII. 394.

158. Morales Padrón, Francisco: *Historia de América.* T. I. Madrid, 1962.

159. Morla, Tomás de: *Tratado de Artillería que se enseña en el Real Colegio Militar de Segovia.* Madrid, 1803.

160. Mustafá (Seudónimo): *Historia, El año 20 en Valdivia.* En *La Verdad*, Valdivia, mayo 5 de 1878.

161. Múzquiz de Miguel, José Luis: *El Conde de Chinchón, Virrey del Perú*. Madrid, 1945.

162. Narváez Bordesi, Francisco: *Expediente matrimonial*. Ms. S/f. AGM.

163. *Noticias interesantes extractadas de la* Gaceta Ministerial *de Chile de 19 de febrero 1820, referentes a la toma de Valdivia, cuyos documentos oficiales se transcriben*. Buenos Aires, 1820.

164. *Noticias interesantes de Chile: correspondencia de Lord Cochrane y Jorge Beauchef sobre la toma de Valdivia*. En *La Gaceta de Buenos Aires*, 10 de mayo de 1820.

165. Novoa de la Fuente, Luis: *Historia naval de Chile*. Valparaíso, 1944.

166. O'Higgins, Ambrosio: *Carta al Conde de Campo de Alange, comunicándole el nombramiento de D. Manuel Olaguer Feliú como director de las obras de fortificación del Puerto de Valdivia y el proyecto de constituir allí un arsenal general para Chile y Perú*. Santiago, 9 de enero, 1791. Ms. 1791. AGI. Chile 197.

166 bis. O'Higgins, Ambrosio: *Carta al Marqués de Avilés, sobre defensa de los puertos de Chile*. Lima, 18 de mayo de 1797. AGI. Chile 201.

167. O'Higgins, Bernardo: *El Supremo Director a los hijos de Valdivia*. (Santiago, 1820).

168. O'Higgins, Bernardo, y Zenteno, José Ignacio: *Oficio por el cual se comunica a Jorge Beauchef que se le ha otorgado la medalla de oro por su acción en la toma de Valdivia, de acuerdo con el decreto supremo de 1.º de marzo de 1820*. En Feliú Cruz, Guillermo: *Memorias militares...*, 317.

168 bis. O'Higgins, Tomás: *Diario de viaje del capitán D. Tomás O'Higgins de orden del Virrey de Lima, el Marqués de Osorno. 1796-1797*. En RChHyG. 101, 42 sq.

169. Olaguer Feliú, Manuel: *Cálculo prudencial del costo a que ascendería un cuartel proyectado en la Plaza de Valdivia capaz de alojar un Batallón*. Ms. 1795. V. 273.

170. Olaguer Feliú, Manuel: *Informe sobre la defensa del Puerto de Valdivia*. Ms. 1807. G. 100.

171. Olaguer Feliú, Manuel: *Informe sobre el proyecto de defensa del Reino de Chile*. Ms. 1810. MI. Intendencia de Valdivia, 1810-1828.

172. Osorio, Mariano: *Razón de los efectos que de orden del general Osorio se han embarcado con destino a Valdivia. Talcahuano, 1.º septiembre 1818*. CHI. XXXI, 192.

173. Osorio, Mariano: *Testimonio del expediente promovido por el Intendente del Ejército Real en Chile sobre que cesen los sueldos de algunos oficiales de menor edad, creados por el ex General Coronel D. Juan Francisco Sánchez en Valdivia*. Ms. 1815. CG. 822.

174. Palafox y Mendoza, Fr. D. Juan: *Carta al Rey sobre la importancia de la repoblación de Valdivia por el Virrey del Perú*. Ms. 1644. BNM. Ms. América 8865.

175. Pareja, Antonio: *Proclama de Pareja a los habitantes de Chiloé, a los valdivianos, a las tropas expedicionarias, suscrita en Concepción, a 28 de marzo de 1813*. En *Gaceta de Gobierno*.

175 bis. Pereira Salas, Eugenio: *Una viajera ilustre en Chile: María Graham, Lady Calcott*. En AUCh. 134, Stgo., 1965.

176. Pezuela, Joaquín de la: *Acta de la Junta de Guerra presidida por el Virrey Pezuela e integrada por D. José de la Mar, Manuel Olaguer Feliú, Manuel Llano y Antonio Vacaro, en que se dio a conocer el fracaso de la*

expedición naval despachada desde España, la pérdida de la fragata María Isabel, *y se acordaron medidas para la defensa del virreinato contra los insurgentes de Chile*. Lima, 1.º de diciembre 1818. CHI. XXXI, 320.

177. Pezuela, Joaquín de la: *Carta al Gobernador de Valdivia sobre lo que debe observar en ese puesto en relación al ejército revolucionario de Chile. Lima, 22 de marzo 1819*. En Archivo O'Higgins V. XIII, 386.

178. Pezuela, Joaquín de la: *Memoria de Gobierno de Joaquín de la Pezuela, Virrey del Perú*. Sevilla, 1947.

179. Pezuela, Joaquín de la: *Parte del General Pezuela sobre la acción de Viluma, Lima, 29 de noviembre de 1815*. En *Gaceta del Rey*, Santiago, 5 de abril 1816.

180. *Potrillo* (Bergantín): *Expediente del bergantín* Potrillo. Ms. 1820. V.324.

181. *Potrillo* (Bergantín): *Expediente promovido por D. Nicolás Martínez de Ureta, apresado en Valdivia en el bergantín* Potrillo, *sobre su vindicación y ciertas devoluciones*. Ms. 1820. CM. 791.

182. *Potrillo* (Bergantín): *Noticia sobre el apresamiento del bergantín* Potrillo *en el puerto de Valdivia y parte oficial de Lord Cochrane*. En *Gaceta Ministerial* Extraordinaria, 28 enero 1820.

183. *Potrillo* (Bergantín): *Aviso del Comandante del Apostadero de Lima sobre su salida, al Secretario de Estado y del Despacho Universal de Marina, Lima, 30 septiembre 1814*. Ms. 1814. AGMAB. *Expediciones a Indias*, 1814.

184. *Potrillo* (Bergantín): *Pliego de historia del bergantín de la Armada Nacional y del Apostadero del Callao nombrado el* Potrillo. Ms. 1814. AGMAB. *Expediciones a Indias*, 1814.

185. *Potrillo* (Bergantín): *Proceso sobre la traición de la fragata* Perla *y el bergantín* Potrillo. *1813-1814*. CHI. IX, 185 sq.

186. Ponce de León, O. de M., Francisco: *Descripción del Reino de Chile, de sus puertos, caletas y sitio de Valdivia, con algunos discursos para su mayor defensa, conquista y duración*. Madrid, 1644.

187. Puertas Castro, Néstor: *El General Francisco Vidal. Prócer de la Independencia Americana y Jefe Supremo de la República a través de sus memorias*. Lima, 1950.

188. Pusterla, Mariano de: *Plano de costos y auxilios de las obras para defensa del Puerto de Valdivia*. Ms. 1785. V. 284.

189. Pusterla, Mariano de: *Sobre lo expuesto por D. Mariano de Pusterla de la importancia de conservar el Puerto de Valdivia, precisión de sus defensas y solicitud de auxilios*. Ms. 1788. AGI. Chile. 220.

190. *Recopilación de Leyes de los Reinos de las Indias*. III Vol. Madrid, 1943.

191. Reyes, Judas Tadeo: *Plan de defensa del reino de Chile. Santiago, 14 de septiembre 1806*. CHI. XXV, 19.

192. Rodríguez Ballesteros, José: *Revista a las obras de la Guerra de la Independencia de Chile, desde 1813 hasta 1826*. CHI. V y VI.

193. Rodríguez Casado, Vicente: *El Pacífico en la política internacional española hasta la emancipación de América*. En *Estudios Americanos*, Sevilla, 1950, II, 1.

194. San José, Sor Juana María de: *Emigración de las Monjas Trinitarias de Concepción, desde el 24 de septiembre de 1818 hasta el 22 de diciembre de 1822*. En RChHyG. T. IX, 142 sq.

195. Sánchez, Juan Francisco: *Parte al Virrey D. Joaquín de la Pezue-*

la sobre su arribo a Valdivia. Valdivia, 5 de julio de 1819. En *La Gaceta del Gobierno*. Lima, 16 agosto 1819.

196. Santaya, Juan: *Expediente matrimonial.* Ms. 1798. AGM.

197. Sayago, Carlos María: *Crónica de la Marina Militar de la República de Chile.* Copiapó, 1864.

198. Senosiain, Miguel: *Expediente personal.* Ms. 1834. AGM.

199. Serena (Cabildo de la): *Felicitación al Director Supremo de Chile por la toma de Valdivia.* En Archivo O'Higgins XIII, 365.

200. Serna, Juan de la: *Diccionario Geográfico o Descripción de todos los Reinos, Provincias, Islas, Patriarcados, Obispados, Ducados... traducida del francés al castellano.* Madrid, 1772.

201. Silva, Remigio: *Diario de lo más notable que se está haciendo y disponiendo desde que tuvo el Gobierno la noticia de la Expedición y de todo lo más que parece digno de mencionarse.* Lima, 1820. Ms. MM. 37.

202. Stevenson, William Bennet: *Nota al Vice Almirante Cochrane sobre la situación de los prisioneros en Valdivia, Valdivia, 7 de febrero 1820.* En Feliú Cruz, Guillermo: *Memorias militares...*, 307.

203. Stevenson, William Bennet: *Memorias de William Bennet Stevenson sobre las campañas de San Martín y Cochrane en el Perú.* Traducción de Luis de Terán. Madrid, S. A.

204. *Sumaria para indagar los actores que fueron causa de haberse quedado la correspondencia oficial y de los particulares que debía haber marchado en la fragata* Peruana. Ms. 1820. G. 100.

205. Téllez, Indalecio: *Historia de Chile. Historia militar (1520-1883).* Santiago, 1925.

206. Thomas, John: *Historia de la Marina de Chile.* Ms. AO.

207. Toledo, Tribaldos de: *Vista General de las continuadas guerras difícil conquista del gran reino provincias de Chile.* CHCh. IV. Santiago, 1864.

208. Toma de Valdivia: *Documentos sobre la condecoración acordada a los que participaron en ella.* Ms. 1820. H. 13.

209. Toma de Valdivia: *Documentos relativos a ella.* Ms. 1820. MI. Vols. 17 y 81.

210. Toma de Valdivia: *Documentos relativos a ella.* MS. 1820. MM.

211. Toma de Valdivia: *Documentos relativos a ella.* Ms. 1820. G. 100.

212. Toma de Valdivia: *Documentos relativos a ella.* Ms. 1820. H. 49.

213. Torata, Conde de: *Exposición que dirige al Rey D. Fernando VII el Mariscal de Campo D. Jerónimo Valdés sobre las causas que motivaron la pérdida del Perú.* IV Vol. Madrid, 1894-1896.

214. Torrente, Mariano: *Historia de la Revolución Hispano-Americana.* T. III. Madrid, 1830.

215. Tute, Warren: *Cochrane. A life of Admiral the Earl of Dundonald.* Londres, 1965.

215 bis. Ugarte Liaño, Juan de: *Carta a D. José Antonio Caballero acompañando copia del dictamen que dio a la Real Audiencia Gobernadora sobre la defensa marítima de las costas del Apostadero Naval de su cargo. Lima 4 de noviembre de 1801.* Ms. 1801. AGMAB. *Expediciones a Indias*, 1801.

216. Uribe Orrego, Luis: *Nuestra Marina Militar desde el retiro de Lord Cochrane hasta la liberación de Chiloé.* En *Revista de Marina*. T. V. sq.

217. Uribe Orrego, Luis: *Orígenes de nuestra Marina Militar.* Santiago, 1892.

218. Uribe Orrego, Luis: *Nuestra Marina Militar. Su organización y campañas durante la guerra de la Independencia.* Valparaíso, 1910.

219. Vacaro, Antonio: *Carta al Secretario de Estado y del Despacho Universal de Marina sobre la llegada a Valdivia de la fragata de S. M.* Diana *con cuatro trasportes. Lima, 6 de julio de 1819.* Ms. 1819. AGMAB. *Expediciones a Indias*, 1819.

220. Valdivia: *Documentos que se acompañan en contestación a los reparos de la cuenta de 1820.* Ms. 1820. CM. 4717.

221. Valdivia: *Documentos relativos a la guarnición de Valdivia durante los meses de agosto a diciembre de 1820.* Ms. 1820. CM. 344.

222. Valdivia: *Expediente del proyecto aprobado para la fortificación y defensa de Valdivia y su puerto, por no haber tenido efecto su traslación a la isla de Mancera, de los años 1788 a 1790.* Ms. S. 7. 304.

223. Valdivia: *Expediente sobre el estado de las fortificaciones de Valdivia y providencias para su mejora y ahorro necesario en su entretenimiento.* Ms. 1796. V. 320.

224. Valdivia: *Extracto de revista pasada por el Ministro Tesorero de la Caja Nacional de Valdivia D. Jaime de la Guarda a los oficiales y tropa de los regimientos N.º 1 y N.º 3 de infantería que guarnecen la Plaza de Valdivia. Valdivia, 3 de junio de* 1820. Ms. 1820. CM. 345.

225. Valdivia: *Informe del Consejo de Indias a S. M. sobre provisión del gobierno de Valdivia. Madrid, 14 de marzo de 1707.* Ms. 1707. AGI. Chile 67.

226. Valdivia: *Liquidación que forma la Tesorería de Real Hacienda de esta Plaza de Valdivia del caudal que necesita para los pagos que tiene que hacer en el año próximo de mil ochocientos once, conforme al reglamento de esta Plaza y fuerza actual de los cuerpos que se expresan.* CHI. VIII, 344.

227. Valdivia: *Ordenación de la cuenta de la Tesorería Foránea de Real Hacienda de la Plaza y Presidio de Valdivia del año de 1793.* Ms. 1793. CM. 2330.

228. Valdivia: *Relación de la situación, consistencia y estado actual de la Plaza de Valdivia.* Ms. 1765. SHM. 5-1-5-2.

229. Valdivia: *Sobre el ejercicio diario de fusiles y artillería en la plaza de Valdivia.* Ms. 1762. CG. 695.

230. Valdivia: *Testimonio de los autos seguidos sobre el juicio de la cuenta de la Tesorería Foránea de Real Hacienda de la Plaza y Presidio de Valdivia relativa al año 1790.* Ms. CM. 2329.

231. Valencia Avaria, Luis: *El testamento político de O'Higgins.* En BAChH. 22, 7.

232. Vega, Manuel J.: *Chile y el Libertador Simón Bolívar.* En RChHyG. 16, 440.

233. Vega Bezanilla, Carlos: *De la Vega.* En REH. 14, 93.

234. Vicenti, José María: *Expediente de Montepío a favor de su viuda Dª Josefa Gómez.* Ms. 1853. M. 7, 299.

235. Vicenti, José María: *Expediente de Montepío a favor de su hija Mercedes.* Ms. 1855. M. 16, 330.

236. Vicuña Mackenna, Benjamín: *Chile. Episodios marítimos. Las dos* Esmeraldas. Santiago, 1879.

237. Vicuña Mackenna, Benjamín: *La Guerra a Muerte. Memoria sobre las últimas campañas de la Independencia de Chile 1819-1824.* Santiago, 1868.

238. Vicuña Mackenna, Benjamín: *El Coronel don Jorge Beauchef.* En Feliú Cruz, Guillermo: *Memorias militares. . . ,* 9.

239. Vicuña Mackenna, Benjamín: *Vida del General don Juan Mackenna*. Santiago, 1856.

240. Villamil Concha, Enrique: *Vida de D. Manuel Blanco Encalada*. En RChHyG. 30, 173.

241. Ycaza Tigerino, Julio: *Ubicación hispanoamericana de Chile*. Santiago, 1961.

242. Yrarrázaval, José Miguel: *San Martín y sus enigmas*. II Vol. Santiago, 1949-1950.

243. Zamudio, José: *Fuentes Bibliográficas para el estudio de la vida y de la época de Bernardo O'Higgins*. Santiago, 1946.

244. Zapatero, Juan: *Sobre su solicitud para obtener el gobierno de Valdivia*. Ms. 1791. AGI. Chile 436.

245. Zenteno, Ignacio: *Documentos justificativos sobre la Expedición Libertadora del Perú. Refutación de las memorias de Lord Cochrane en lo concerniente a las relaciones del Vice Almirante con el Gobierno de Chile*. Santiago, 1861.

246. Zini, Antonio: *Informe sobre el envío de refuerzos a Valdivia, solicitados por su Gobernador*. Ms. 1779. AGI. Lima 659.

247. Zinny, A.: *Bibliografía Histórica de las Provincias Unidas del Río de la Plata desde el año 1780 hasta el de 1821. Apéndice a* La Gaceta de Buenos Aires. Buenos Aires, 1875.

Siglas:

AEA.: *Anuario de Estudios Americanos*. Sevilla.

AGI.: Archivo General de Indias. Sevilla.

AGM.: Archivo General Militar. Segovia.

AGMAB.: Archivo General de Marina Alvaro de Bazán. El Viso del Marqués.

AN.: Archivo Nacional. Santiago.

AO.: Academia Chilena de la Historia. Archivo O'Higgins. Santiago.

AUCh.: *Anales de la Universidad de Chile*. Santiago.

BAChH.: *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*. Santiago.

BNM.: Biblioteca Nacional. Madrid.

BP.: Biblioteca de Palacio. Madrid.

CG.: AN. Archivo de la Capitanía General.

CHCh.: *Colección de historiadores de Chile y de documentos relativos a la historia nacional*. Santiago.

CHI.: *Colección de historiadores y de documentos relativos a la independencia de Chile*. Santiago.

CM.: AN. Archivo de la Contaduría Mayor. 1.ª Serie.

G.: AN. Archivo del Ministerio de Guerra.

GM.: AN. Archivo Gay-Morla.

H.: AN. Archivo del Ministerio de Hacienda.

M.: AN. Montepíos.

MI.: AN. Archivo del Ministerio de Hacienda.

MM.: AN. Archivo del Ministerio de Marina.

RChHyG.: *Revista Chilena de Historia y Geografía*. Santiago.

REH.: *Revista de Estudios Históricos*. Santiago.

S.: Archivo de Simancas.

SHM.: Servicio Histórico Militar. Madrid.

V.: AN. Fondos Varios.

VG.: AN. Archivo Vidal Gormaz.

VM.: AN. Archivo Vicuña Mackenna.

Indice de Láminas

Lord Cochrane. Oleo de W. Ross, Londres. Enfrente de "Palabras previas".

Plano del Puerto de Valdivia, por Moraleda, 1790. Enfrente de Pág. 1

Fernando VII. Grabado de Antonio Guerrero y Manuel Albuerne. Pág. 1

Bernardo O'Higgins. Oleo de Gil de Castro. Pág. 3

Berlinguero: Navío *San Telmo* (1818). Pág. 4

Portadilla del historial del bergantín *Potrillo*. Pág. 6

Plano del Puerto de Valdivia, por Moraleda, 1788. Pág. 8

El virrey Don Joaquín de la Pezuela. Pág. 9

Extremo Sur de América. Pág. 10

Portada de uno de los informes de Mariano de Pusterla sobre la importancia de Valdivia (1790). Pág. 12

Juan Martín Cermeño: plano del castillo de Corral, 1767. Pág. 16

Castillo de Corral: corte, 1767. Pág. 17

Juan Garland: dibujo de una cureña para las fortalezas de Valdivia, 1771. Pág. 17

Juan Garland: dibujo de una cureña para Valdivia (1771). Pág. 18

Tomás de Morla: Cureña del tipo de las usadas en Valdivia. Pág. 18

Tomás de Morla: Cureñas del tipo de las usadas en Valdivia. Pág. 19

Tomás de Morla: Cureñas del tipo de las usadas en Valdivia. Pág. 19

Antonio Duce: el Puerto de Valdivia y planos de sus baterías, 1779. Págs. 20-21

Juan Garland: plano del puerto y ciudad de Valdivia, 1764. Pág. 23

Castillo de Niebla: batería. Pág. 24

Juan Martín Cermeño: plano del castillo de Niebla, 1767. Pág..... 24

Juan Garland: corte del castillo de Niebla, 1765. Pág..... 25

Castillo de Niebla: baluarte de oriente. Pág. 26

Juan Garland: Plano particular de la isla de Mancera, 1765. Pág. 27

Castillo de San Pedro de Mancera. Pág. 28

Isla de Mancera: construcciones de la plaza, 1762. Pág. 28

José Antonio Birt: almacén de pólvora en Mancera, 1763. Pág. 29

Esquema de la planta del castillo de Corral hacia 1820. Pág. 29

Castillo de Corral: batería de La Argolla. Pág. 30

Juan Garland: plano y corte del castillo de Corral, 1773. Pág. 30

Castillo de Corral: interior de La Cortina. Pág. 31

Castillo de Corral. Pág. 31
Antonio Duce: plano de la muralla de Valdivia, 1780. Págs. 32-33
José Antonio Birt: Plano del castillo de San Carlos, 1763. Pág. 35
San Carlos: croquis de Claudio Gay, 1835. Pág. 36
Juan Garland: Plano del castillo de Amargos, 1765. Pág. 37
Juan Martín Cermeño: Plano del castillo de Amargos, 1767. Pág. 37
Mariano de Pusterla: Plano del castillo de Amargos, 1785. Pág. 38
Castillo de Amargos: Corte, 1767. Pág. 38
Castillo de Amargos. Pág. 39
Uniformes del Regimiento Cantabria, de guarnición en Valdivia en 1820. Pág. 47
Condecoraciones que pertenecieron al coronel Fausto del Hoyo y Sánchez. Pág. 49
Bando del Gobernador Manuel Montoya, Valdivia, 1819. Pág. 51
D. Francisco Narváez, conde de Yumuri y marqués de La Compuerta, litografía de Blanco. Pág. 52
D. Miguel de Senosiain, Teniente General de los Reales Ejércitos, litografía de Valdivieso. Pág. 54
Lord Cochrane. Litografía de Desmadryl. Pág. 56
Fragata de la misma clase de la *O'Higgins*, Grabado de Cooke, 1828, Pág. 57
Bergantín de la misma clase que el *Intrépido*. Grabado de Cooke, 1828. Pág. 59
Goleta española de la misma clase que la *Moctezuma*. Acuarela, 1818. Pág. 61
El mariscal Guillermo Miller. Grabado hecho en Londres. Pág. 62
El general Francisco Vidal, Presidente del Perú. Oleo de Pereyra, 1842. Pág. 64
Jorge Beauchef. Litografía de Desmadryl. Pág. 66
El Puerto de Valdivia, grabado de Russell & Son, 1826. Pág. 69
Plan de ataque, con el santo y seña, original de Cochrane. Pág. 71
Plano del Puerto de Valdivia, grabado de Longman & Co., 1829. Pág 72
La toma de Valdivia, óleo de Enrique Swinburn, 1898. Pág. 74
Enrique Swinburn: la toma de Valdivia, detalle. Pág. 74
Lord Cochrane. Grabado de Turner. Pág. 75
Lancha de desembarco de la misma clase de las usadas en Valdivia. Acuarela, 1818. Pág. 77
Esquife de la misma clase del usado por Cochrane en Valdivia. Acuarela, 1818. Pág. 77
Estado actual de La Aguada del Inglés. Págs. 78-79
Fuerte de La Aguada. Croquis de Gay, 1835. Pág. 82
El Puerto de Corral en la actualidad. Pág. 83
Castillo de Corral. Croquis de Gay, 1835. Pág. 84
Castillo de Corral: garita con marcas de las balas de la toma. Pág. 85

Original del parte de Beauchef a Cochrane, Corral 4-II-1820. Pág. 86
Original del parte de Miller a Cochrane, Corral 4-II-1820. Pág. 87
Documento salvado del saqueo de las casas de la familia Lorca. Pág. 89
Mariano de Pusterla: Plano del camino de Valdivia a Chiloé, seguido por el Ejército Real en su retirada al sur. Pág. 89
Esquema de las fortalezas de Valdivia durante la toma. Pág. 91
Movimiento de las fuerzas navales y terrestres los días 3 a 5 de febrero de 1820. Pág. 91
Lord Cochrane. Grabado de H. Meyer. Pág. 92
Escudo de Armas de la ciudad de Valdivia. Pág. 93
La ciudad de Valdivia hacia 1820. Dibujo original. Pág. 93
Valdivia: Torreón del siglo XVIII. Pág. 94
El mariscal Miller. Grabado hecho en Londres. Pág. 96
Jorge Beauchef. Dibujo de M. Rugendas. Pág. 97
Original del parte de Cochrane al Ministro Zenteno, Valdivia 5-II-1820. Pág. 98
Fragata mercante de la misma clase de la *Dolores*. Acuarela, 1818. Pág. 102
Bergantín español de la misma clase del apresado en Corral en la toma. Acuarela, 1818. Pág. 102
Carta de Cochrane a O'Higgins sobre la donación de preseas tomadas en Valdivia al Templo Votivo del Carmen de Maipú. Pág. 104
Primera página de la *Gaceta Ministerial* Extraordinaria publicada en Santiago el día de la llegada de la noticia de la toma. Pág. 107
Condecoración acordada a los héroes de la toma de Valdivia. Pág. 109
Despacho de O'Higgins premiando a D. Pedro Alemparte por su actuación en la toma de Valdivia. Pág. 109
Carta original de O'Higgins y Zenteno a Cochrane obsequiándole una hacienda en Río Claro por su actuación en Valdivia. Pág. 111
Memorial impreso en Londres por Cochrane en el XXV aniversario de la toma de Valdivia. Pág. 115
Lord Cochrane anciano. Grabado hecho en Londres. Pág. 116
Condecoración obsequiada a Cochrane por la Ilustre Municipalidad de Valdivia en 1822. Pág. 117

Indice General

Prólogo. Pág. I.

I. *Las provincias fidelísimas. Pág. 1.*

1. Accidentes monárquicos en la geografía republicana. Pág. 1
2. El designio de Cochrane. Pág. 2
3. Primer paso: reconocimiento del puerto. Pág. 5
4. Primer fruto: el bergantín *Potrillo*. Pág. 6
5. Secreto, complicidad y aventura. Pág. 7

II. *El Puerto de Valdivia desde fuera. Pág. 11.*

6. El antemural del Pacífico. Pág. 11
7. Llave del Mar del Sur. Pág. 13
8. Arsenal austral. Pág. 15
9. Los castillos hacia 1820. Pág. 15
10. Su funcionamiento. Pág. 32

III. *Desde dentro. Pág. 35.*

11. Debilidades. Pág. 35
12. Vulnerabilidades. Pág. 40
13. Desguarnecimiento. Pág. 42
14. Realistas y patriotas. Pág. 43

IV. *Las fuerzas combatientes. Pág. 46.*

15. El Ejército Real. Pág. 46
16. La oficialidad. Pág. 48
17. El Ejército de la patria: el comando. Pág. 55
18. La Marina. Pág. 58
19. Infantería de Marina. Pág. 63
20. Las fuerzas de tierra. Pág. 65
21. Composición. Pág. 68

V. *El ataque. Pág. 70*

22. Rumbo a Valdivia. Pág. 70
23. El plan de ataque. Pág. 70

24. 3 y 4 de febrero. Pág. 73
25. El triunfo del lord. Pág. 90
26. Secuencia. Pág. 95
27. Luces y sombras. Pág. 99
28. Las albricias de la victoria. Pág. 105

VI. *Significado. Pág. 113.*

29. Para América. Pág. 113
30. Para Chile. Pág. 113
31. Para Cochrane. Pág. 114
32. Para Valdivia. Pág. 118

Fuentes. Pág. 121.

Indice de láminas. Pág. 135.

Indice General. Pág. 139.